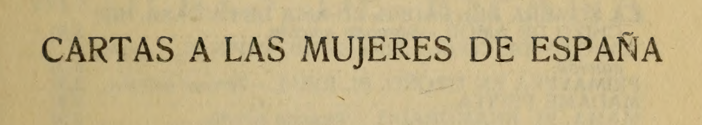

3 1761 09545922 8







CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO. DIALOGOS FANTASTICOS. FLORES DE ESCARCHA.—*Segunda edición*..... 3,50
TEATRO DE ENSUEÑO.—*Cuarta edición*.................. 3,50
SOL DE LA TARDE.—Novelas.—*Tercera edición*......... 3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA. —Poesías.— *Segunda edición*... 3,50
TU ERES LA PAZ.—Novela.— *Quinta edición*........... 3,50
LA VIDA INQUIETA.—Glosario espiritual.—*Segunda edición*... 3,50
LA HUMILDE VERDAD.—Novela.— *Tercera edición*..... 3,00
CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA.—*Tercera edición*... 3,50
ABRIL MELANCOLICO.—Novelas.—*Segunda edición*.... 3,50
EL DIABLO SE RIE.—Novelas.—*Segunda edición*....... 3,50
FEMINISMO, FEMINIDAD, ESPAÑOLISMO............ 3,50

TEATRO

LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA. HECHIZO DE AMOR.—*Segunda edición*................... 3,50
CANCION DE CUNA. LIRIO ENTRE ESPINAS.—*Sexta edición*... 3,50
PRIMAVERA EN OTOÑO. EL IDEAL.—*Tercera edición*. 3,50
MADAME PEPITA.. 3,50
MAMA. EL ENAMORADO.—*Segunda edición*............ 3,50
MADRIGAL.—*Segunda edición* 3,50
LOS PASTORES. JUVENTUD. DIVINO TESORO. SOLO PARA MUJERES.—*Segunda edición*.................... 3,50
LA MUJER DEL HEROE. LA TIRANA.—*Segunda edición* 3,50
MARGOT 2,50
LA PASION. LOS ROMANTICOS 3,50
AMANECER. LAS GOLONDRINAS.—*Segunda edición*.... 3,50
EL REINO DE DIOS.................................... 3,50
NAVIDAD.—Ilustraciones de ALBERTO DURERO............ 3,50
PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE...................... 3,00
LA ADULTERA PENITENTE.............................. 3,50
ESPERANZA NUESTRA.................................. 3,50
SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO.................... 3,50
EL PALACIO TRISTE.................................... 1,00
CASA DE MUÑECAS, de IBSEN.—Traducción 3,50
DOMANDO LA TARASCA, de SHAKESPEARE.—Traducción. 3,50

OBRAS DE M. MAETERLINCK

TRADUCIDAS POR G. MARTÍNEZ SIERRA

LA PRINCESA MALENA. LA INTRUSA. LOS CIEGOS.. 3,50
PELEAS Y MELISANDA. ALADINA Y PALOMIDES. INTERIOR. LA MUERTE DE TINTAGILES............ 3,50
AGLAVENA Y SELISETA. ARIANA Y BARBA AZUL. SOR BEATRIZ... 3,50
LA SABIDURIA Y EL DESTINO 3,50
EL TEMPLO SEPULTADO 3,50

G. MARTÍNEZ SIERRA

CARTAS

A LAS

MUJERES DE ESPAÑA



ESTRELLA, S. A. E.
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA
EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, S. A.
VALENCIA, 28. - MADRID

MADRID.—Imprenta de Fortanet, Libertad, 29. Teléfono 991

I

DOLOROSA VICTORIA

Señoras y paisanas mías: ¿Saben ustedes que antes de estallar en Europa la inaudita catástrofe de la guerra actual, que no deja lugar a los que piensan mas que para pensar en el horror de la matanza y destrucción diarias, eran ustedes, las mujeres, uno de los problemas más apasionantes del mundo moderno?

Sin duda España es un rincón de tierra un tanto apartado de las corrientes universales de la vida, y, fuera de las modas y del tango, para los cuales no hay fronteras que valgan, las ideas, costumbres y preocupaciones del mundo moderno, en general, nos llegan con bastante retraso y nos traen bastante sin cuidado. Seguimos barriendo las calles con escoba y sacudiendo en casa el polvo con los zorros, como si no se hubiese descubierto sistema mejor de limpieza; pero, a pesar de nuestro formidable espíritu «conservador», por no llamarle con peor nombre, estoy seguro de que han oído ustedes algún día hablar de feminismo... aunque sea para burlarse de él. Habrán

ustedes oído decir a sus maridos que hay por ese «extranjero» de Dios o del diablo, mujeres que quieren votar y hasta vender el voto como un hombre cualquiera; otras, que intentan ser alcaldes y aun comerse los fondos del Municipio, como un hombre también; otras, que hablan en mítines para pedir derechos, igualdad, libertad... Sí, señoras: antes de la guerra, los derechos de ustedes eran problema mundial, y unas cuantas mujeres exaltadas se han querido dejar morir, sencillamente de hambre, para encontrarle la solución. Otro día, cuando acabe la guerra, hablaremos del heroísmo extraño de esas bravas hembras que, por defender la justicia de su causa, lo arrostran todo..., hasta el ridículo. Hoy, si ustedes quieren escucharme un poco, hablaremos de la solución accidental e inesperada que la guerra va a dar al problema, inevitablemente.

¿Sirven las mujeres para tan importantes cosas como los hombres? Señoras mías, el movimiento se demuestra andando. Las mujeres de Francia y de Alemania, donde el servicio obligatorio se ha llevado al campo de batalla a la mayoría de los hombres válidos, se han encargado de desempeñar los empleos que sus maridos desempeñaban, por dar pan a sus hijos, y mujeres guían los coches, y mujeres cobran en los tranvías, y mujeres reparten el correo, y mujeres están al frente de tiendas y almacenes, y las mujeres, con los hombres viejos, han recogido las cosechas y han hecho la vendimia, y las mujeres labrarán los campos y van a echar al surco la semilla para la mies futura.

Mientras la locura de sistemas sociales y de gobiernos regidos por hombres, locura en la cual ellas no han tenido intervención ninguna, ha precipitado a millones de hombres a la muerte, millones de mujeres, sin protesta ni vacilación, han echado valientemente sobre sus hombros la carga material de la vida: los hombres están muriendo por la patria; ellas están salvando la vida de la patria.

Esto ha hecho la mujer moderna, en vez de limitarse a rezar y a llorar, como parecía pedirlo su condición de «eterna irresponsable». Cuando vuelvan los hombres del campo de batalla y se encuentren conque aun hay pan y hogares, a pesar de la sangre derramada, ¿cómo van a negar a las mujeres, que han sido sus iguales en heroísmo, la igualdad ante el derecho que pidan?

Y aun hay más. Cuando vuelvan los hombres... ¿Y cuántos volverán? ¿Y cómo volverán? ¿Sabían ustedes que hay en Europa unos nueve millones más de mujeres que de hombres? La guerra quitará la vida a tres o cuatro millones más. Y la salud, ¿a cuántos? Esto quiere decir que se prepara para las mujeres de Europa la era de todos los heroicos renunciamientos, de todos los austeros deberes. «¿Para qué quieren las mujeres el voto?», dicen los antifeministas. «¡La mujer, a cuidar del marido y de los hijos...!» Piensen ustedes que habrá en Europa once o doce millones de mujeres sin posibilidad de encontrar marido, y tres o cuatro millones más con el marido inválido o enfermo. Once o doce millones de

mujeres no podrán alcanzar la gloria y el consuelo de concebir un hijo; pero, en cambio, tendrán que mantener como a hijo, al hermano inútil, al padre enfermo. Y a los pequeñuelos que han quedado sin padre, ¿quién los mantendrá? La juventud masculina habrá caído en los campos de batalla: la fuerza varonil habrá quedado enterrada en las trincheras; las mujeres de Francia, de Alemania, de Bélgica, de Austria, de Rusia, de Servia, de Turquía, muchas de Inglaterra, las de Italia tal vez, se encontrarán solas frente a niños que piden pan, a viejos que no pueden ganarlo. ¿Qué harán? Pasaron los tiempos del llanto estéril. Se levantarán «como un solo hombre», cumplirán su deber de mujeres y el deber de los hombres, por añadidura. Comerán pan amargo, ganado con el sudor de su cuerpo y la agonía de su alma... Y mientras estén dando el alma y la sangre para ganarle, sin duda cantarán, sorbiéndose las lágrimas, una canción de cuna, para que no lloren el niño o el viejo que estén a su lado.

Sí, de las mujeres es el porvenir. Ellas le engendrarán y le darán a luz con dolor, como siempre. De sus entrañas saldrá la Europa nueva, amasada en su sangre. Y el fruto de su vida, ¿cómo les va a negar el derecho tan suyo? ¡Oh feministas! Habréis ganado la batalla por la exaltación del deber silenciosamente heroico, suprema prerrogativa femenina. ¡Cara, como siempre, os habrá costado la igualdad conseguida!

Mujeres de España, señoras mías, ¿por qué les digo a ustedes todo esto? Porque, en mi bumilde y

respetuosa opinión, están ustedes un poco dormidas. Bien puede llegar la hora de prueba a España también. Y en confictos menos aparatosos, ¡pero tantos!, ya ha llegado. Ustedes, sin duda, querrán también cumplir su deber heroícamente. Pero, para llegar á la eficacia dentro del heroísmo, no basta con la voluntad: es preciso tener los medios para ser heroicas. Hay que prepararse; hay que aprender un poco más; hay que pensar un poco más; hay que salir del círculo encantado en que les encierran a ustedes unas cuantas mentiras bonitas de los hombres. Hay que preocuparse un poco menos de la moda y un poquito más de la vida; hay que entusiasmarse menos por el flirteo y más por el derecho. ¿Que los hombres les damos a ustedes en España lamentables ejemplos de frivolidad, de cobardía, de ignorancia, de falta de abnegación y patriotismo? Es verdad; pero no los tomen ustedes, y sálvennos, a pesar nuestro, si pueden ustedes, ¡que si pueden!, porque desde que la primera mujer echó el segundo hombre al mundo, el porvenir de la humanidad está en manos de ustedes.

II

CLUBS DE MUJERES

No queremos ocupar los puestos que ocupan nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos, pero estamos convencidas de que ha llegado la hora que avisa a la mujer de que también ella tiene deberes cívicos que cumplir, y de que no le es lícito negarse a cumplirlos.

Estas palabras son de la señora Percy V. Pennybacker, presidenta de la Federación general de los Clubs de Mujeres en Norte América.

Voy a hablar a ustedes, señoras mías, del feminismo norteamericano, porque, en mi opinión, es el que está fundado en ideales más prácticos, el que ha elegido medios más sensatos y más eficaces para llegar a conseguir sus fines, y el que mejor puede adaptarse al espíritu español y al concepto general de la vida que tiene la mujer española.

El feminismo francés es más idealista, más revolucionario de forma, y está basado en razones más filosóficas y abstractas. El feminismo inglés reviste una forma agresiva y, al parecer, ilógica, descon-

certante para nuestra manera de pensar y de sentir latina. Hay que estudiar muchas causas y desentrañar muchos motivos, aquí desconocidos, para comprenderle y simpatizar con él. El feminismo norteamericano es claro, burgués, práctico y transparente. Podría decirse que es «el feminismo de las amas de casa».

Y por ahí empezó: por la reunión de unas cuantas amas de casa que, después de cumplidos sus deberes, criados y educados sus hijos, reglamentada en perfecta ordenación la rutina del arreglo doméstico, cumplidos ya, o a punto de cumplirse, los cuarenta años, curadas del amor, se encontraron, ya no tan bonitas, pero sí tan fuertes y tan sanas como a los veinte, con el entendimiento más abierto y el corazón más generoso, y no quisieron resignarse a retirarse a un rincón de la vida como trastos inútiles, y a pasarse los veinte años de espléndida salud que aun les quedaban tristemente aburridas en compañía de una labor de media o de *crochet*, o adorando a un gato o a un loro, o ridículamente obstinadas en darse colorete, teñirse el pelo y apretarse el corsé, para ir de salón en teatro, en el necio y lamentable empeño de hacer creer en la eternidad de unos «treinta y cinco» desvanecidos para siempre. Estas mujeres «maduras» comprendieron que si para los hombres no es desgracia haber llegado a la madurez, no debiera serlo tampoco para ellas, y se unieron para realizar algo de lo mucho bueno que los inevitables afanes de los dos primeros tercios de la vida no les habían dejado llevar a cabo.

—¿Por qué forman ustedes un club? —preguntó alguien a algunas de estas mujeres.

Y ellas respondieron:

—Porque toda mi vida he tenido afición a saber. Y, cuando era niña, mis padres hicieron todos los sacrificios posibles para educar bien a mis hermanos; pero a mí me dejaron ignorante; y ahora que tengo tiempo de más, por primera vez en mi vida, quiero estudiar lo que no estudié entonces.

—Porque mis hijos han crecido y no me necesitan; porque tengo tiempo de sobra, y quiero tener algo en qué pensar que valga la pena.

—Porque quiero saber lo que saben mis hijos, para conservar su confianza.

—Porque no quiero que mis hijos, que saben tanto, se avergüencen de mí, que sé tan poco.

Por eso, los primeros clubs, es decir, las primeras reuniones de mujeres para un fin común que se fundaron en Norte América, fueron clubs de estudio y de cultura.

¿No creen ustedes que éstos debieran ser los primeros que se fundasen en España? Un rincón con un poco de lumbre, silencio y muchos libros, donde las mujeres pudieran aprender por su cuenta algo de lo mucho que ni la familia ni el Estado se han preocupado de enseñarles.

«... Para que mis hijos, que saben, no se avergüencen de mí, que no sé...» Yo he conocido a un hijo que regaló a su madre —de más de cuarenta años— una muñeca. El regalo fué cosa de cariño; la idea

que le informaba, tal vez conmovedora; pero el hecho, la posibilidad del hecho, ¡era tan dolorosamente significativa a poco que se pensara en ello!...

¿No les sorprende a ustedes oir en boca de las primeras feministas de América, repetirse invariablemente estas dos palabras: «mis hijos»? Probablemente sí, porque aquí se piensa que las feministas son pobres solteronas muy feas, que nunca conocieron, ni en posibilidad remota, las mieles del amor y la dignidad suprema del hogar propio. Tengo a la vista, y a la disposición de ustedes, el anuario para 1913-1914 del Club de las Mujeres de Chicago. Recorriendo la lista de asociadas, compruebo que, para doce señoras, apenas hay una señorita. Luego casi todas las feministas de América han logrado alcanzar esa joya inapreciable que se llama «marido». Luego no han buscado refugio en el feminismo por despecho... Y en cuanto a feas, también tengo a la disposición de ustedes el retrato de la presidenta de la Liga de las Amas de Casa, y les aseguro que es mujer que no tiene nada por qué quejarse de la Naturaleza.

Entonces, ¿no hay que estar desesperada para ser feminista? No, por cierto; para ser feminista, es decir, partidaria de que la mujer debe pasar su vida lo más feliz posible, haciendo la mayor suma de bien posible, siendo lo más útil posible a la humanidad, gozando con tan perfecta naturalidad como el hombre la plenitud de sus derechos de ser humano, basta haber nacido «ser humano» y, por añadidura, mujer.

Las mujeres deben ser feministas, como los militares son militaristas y como los reyes son monárquicos; porque, si no lo son, contradicen la razón misma de su existencia.

Volvamos a los clubs de mujeres norteamericanos. Los primeros intentos, aislados y en cierto modo informes, fueron, como hemos dicho, clubs de estudio: unióse al estudio en ellos un poco de recreo; aquellas valerosas mujeres, después del trabajo incesante del hogar, gustaban de descansar una hora al día, hablando unas con otras, escuchando un poco de música. ¿No tenían derecho también a esto? El hombre trabaja casi todo el día; pero una hora siquiera se reúne con sus amigos, habla sin sentido, va a un café, a un espectáculo ligero. ¿Qué recreo le queda a una mujer, atareada tanto como él en la monótona rutina de la obligación doméstica? En tantos días y años de horas iguales, ¿no tiene derecho a levantar un poco el pensamiento sobre el gris de la obligación invariable?

Lícitos son los fines de estas asociaciones femeninas: aprender, levantar el pensamiento; pero, aunque lícitos, bien pronto a las mujeres norteamericanas les parecieron un poco egoístas. En cuanto abrieron sinceramente los ojos a la vida, vieron cuántas miserias, cuántas injusticias remediables estaban al alcance de su buena voluntad, y los clubs de mujeres cambiaron de carácter. «Nos hemos convencido —dice una mujer— de que todo estudio que no conduce a la *acción* para el bien *de los demás,* es fútil». Y este credo,

al cual todas las mujeres se adhieren inconscientemente, empujadas por el incontrastable sentido práctico femenino, es el que ha dado forma a la organización feminista norteamericana, cuyo desarrollo es asombro del mundo.

Hoy pertenecen a la Asociación más de un millón de mujeres; hoy todos los clubs forman parte de una organización única: la Federación general; hoy, su influencia, ganada a fuerza de trabajo, se extiende a todos los problemas «prácticos» de la vida nacional. Hay creados once departamentos, a los cuales se afilian las asociadas siguiendo sus gustos y preferencias especiales: departamento de economía doméstica y organización del hogar, departamentos de educación, de salud pública, de condiciones sociales e industriales, de reforma social, de arte, de civismo, de extensión del libro, de música, de literatura, etc. El objeto cultural de los clubs no desaparece; pero el aspecto «eficaz» y útil se impone con mayor fuerza cada día. Y su influencia en la vida nacional es tal, que, sin haber logrado las mujeres el voto más que en algunos de los Estados —en el de Illinois, capital Chicago, en la primavera de 1913—, se pide oficialmente la opinión de la Federación en todos los asuntos que atañen a los problemas de que se ocupa. Así, cuando el presidente Roosevelt quiso encontrar solución al problema social en la zona del canal de Panamá, encargó a una mujer, delegada de la Federación, Miss Elena Boswell, de ir a encontrarla y aplicarla sobre el terreno. Siempre que se

reúnen asociaciones filantrópicas o educativas, piden a la Federación que envíe delegadas para tomar parte en los trabajos. Siempre que se intenta alguna reforma legislativa en cuestiones sociales, a la Federación se pide consejo y ayuda. En resumen: la Federación general de Mujeres ha llegado a ser un poder nacional, con todas las cargas y responsabilidades que todo poder entraña.

¿Cómo han llegado a conseguir esto? ¿A costa de cuánto trabajo y cuánta abnegación? En días sucesivos lo iremos viendo. Contaré a ustedes, a modo de cuento de hadas, porque tal parece en efecto, algo de lo mucho que en bien de los demás han conseguido esas mujeres de voluntad firme e intención recta, patriotas exaltadas, que quieren que su pueblo sea perfecto, madres admirables que quieren que sus hijos sean hombres de veras. Y admirarán ustedes conmigo la obra admirable, «realizada —dice la presidenta de la Federación— con temor y angustia, con sentimiento de nuestra limitación, temblando y rezando. El ánimo —agrega— nos viene del mucho amor, que es la fuerza dominante de nuestra agrupación, ya tan grande».

III

LA MUJER Y EL TRABAJO

Señoras mías: hoy vamos a hablar del trabajo. ¡No se asusten ustedes! El trabajo no tiene de terrible más que el nombre. De hecho, es la sal de la vida y lo mejor de lo mejor que se puede encontrar en este mundo pícaro. Todo está en tomarle, no con resignación, sino con alegría; no con preocupación, sino con calma; no como fin tedioso, sino como medio levemente ingrato de llegar a un gratísimo fin. ¿Se les ocurre a ustedes, cuando van a emprender un viaje que han deseado mucho, decirle a nadie, ni pensar siquiera: Voy a pasar tantísimas horas en el tren, con humo, con fatiga, en compañía acaso desagradable? No, por cierto. Dicen ustedes y piensan con regocijada sencillez: ¡Voy a San Sebastián, o a Biarritz, o a París de Francia! Y se alegran ustedes anticipando el fin y olvidando el medio. Pues esto es el trabajo: un viaje que nos conduce a un fin. Por lo tanto, no digamos: Voy a trabajar —suspirando—, sino pensemos, regocijadamente: —Voy a hacer esto, quiero conseguir esto otro. Hacer, hacer algo; esa

es la gran felicidad humana; el trabajo la logra: ¡bendito sea! Y, además, el viaje, entre las horas de humo y de cansancio, tiene otras de placer: hay a lo largo del camino, paisajes maravillosos; hay posibilidades de gratos encuentros; hay visiones nuevas que alegran la vista y ensanchan el alma. También trabajando se logran placeres inesperados, no tan austeros como puede pensar el que no ha trabajado nunca; el principio puede ser penoso por la inexperiencia, que hace vacilar; pero en cuanto se domina un modo de actividad, el goce mecánico de la facilidad, el manejo acertado de medios e instrumentos convierten la tarea en juego, y el que trabaja es rey de su obra, y siente por ella y en ella el goce incomparable de la dominación, junto con el imperial regocijo de la creación. ¡Crear, producir! He ahí toda la razón de la vida.

Cuenta San Mateo, en el capítulo XXI de su evangelio, que, volviendo una mañana Jesús desde Betania a Jerusalén, tuvo hambre. Y viendo una higuera junto al camino, se acercó a ella; mas no halló en ella fruto, sino hojas solamente. Y entonces la maldijo, diciendo: «¡Nunca más nazca fruto de ti!» E inmediatamente se secó la higuera.

Esta maldición de Cristo a la higuera estéril, maldición terrible, que se ha conservado a través de más de veinte siglos, quiere decir: ¡No hay derecho a ocupar la tierra inútilmente; el que no produce, no tiene derecho a la vida!

Leo con emoción el grito admirable de una admi-

rable mujer inglesa: *¡Pedimos trabajo y educación que nos capacite para trabajar!*

¿Les suena a ustedes esta petición a cosa nueva, a aspiración ultrafeminista? Acaso, y, sin embargo, no lo es.

La carga del trabajo de la humanidad ha estado repartida desde que el mundo es mundo, casi por igual entre hombres y mujeres. En las sociedades primitivas, si del hombre era el oficio de la caza para proporcionar alimentos a la familia, de la mujer era el de aderezarlos; si del hombre era la guerra para la defensa de la tribu, de la mujer era la agricultura: ella cultivó las primeras especies comestibles, ella domesticó los primeros animales, ella tejió las telas primeras para vestirse y vestir a sus hijos, ella amasó la harina y coció el pan, ella fabricó las primeras bebidas, ella construyó las primeras chozas para refugio de la familia naciente. Cuando las condiciones de seguridad en la vida social se afirmaron un poco, el hombre, no ya constantemente ocupado en defenderse, se fué apoderando de alguno de los primitivos oficios de la mujer: el cultivo de la tierra y la construcción, por ejemplo; pero la mujer, más retirada dentro del ya formado hogar, tenía harto trabajo por suyo: el hilar, el tejer, el labrar los vestidos, por ejemplo, la fabricación del pan, la de la cerveza, la del jabón, la matanza, la preparación de toda clase de conservas.

La burguesa de la Edad Media llevaba, para sostener el bienestar de los suyos, parte tan dura de

trabajo como su marido; y era feliz, porque realizaba su misión con santo orgullo, porque se sentía, no ya necesaria, sino absolutamente indispensable; e iba perfeccionando las actividades que le estaban encomendadas, con amor y alegría de su corazón. Era además maestra de sus hijos en los primeros años de la vida, maestra de sus hijas hasta dejarlas en el hogar nuevo; tenía numerosas criadas y desempeñaba con ellas oficio de madre: madre era también la artesana, la «maestra», es decir, la mujer del maestro, para los aprendices de su marido, que compartían su hogar y su mesa. En los primeros años del siglo XIX, aun el trabajo de la mujer dentro de la casa era suficiente para justificar su derecho a la vida como cooperadora y coadjutora del hombre; la mujer ganaba su pan con el sudor de su frente, lo mismo que el hombre.

Pero la vida ha cambiado totalmente; la aparición de las máquinas ha redimido a la mujer de la mayor parte del trabajo doméstico: ya no hila, ya no teje, ya no cuece el pan, ya las ropas se venden hechas, y sería necedad y malgaste de tiempo obstinarse en los antiguos métodos de confección casera. ¿Quién piensa en hacer media? Las fábricas se han apoderado del trabajo de la mujer; la máquina ha reducido en más de un 60 por 100 su labor de costura. Cada día se inventan nuevos aparatos para ahorrar esfuerzo en el trabajo casero; en Norte América, por ejemplo, no se comprende ni lavar, ni planchar, ni barrer a mano; en media hora está perfectamente limpia la

casa con un aparato de succión por el vacío, y mucho mejor y más completamente limpia que pudiera dejarla el esfuerzo de tres mujeres desgreñadas y atrafagadas en un día entero; la cocina sin lumbre, la electricidad, el gas, han simplificado el trabajo de preparar los alimentos; y como resultado de todo esto, la mujer moderna tiene casi toda la vida por delante para no hacer nada.

Esto ha traído un fenómeno casi absolutamente desconocido hasta ahora en la vida de la humanidad: el parasitismo de la mujer. (Digo *casi* absolutamente, porque este fenómeno del parasitismo de la mujer se ha dado parcial y pasajeramente en alguna otra época; por ejemplo, en los últimos tiempos del imperio romano, cuando la abundancia de esclavos hizo que la mujer patricia estuviese libre de todo trabajo. Este estado anormal coincidió con el derrumbamiento de la antigua virtud romana y con la caída del imperio. También las mujeres mahometanas, encerradas en el harén de los ricos y completamente servidas por esclavas, son el elemento de corrupción más terrible, dentro de su raza.)

Se llama parásito al ser que vive a costa de otro, sin realizar, por su parte, esfuerzo alguno que justifique su vida. Por primera vez, desde hace muchos siglos, se da el caso de que puedan vivir sin trabajar la mayoría de las mujeres, a costa del trabajo de los hombres. Superficialmente considerada, pudiera parecer la vida de inutilidad y holganza, un ideal hasta deseable; pero no es así: el agua estanca-

da se corrompe; el que no se ejercita no progresa, y el que no progresa retrocede rapidísimamente. La mujer que no trabaja se corrompe, y de compañera del hombre se convierte en esclava del hombre. Perdida toda razón de existir, sólo le queda la de dar hijos al mundo; esta misión, necesaria, es cierto, puede ser muy grande o muy pequeña; la maternidad voluntaria y consciente, deseada, perfecta; la maternidad que no sólo da a luz ál hijo, sino que le cría, le educa, le prepara por completo para una vida plena, útil y feliz, es tarea gloriosa y misión sin igual; pero la maternidad ignorante, impuesta por el azar o las circunstancias, soportada, a lo más, con resignación, realizada sin competencia, sin sentido de la responsabilidad, sin función educadora, sin ideal progresivo, no se diferencia gran cosa —y si se diferencia en algo, no es, seguramente, con ventaja para la mujer— de la maternidad meramente física de las especies animales. Es preciso que la mujer que ha de ser madre de *hombres* alcance, en lo posible, la perfección de su naturaleza, para poder transmitir esta perfección al hijo y contribuir de ese modo al progreso de la humanidad.

Hay que dar algo a la vida para comprar el derecho a vivir, y nadie da lo que no tiene. La humanidad camina hacia Dios al caminar hacia su perfección: el camino de la humanidad es la vida. De nuestras madres la recibimos hombres y mujeres, en un escalón de la marcha. Hombres y mujeres tenemos

obligación, al pasarla a nuestros hijos, de haberla hecho subir otro escalón, al menos. Este es el verdadero espíritu del progreso, y a este progreso, todos, hombres y mujeres, tenemos el deber de traer nuestro grano de arena.

Nuestro grano de arena es nuestra actividad. ¿Creen ustedes, señoras mías, que puede ser muy grande el que aporte la mujer que se deja mantener por el hombre a cambio de proporcionarle meramente un placer sensual? Pues esto hace la mujer que no trabaja, es decir, que no produce, aunque su parasitismo y su envilecimiento estén consagrados por todas las fórmulas protectoras del derecho civil y canónico. Y no crean ustedes que el parasitismo significa riqueza: una mujer muy rica, no obligada a ganarse el pan, puede, lo mismo que un hombre rico, ser perfectamente útil en actividades desinteresadas y altruístas: una mujer que se muere de hambre puede ser un perfecto parásito si se resigna a su miseria y al pedazo de pan que le den de limosna, con tal de no ejercitar el esfuerzo propio. Dirán ustedes: pero, ¿y si nos es más cómoda la esclavitud que el trabajo? En el sentido material, más cómoda es, desde luego; pero no tienen ustedes derecho a la elección, precisamente por lo que antes les he dicho: porque tienen ustedes en la mano el porvenir de la raza, y porque de la sangre de ustedes, indolente o esforzada, ha de salir la sangre esforzada o indolente de la nueva generación; porque de mujeres inútiles no pueden nacer hombres útiles.

¡Hay que trabajar! ¡Hay que trabajar! ¡Si vieran ustedes qué divinamente corta y qué maravillosamente larga es la vida del ser humano —hombre o mujer— que produce a diario y cada día aprende una cosa nueva! ¡Cómo se acorta el tiempo y se aleja la muerte para el que trabaja y se esfuerza! ¡Cómo la obra de nuestras manos, si es también obra de nuestra voluntad, florece nuestra vida, trocándola en huerto prodigioso! ¡Un huerto..., un huerto...! Mujeres, la vida es vuestro huerto, la humanidad es vuestro fruto: ¡dadle perfecto, sed tierra buena! Desde que el mundo es mundo habéis progresado con él, y la vida en la tierra iba progresando con vosotras. Pensad que si el progreso de la mujer se ha detenido, es que está agonizando la vida de la especie. Si vosotras decís: ¡Hasta aquí llegó mi tarea!, habéis abierto las puertas de la muerte para todos nosotros. No nos abandonéis, madres de nuestros hijos, que nosotros sabemos ganarles el pan; pero si vosotras no los hacéis buenos, serán nuestros verdugos y los vuestros. ¡Ya que decís que nos tenéis amor, no nos dejéis entera la carga de la vida!

Preguntarán ustedes: ¿Cómo y en qué hemos de trabajar? De eso también pensaba hablar a ustedes; pero hoy la carta es demasiado larga. Quede para otro día la respuesta, si ustedes me hacen la merced de esperarla.

IV

EL DERECHO A TRABAJAR

O en otras palabras: ¿Cuáles son los oficios, profesiones, trabajos propios de la mujer, considerada como ser humano? ¿Cuáles son los oficios, profesiones y trabajos propios de la mujer, considerada especialmente como mujer? ¿Cuáles son los oficios, profesiones, trabajos que a la mujer, precisamente por ser mujer, pueden o deben estarle vedados? Y, por último: ¿cuáles son los oficios, profesiones, trabajos que la mujer española, dadas las condiciones actuales de España, de los hombres de España y de las mujeres de España, puede y debe desempeñar? Poco a poco iremos hablando, si a ustedes les place, señoras mías, de cada una de estas cuestiones.

¿ES LA MUJER UN SER HUMANO?

Esta es la cuestión fundamental del problema feminista. ¿Es la mujer un *ser humano*, tan *ser humano* como el hombre? Hay opiniones. ¡No se

alarmen ustedes! Estamos en país cristiano, y los que afirman que no lo es, son mahometanos y budistas; indios, moros y turcos, para entendernos mejor. El cristianismo, que es la religión, por lo menos teórica, de casi toda Europa y de la América civilizada, reconoce a la mujer en igualdad absoluta con el hombre, la obligación de ganar la salvación eterna por medio de sus obras buenas, y el riesgo de caer en no menos eterna condenación, en castigo de sus obras malas. Ante Dios, la mujer y el hombre son absolutamente iguales.

LA MUJER SUFRE LAS LEYES Y NO LAS HACE

Las leyes que —en países oficialmente cristianos— debieran estar inspiradas en cristianismo, ¿reconocen esta igualdad de la mujer? Fíjense ustedes en la respuesta, porque es curiosa y digna de meditación. Las leyes reconocen que la mujer es igual al hombre cuando se trata de deberes y de castigos. Cuando se trata de derechos, no. Una mujer, si roba, va a la cárcel; si mata, va al patíbulo; si posee una propiedad o abre una tienda, paga contribución; pero si está casada, el marido administra su propiedad, decide el lugar de residencia, ejerce con autoridad indiscutida la patria potestad; es decir, el dominio sobre los hijos: esto sería lógico si, en el caso de que la mujer cometiese un crimen, el marido fuese a la horca por ella, ¿no les parece a ustedes?

Bien; la mujer sufre las leyes —las leyes que en los países regidos por gobiernos parlamentarios ha hecho el pueblo para su propio uso, votándolas por medio de sus representantes—. Nadie discute el perfecto derecho que tiene el pueblo a «construir» las leyes por las cuales le parece justo y conveniente regirse. Pero el pueblo, es decir, la nación, está formada por hombres y mujeres, y las mujeres, obligadas a obedecer la ley, como los hombres, no han intervenido en la «construcción» de la ley; la obediencia, que en los hombres es voluntad, en ellas tiene que ser resignación. ¿Les parece a ustedes eso muy justo?

ARGUMENTO FEMENINO

Como lo esencial en la vida es ganarse la vida, y la vida se gana trabajando, el hombre, al hacer la ley, se ocupa en legislar el trabajo, y ¡naturalmente!, reserva para sí todas las tareas que producen algo que valga la pena, y que, por lo tanto, aseguran independencia y libertad. Por eso cierra, o procura cerrar a las mujeres todas o casi todas las profesiones llamadas «liberales». La mujer no debe ser abogado, la mujer no debe ser arquitecto, la mujer no debe ser magistrado, la mujer no debe ser médico. Las feministas dicen a esto, con salada ironía: «El hombre nos quiere muchísimo, y nos tiene muchísima lástima. Somos la sonrisa de su vida y la flor y el perfume de su hogar; él trabajará por nos-

otras y para nosotras... ¡Dios se lo pague! Él trabajará en la carrera que le produzca miles de pesetas o miles de duros; nosotras, entre tanto, podemos fregar el suelo, tiradas en el suelo, o llevar a la cadera o a la cabeza cántaros llenos de agua que pesan arrobas, y hasta trabajar en las minas arrastrando vagonetas, o en las fábricas de vidrio soplando botellas, o uncirnos al arado en pintoresca yunta con un asno. Todos esos suaves trabajos, más el extraordinariamente higiénico de mover con los pies doce o catorce horas al día la máquina de coser, son absolutamente femeninos; a ningún hombre, por delicado corazón que tenga, le parecen impropios de nuestra perfumada feminidad...; y es que lo que al hombre le duele en el trabajo de la mujer, no es que trabaje como un hombre, sino que pueda ganar dinero como un hombre». Esto dicen las feministas con apasionado rencor. Yo soy hombre; no puedo ni quiero prejuzgar la cuestión, pero ofrezco a ustedes, señoras mías, el argumento para que mediten sobre él.

ARGUMENTO MASCULINO

A esto dicen los hombres: «No negamos a las mujeres el derecho a ejercer las profesiones lucrativas, porque nos duela su competencia económica, sino porque no sirven para ello. ¿Cuándo ha realizado la mujer una obra verdaderamente grande, fuera de la esencialmente natural de dar hijos al mundo?»

DISCUSIÓN

Y a esto responden las mujeres, con clamor casi delirante: «¡Dejadnos probar! ¡Dejadnos aprender! ¿Habéis nacido vosotros enseñados? ¿Cómo hemos de realizar obra alguna, si se nos cierran sistemáticamente las puertas del conocimiento? Abridnos las escuelas, abridnos las Universidades, y veremos quién aprende más pronto, y, sobre todo, no nos neguéis el derecho a ejercer las profesiones que hayamos aprendido, y veremos quién aplica mejor a la práctica el conocimiento. ¡Hasta que el niño habla, no se sabe si puede hablar!

EL GATO AL AGUA

Y tienen razón. No se puede legislar por generalización —sobre todo, prohibitivamente—. Cuando estén todos los campos abiertos, las aptitudes individuales decidirán la orientación fija. No haya temor de que, aunque todas las carreras estén de par en par para ella, elija la mujer las que contraríen esencialmente a su naturaleza, a no ser obligada por la necesidad negra, lo mismo que ahora elige el oficio mortal de fabricar cerillas fosfóricas.

Claro es que desaparecerán muchos prejuicios y no pocas preocupaciones; trabajos que se han considerado esencialmente femeninos, pasarán a ser trabajos masculinos, y viceversa; pero con esto, aun-

que algunos hombres salgan perdiendo, saldrá ganando la humanidad, porque disminuirá el trabajo mediocre; quiero decir que habiendo mayor competencia en las profesiones, se aumentará la probabilidad de profesionales hábiles; supongamos que siendo la carrera de arquitecto —por ejemplo— exclusiva del hombre, hay veinte profesionales; supongamos que, pudiendo ejercerla la mujer, hay cuarenta; más fácil es que haya cuatro eminentes y siete buenos entre cuarenta, que entre veinte individuos. Eso habrán ido ganando la ciencia y el arte de construir.

Además, muchísimas de las supuestas incapacidades son, sencillamente, prejuicios necios: por ejemplo, en España, una de las actividades que más alarman, no sólo a los hombres, sino a las «señoras», cuando se pone sobre el tapete la cuestión del trabajo de la mujer, es precisamente el ejercicio de la medicina; y el ejercicio de la medicina en todas las sociedades primitivas ha sido *exclusivo* de la mujer, y es evidente que está en su naturaleza, por maternal, el impulso de atender al enfermo y la intuición de su asistencia.

Dicen bien, por lo tanto, las mujeres inglesas cuando dicen: «¡Reclamamos todo el campo del trabajo para dominio nuestro tanto como vuestro! ¡Señores hombres, el gato al agua! Si nada, bueno; si se ahoga, bien; pero no le aten ustedes una piedra al pescuezo para decir que no puede nadar» (1).

(1) OLIVA SCHREINER. *La mujer y el trabajo.*

EN EL MUNDO

Esta es la situación del problema en el mundo. Desde hace poco más de medio siglo, las mujeres inteligentes de todo el mundo civilizado, con la ayuda de unos cuantos hombres de buena voluntad, están trabajando por remediar un estado de cosas injusto a todas luces. Mucho han logrado ya: en algunos países, la propiedad absoluta de sus bienes y la libre disposición de ellos, aun dentro del matrimonio; en varios, el derecho al sufragio; en muchos más, la intervención directa en la gestión de los asuntos municipales. Y en casi todas partes, y sobre todo, el suspirado derecho a la igualdad en la instrucción. Las mujeres, hartas de trabajar sin ganar dinero, se han lanzado al asalto de las profesiones liberales. Maestras, doctoras en Medicina, en Ciencias, en Leyes, logran por todas partes, a fuerza de excelencia en el trabajo, que la sociedad se vea obligada a reconocerles su perfecto derecho a trabajar. Donde las universidades masculinas se cierran para ellas, surgen universidades femeninas que progresan rápidamente. No es posible detener el movimiento feminista.

EN ESPAÑA

En España, tienen ustedes suerte, señoras mías. En esta cuestión de las leyes están ustedes mucho mejor que en muchísimos países del mundo, porque no

hay casi nada legislado ni en pro ni en contra; por ejemplo: las puertas de la Universidad no se las cierra a ustedes la ley, sino la costumbre. No es porque el Estado haya sido más justo con ustedes que en otras partes; es porque se ha olvidado de ustedes, sencillamente. Tan imposible le ha parecido, sin duda, que una mujer tenga deseo de estudiar, que no se le ha ocurrido la idea de prohibírselo. Antes de que se le ocurra, aprovechen ustedes la ventaja y pongánse a aprender encarnizadamente... ¡Ah!, y estudien ustedes, sobre todo, el Código civil, para enterarse de que tienen ustedes una porción de derechos, dentro de la relación conyugal y maternal, de que carecen las hembras de otras tierras. Muchísimas de las tiranías que sufren ustedes, las sufren ustedes, sencillamente, por ignorancia.

Respecto del trabajo, también están ustedes en condiciones excepcionales..., por desdicha. Los hombres de España no pueden oponerse por ahora a que les ayuden ustedes a trabajar, porque, sencillamente, «no pueden mantenerlas a ustedes». Hay, gracias al mal gobierno que hace siglos venimos disfrutando, una desproporción insostenible entre el valor del dinero que se gana y el de las cosas que necesitan comprarse con él. El trabajo se paga hoy lo mismo que cuando la peseta representaba el valor actual de un duro. Ustedes todas habrán oído decir a sus madres que en sus tiempos un sueldo de tres mil pesetas era la comodidad y el desahogo: hoy es la miseria disfrazada de burguesía. Este estado de cosas no

puede durar; pero, mientras dura, la mujer, si no quiere que sus hijos se mueran de hambre, tiene que trabajar como el hombre. Y la necesidad es gran maestra. Aprenderán ustedes a trabajar, trabajando por necesidad imperiosa, y cuando mejoren los tiempos, se encontrarán ustedes perfectamente preparadas para reclamar el trabajo como privilegio, y entonces, ¿quién va a tener valor ni fuerza moral para negárselo?

Escuela de virtudes es la adversidad: han llegado ustedes en buena hora al mundo.

V

LO QUE ES EN REALIDAD EL FEMINISMO. DÉCIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE LAS MUJERES

Señoras y paisanas mías: Toda religión necesita un credo, todo partido tiene un programa. Si han de ser ustedes feministas —como es su derecho y su obligación, puesto que son ustedes mujeres—, es preciso que sepan ustedes perfectamente a qué atenerse respecto de la discutida palabra «feminismo», y he pensado que nada puede darles idea más completa de su significado que la relación de «aspiraciones» proclamadas por las mismas feministas en el Congreso internacional celebrado en París en 1913, la más importante de las reuniones femeninas últimamente celebradas.

En primer lugar, es preciso que sepan ustedes que hay en diferentes países, además de los clubs y federaciones de que hemos hablado en otras cartas, veintisiete Consejos Nacionales de la Mujer. Estos Consejos Nacionales no son fundaciones benéficas, ni órganos de ningún partido político, ni siquiera cen-

tros de agitación feminista: son, sencillamente, agrupaciones que se forman en cada uno de los países para reunir todas las sociedades que dentro del mismo se ocupan de la suerte de las mujeres y de los niños, con el fin de que, unidas, puedan conocerse mejor unas a otras, facilitarse mutuamente el trabajo y ayudarse en cuanto les sea posible.

Estos Consejos Nacionales están, naturalmente, en relación amistosa unos con otros; pero obran con absoluta independencia, procurando cada uno llegar a los mismos fines por procedimientos diversos y apropiados a la índole y a las necesidades y costumbres especiales del país en que funcionan.

El Consejo Nacional de Mujeres Francesas fué el que convocó el último Congreso Internacional de las mujeres, invitando a todos los demás a enviar delegadas. Tenía por objeto el Congreso fijar la situación del problema feminista y recontar cuanto se hubiese logrado en el mundo entero a favor de las aspiraciones femeninas. Celebróse en París del 2 al 7 de junio de 1913. Era el décimo Congreso internacional. Los anteriores habían tenido lugar en Wáshington, Chicago, París, Londres, Berlín, Bruselas, Toronto y Estocolmo. Después se han celebrado una reunión en Berna y otra en Budapest, pero se han ocupado únicamente de la cuestión del sufragio femenino; así es que el conjunto de «aspiraciones» del Congreso de París sigue siendo el programa íntegro del feminismo moderno.

La sesión inaugural del Congreso fué presidida

por M. Klotz, que era entonces ministro del Interior (de la Gobernación decimos en España) de la República francesa. Esto prueba a ustedes que el Gobierno de nuestros vecinos no considera el movimiento feminista como un juego, ni siquiera como una locura, sino como una realidad que es preciso tener en cuenta y a la que hay que otorgar beligerancia. El ministro de Negocios Extranjeros (de Estado, en España), y su mujer, dieron el 4 de junio una reunión en honor de las congresistas, y M. Poincaré, presidente de la República, y su esposa, otra el día 5 del mismo mes. De este modo, los elementos oficiales otorgaron al Congreso derecho de ciudadanía dentro de la República, y los ilustres huéspedes aseguraron a las delegadas extranjeras, encargándoles de transmitir la buena nueva a sus respectivos países, que Francia, maestra de libertades, considera a las mujeres como elemento de progreso en la sociedad actual y como elemento esencial de formación para las sociedades futuras.

La presidenta efectiva del Congreso fué lady Aberdeen, virreina de Irlanda. De no haber enviado a su reina en persona, no podía Inglaterra autorizar la reunión con más importante e ilustre figura femenina; y la virreina no sólo presidió, sino que presentó ella misma un informe para ser discutido.

Este Congreso despertó en el mundo entero interés apasionante, y tuvo en todo él resonancia grandísima. Acaso el único país que no envió a él representante alguna fué España: Turquía, la India y

Persia enviaron sus delegadas. Se esperaban cuatrocientas congresistas y acudieron más de dos mil. Hubo en la celebración del Congreso un detalle bien femenino: las mesas de todas las secciones estaban profusamente adornadas con flores. Y otro, que a los hombres no les parecerá tan propio de mujeres: marcaba el reglamento que ningún discurso pudiese durar más de diez minutos, y ninguna rectificación más de cinco. Con eso quedaba proscrita toda vana oratoria, y era imprescindible decir las cosas clara, precisa y rápidamente.

El reglamento se cumplió en esto, como en todo, con rigurosa exactitud, y el ministro del Interior, que en su alocución—acostumbrado, sin duda, a la latitud parlamentaria—, rebasó un poco el límite de tiempo, pidió perdón graciosamente a las «parleras» hembras, que tal ejemplo de sobriedad en el uso de la palabra le habían dado.

El Congreso tenía por objeto principal el estudio de los derechos de las mujeres; pero las mujeres, con sutil argucia femenina, se decidieron a no pedir estos derechos sino con el fin de ser útiles, y, además, dando de lado exaltaciones comprometedoras, aseguraron que no piensan reclamarlos todos de repente, por muy fundados en justicia que los crean; han hecho así de su causa, no la causa egoísta de un partido, sino la de la humanidad, y se resignan a triunfar únicamente con el triunfo de la justicia.

«Sólo hay un derecho —dijo una de las congresistas, la señora Hwaltz—, que nos hemos tomado sin

pedirle, y que esperamos que nadie nos discuta: el de amenguar todos los dolores y aliviar todas las miserias.»

Hay que reconocer que este feminismo sensato es tal vez el más hábil y el que más seguramente realizará los fines que se propone.

Cuando lean ustedes las listas de «aspiraciones» del Congreso les llamará la atención una cosa, a saber: que las cuestiones especiales «en favor exclusivo de la mujer» no forman sino parte muy limitada de ellas.

Entre las cuestiones que fueron discutidas con más interés, están las de la protección del trabajo de los niños, la de la lucha contra el alcoholismo y la de la previsión de la tuberculosis, y no puede negarse que si la mujer tiene interés en ellas, no es precisamente por ser mujer, sino por ser criatura humana.

Los proyectos que fueron discutidos y votados se refieren a tres órdenes distintos: Primero: los que tienen por objeto elevar la condición moral de la mujer. Segundo: los que tienen por objeto el mejoramiento de las condiciones de la familia. Y tercero: los que tienen por objeto el mejoramiento de las ciudades.

Envolviendo a todas las demás, como medio único de realizarlas, está la aspiración suprema y esencial del feminismo: el derecho de la mujer al voto, es decir, el derecho a intervenir directamente, eligiendo representantes o siendo elegida como representante del pueblo en las cuestiones de interés vital para este mismo pueblo.

Para facilitar el trabajo y armonizar los esfuerzos de todos cuantos acudieron al Congreso, éste se dividió en varias secciones, a saber:

Sección de Asistencia (Beneficencia).

Sección de Higiene.

Sección de Educación.

Sección de Legislación.

Sección de Trabajo.

Sección de Ciencias, Artes y Letras.

Sección del Sufragio (voto para las mujeres).

Sección de la Paz.

A continuación copio los temas puestos a discusión por cada una de las diferentes secciones, para que se den ustedes cuenta de cuáles son las cuestiones que «en realidad y en serio» interesan a las feministas.

SECCIÓN DE ASISTENCIA

—Papel que ha desempeñado la mujer en la beneficencia privada desde hace diez años.

—Mejora de las habitaciones obreras.

—Organización de lavaderos gratuitos y de casas de baños, gratuitas también, para la clase obrera.

SECCIÓN DE HIGIENE

—La mujer en la lucha contra la tuberculosis.

—Papel de la mujer en la lucha antialcohólica.

SECCIÓN DE EDUCACIÓN

—Siendo el fin de la educación la formación del carácter, ¿cómo responde el sistema de educación de vuestro país a las exigencias y tendencias de la vida moderna?

—¿Cómo podremos luchar contra la desmoralización de la juventud por medio del periódico, del grabado, del teatro, del cinematógrafo, etc.?

—La asistencia a la escuela.

—Terrenos para juegos.

SECCIÓN DE LEGISLACIÓN

—Patria potestad. (Derechos de la madre.)

—Capacidad civil de la mujer casada.

—Supresión de toda medida excepcional, respecto a la mujer, en materia de costumbres.

SECCIÓN DEL TRABAJO

—Protección del trabajo. Las leyes protectoras del trabajo de la mujer: sus efectos, sus ventajas, sus inconvenientes.

—Medidas de protección del trabajo de los niños.

—Mínimum de salario.

—¿Qué medios se emplean en vuestro país para

obtener el aumento de salario de la mujer? ¿Existe un mínimum legal de salario? Si existe, ¿qué resultados ha dado la ley?

SECCIÓN DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

—Las mujeres en las Universidades. En vuestro país, ¿se admite a las mujeres a los estudios superiores en las mismas condiciones que a los hombres? ¿Es idéntica su situación desde el punto de vista de la formalización de los grados y títulos que pueden obtener?

—Las carreras de la enseñanza pública, las profesiones liberales y artísticas, ¿están abiertas para la mujer en las mismas condiciones que para el hombre? Estas carreras, ¿dan a las mujeres que las profesan ventajas materiales y sociales iguales a las que proporcionan a los hombres?

—¿Qué reformas deben procurarse?

SECCIÓN DEL SUFRAGIO

—De la necesidad de que las mujeres posean una parte de la soberanía nacional, desde el punto de vista económico y moral.

—De la influencia que puede tener el voto de la mujer en cuestiones de higiene, moralidad, educación, etc., y de los resultados obtenidos en los países en que la mujer tiene derecho al voto.

SECCIÓN DE LA PAZ

—La mujer y la paz.

—¿En qué medida y por qué medios pueden las mujeres favorecer la conciliación entre los pueblos y las soluciones pacíficas en los conflictos internacionales?

—¿Cuáles son los medios más propios para despertar en las conciencias jóvenes el amor a la justicia y el respeto a los derechos internacionales?

Estos son los problemas tratados y discutidos en el décimo Congreso Internacional de las Mujeres. Estas son, por lo tanto, las cuestiones que preocupan a la mujer moderna en el mundo entero. Mediten ustedes, mujeres españolas, sobre ellos y pregúntense ustedes sinceramente: ¿Me interesa a mí algo de todo esto? ¿Me gustaría intervenir, para bien de la humanidad, en el gobierno del mundo? ¿Me interesa que mis hijos se eduquen para ser hombres justos y pacíficos; que desaparezca la horrenda plaga de la tuberculosis; que se borre de una vez para siempre el agravio de la «mala vida reglamentada» que pesa sobre tantos millones de mujeres pobres; que desaparezca el alcoholismo, y que, al desaparecer él, desaparezcan casi por completo la idiotez, la degeneración física y moral, el crimen, bajo todas sus formas? ¿Me interesa que las ciudades estén limpias y sean sanas? ¿Me interesa que las palabras «así en la tierra como en el cielo» sean símbolo y lema de una humanidad

regenerada, justa y feliz? Pues, si me interesa todo esto, ¿por qué no unirme siquiera de corazón con la legión de mujeres valientes que en todos los países levantan con generosidad el estandarte de «La vida mejor»?

V

DE LA PRIMAVERA PARA LA PRIMAVERA. OBLIGACIONES ESPECIALES QUE EN EL MES DE ABRIL TIENEN QUE CUMPLIR LAS MUCHACHAS DE QUINCE A VEINTE

El mes de abril, primavera, juventud del año, impone a las niñas que van para la juventud —primavera de la vida— unos cuantos deberes especialísimos. Para aprenderlos, comprenderlos y cumplirlos perfectamente, estudien ustedes lo que hace en este mes la tierra, maestra de vida, e imítenla.

En primavera reverdecen los campos, brotan las hojas nuevas, se abren las primeras flores, se deshacen las nieves, se rompe el hielo de las fuentes; las frutas, que han de venir en su sazón a aliviar a los hombres del calor del estío; el pan, que ha de ayudarles a pasar el invierno, se preparan en la apenas hinchada yema del frutal, en el tallo que apenas levanta un palmo de la tierra, y que ha de ser espiga. En abril aparecen los primeros nidos; los chaparrones de abril limpian el aire de la pesadumbre invernal,

dejándole lavado y fresco, para que en su limpieza pueda brillar mejor el sol de mayo; los pájaros madrugan a cantar; las violetas, socarronamente escondidas bajo las hojas anchas, huelen a gloria e incitan a buscarlas al que más distraído pasa cerca de ellas; las primeras mariposas vuelan trabajadoras, aprovechando su corta vida para hacer bien; el agua corre alegre en los arroyos; el aire, a días, sacude con benéfica violencia los árboles para poner en movimiento la savia dormida: todo trabaja, todo se esfuerza por cumplir la misión que le está encomendada, y la primavera, joven, florida, radiante, se ríe con sonrisa feliz, no porque es hermosa, sino porque es promesa de abundancias futuras.

En ella deben ustedes aprender, a ella deben ustedes imitar. Mediten ustedes las obligaciones que les impone.

HAY QUE RENACER

Es decir, tienen ustedes que darse cuenta de que viven y de que la vida es don maravilloso y fiesta inacabable. «Fiesta... sólo para el sabio», ha dicho Platón. Y Platón sabía lo que estaba diciendo al decirlo, porque él fué tal vez el sabio más sabio de cuantos han pasado por la tierra. Es preciso, por lo tanto, para renacer, proponerse adquirir la sabiduría, que es la única que puede hacernos gozar del festín. Abran ustedes los ojos del cuerpo y del alma; observen ustedes, estudien ustedes, pregunten ustedes,

aprendan ustedes con alegría, con ansia de saber, con afán de conocer el mundo y de conocerse a sí mismas, con hambre y sed de justicia, sobre todo, porque conocimiento que no nos sirve para ser más justos, es conocimiento perdido. Acuérdense ustedes de la viejecita que no quería morirse por saber cada día una cosa más; ahora están ustedes en la edad de aprender «una cosa más» cada cinco minutos. El mundo está ante ustedes, nuevo y recién nacido. Láncense a descubrirle con ardiente y apasionada curiosidad. La recompensa es grande y sabrosa; yo se lo fío a ustedes.

HAY QUE ROMPER EL HIELO DE LAS FUENTES

Es decir, tienen ustedes que romper la rutina de un método de vida gris, sin ideales, consagrado a charlas sin substancia, a diversiones tontas, a visiteos insubstanciales, a murmuraciones estúpidas, a preocupaciones sin sentido, de trapos y moños, a rivalidades mezquinas de amor propio, entre amigas, a paseos, sin otro gusto ni provecho que el de la vanidad, siempre malcontenta. Es preciso que se decidan ustedes a vivir para algo, y que rompan valerosamente el hielo que les separa de la humanidad. Piensen ustedes que son seres humanos, y que tienen ustedes grandes deberes que cumplir por este solo hecho; consideren ustedes que en sus manos jóvenes y robustas está dormido el porvenir del mun-

do, y prepárense a cumplir valerosamente los deberes de mujer fuerte, que les están a ustedes esperando. No se desentiendan ustedes, porque ahora son felices, de los sufrimientos de la humanidad, y no piensen que a ustedes no les toca remediarlos, o que los sufrimientos son cosas «que ha querido Dios». Casi todos los sufrimientos humanos: la pobreza, las enfermedades que nacen de la miseria, las que vienen del vicio, los crímenes por falta de amor y caridad, son males que Dios no ha querido, males que proceden de la poca atención que hombres y mujeres prestan a su alma y a su vida. Y ustedes, precisamente ustedes, podrán remediar todo esto, en tiempo muy cercano, si ahora que son ustedes jóvenes rompen el hielo del egoísmo y no dejan que se les endurezca el corazón. ¡Tengan ustedes entusiasmo, por el amor de Dios... y además, ténganse ustedes en mucho, y sepan que la humanidad está esperando con ansia el resultado del trabajo de preparación que ahora deben ustedes estar llevando a cabo!

HAY QUE PREPARARSE A DAR FRUTO

El fruto que ustedes, mujeres de mañana, han de dar al mundo, han de ser sus hijos. Piensen ustedes en esto valerosamente, sin falso rubor; el rubor no está bien en cosa santa, y el más santo, más alto, más noble privilegio del mundo es la maternidad. El mundo de mañana está esperando sus hombres,

de ustedes. Prepárense ustedes a ser madres de veras. Una madre, «creadora de hombres», necesita salud, fuerza, ciencia, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, caridad encendida, fe inmortal, esperanza indesarraigable, conciencia estricta y consciencia perfecta del bien que puede hacer. Todas las virtudes son pocas para formar el alma de una madre; toda la ciencia es poca para formar el entendimiento de una madre; todo el entusiasmo es poco para sostener a una madre en las dificultades de su santa misión. La madre es creadora con Dios; puede y debe ser redentora con él. Piensen ustedes en la gloria de dar al mundo un hombre, y tiemblen ante la tremenda responsabilidad de tener en los brazos a un hijo y no saber hacer un hombre de él.

HAY QUE SER MUY BONITAS

Sí, señoras: la tierra es muy bonita en primavera; ustedes, como ella, tienen obligación de ser lo más bonitas posible; ahora bien: la primera condición de la belleza es la salud. La obligación de tener salud es ineludible. «Santo, sano y sabio», ha dicho uno de los más grandes filósofos españoles: Baltasar Gracián. La salud no es exclusivo don del cielo, como algunos piensan: la salud es, en gran parte, cuestión de voluntad. Primeramente es cuestión de limpieza: limpieza del cuerpo y del alma. Agua a cántaros, virtud por arrobas. Hay que lavarse el

cuerpo de arriba abajo todos los días, y cuanto más fría esté el agua, mejor. ¡Con eso se pone la piel tan sonrosada y los labios tan rojos!... Además, los ojos de la mujer limpia y que tiene buenos pensamientos, están siempre alegres y brillan con luz inmortal. Parece como si todos los días despertasen a vida nueva y se maravillasen de encontrarla hermosa.

Un poeta español, queriendo bendecir la suerte de una mujer, escribió para ella este deseo:

«¡Que cada vez que amanezca
despunte el sol por tu alma!»

Y al sol le gusta encontrar las ventanas con los cristales limpios, porque los vidrios sucios malamente dejan pasar la luz. Nuestro cuerpo es como cristal: por todo él se asoma el alma a contemplar la Naturaleza; a través de todo él, la tierra y el cielo encuentran el camino de nuestro entendimiento y nuestro corazón. Prisionera el alma de nuestro cuerpo, démosle siquiera, mientras viva en cárcel, cárcel limpia y con las ventanas de par en par. ¡Que no halle telarañas para mirar al cielo, que es su patria; para gozar de la tierra, que es su huerto!

Niñas, deben ustedes a su cuerpo reverencia máxima. Aprendan ustedes las leyes que enseñan a conocerle, a respetarle y a conservarle en belleza y salud. Aprendan ustedes a hacer ejercicio, desechen la pereza, aprendan a comer racionalmente. ¡No prueben ustedes el vino, ni siquiera en chanza! En

la antigua Roma, en la Roma de las virtudes austeras, de las mujeres castas y nobles, de los hombres leales y valientes que hicieron suyo el mundo, se consideraba deshonra para la mujer haber bebido vino una vez en la vida.

Coman ustedes pocas golosinas, poquísima carne, mucha fruta, mucha verdura, cereales, pan; beban ustedes agua y leche. Acuéstense temprano, jueguen ustedes al aire libre, bailen ustedes también al aire libre, ocúpense en trabajos domésticos, que son excelente gimnasia, madruguen ustedes como alondras y canten como ruiseñores.

Esto, en cuanto a higiene corporal. En cuanto a higiene del alma (que también produce belleza en el rostro, porque parte esencial de la belleza consiste en la expresión), procuren ustedes que los buenos pensamientos sean en ustedes, aun más que costumbre, naturaleza. La envidia hace amarillear el rostro; la soberbia contrae el entrecejo y arruga la frente; la vanidad endurece y afea la expresión del mirar; el descontento forma arrugas feísimas junto a la boca; la ignorancia presta a la cara más bonita repulsiva expresión de estupidez; la vanidad hace perder al movimiento toda su naturalidad y le hace afectado y ridículo... Y así todo: no hay vicio ni defecto, por muy escondido que creamos tenerle, que no llevemos pintado en la cara. Por eso se ha dicho que el rostro es el espejo del alma.

Y, sobre todo, para ser realmente bonitas, nada de afeites. Afeites son los polvos, las pinturas, el

horrible rojo color de remolacha que algunas de ustedes se ponen en los labios. Afeites son los cabellos postizos. Afeites son los perfumes intensos. Muchas niñas de ahora tienen, al parecer, la extraña pretensión de no parecer mujeres honradas: tales van por las calles, que los hombres con un poco de juicio las tienen compasión.

Dice el *Libro de los Ejemplos,* joya de nuestra española literatura:

«Red de diablo es la mujer
que se afeita por bien parecer.»

Y es verdad; pero lo más triste del caso es que esta red del diablo no le sirve a ella para prender a nadie en complicidad con el diablo, sino para prenderse a sí misma. Supongamos, niñas, que desconfían ustedes de tal modo de sus naturales encantos, que se deciden ustedes al nefando método de la pintura para «prender» a un hombre. ¿A qué hombre prenderán ustedes ofreciéndole la semejanza de una mala mujer? A un mal hombre o a un necio, no cabe duda. Y, ¿les parece a ustedes suerte muy envidiable la de haber «prendido» a un individuo de semejante especie, y, por añadidura, porque supongo que el individuo se casa con la prendedora, quedar presas con él y condenadas a él de por vida?

¡No les deseo a ustedes tan triste victoria!

HAY QUE ESPERAR AL AMOR CON TODA REVERENCIA

Sí, niñas, sí, hay que esperar al amor, porque el amor es la flor de la vida. Pero no hay que confundir al amor con el noviazgo; es más: el noviazgo es el enemigo del amor, porque estraga el corazón en juegos vanos, en disipaciones malsanas, y le imposibilita para la verdadera bendición de la suerte.

Dice San Francisco de Sales: «Vírgenes, guardad cuidadosamente vuestro primer amor para vuestro primer marido».

Yo me permito cambiar un poco de fórmula, y os digo: «No tengáis novio nunca, hasta que estéis seguras de estar verdaderamente enamoradas, y en cuanto estéis seguras de vuestro amor, casaos con él».

Pero «hay que estar seguras», y, sobre todo, no hay que dar nombre de amor a juegos de amor propio o a pasajeras emociones producidas por el malsano ambiente de un baile, de una charla, de una rivalidad entre chiquillas.

En el verdadero amor hay y debe haber dos elementos: atracción física y alta estimación moral; sin una o sin otra, comprometerse en una aventura amorosa es locura y predestinación de segura infelicidad. El matrimonio, estado perfecto, cumbre de la humana felicidad cuando es matrimonio verdadero, es infierno en vida cuando se desacierta en él. ¡Guardad

vuestro amor para vuestra felicidad, y esperad con paciencia y reverencia, no malgastando el tesoro en aventuras vanas! Buscad un hombre y encontraréis un hombre; pero que encuentre él en vosotras una mujer, porque la vida que habéis de andar juntos no es juego de muñecas ni fiesta de salón, sino camino largo que hay que recorrer, huerto que hay que labrar, casa que edificar, tierra que dominar y cielo que alcanzar. Todo eso pueden lograrlo juntos un hombre, una mujer y mucho amor; pero si falta uno de los tres elementos, la casa se hunde, el huerto no florece y el cielo se pierde.

VII

TIERRA Y HOGAR

Señoras mías: Salí hace pocas tardes de Madrid, camino de los Carabancheles. Era una tarde tibia de primavera; llovía, con esa clara, amable, casi fragante lluvia de fin de marzo. Si bien los árboles aun no tenían brotes aparentes, la tierra empezaba a verdeguear.

¡La tierra! Palabra mágica, compendio de toda bendición. ¡La tierra! Madre, nodriza, maestra, consoladora, cuna y sepulcro. ¡La tierra! Creadora de hombres, mantenedora de hombres, fuente de salud, manantial de serena alegría, engendradora de positivos goces e inmortales placeres... ¡La tierra!..., o, para entendernos mejor, ¡el campo!, como se dice por acá. Como la primavera tiene un don inmortal de purificación, hasta la miserable tierra que se extiende de provincia de Madrid adelante, desde la Puerta de Toledo, tenía aquella tarde, por su virtud, aire de fugitiva pureza..., y, sin embargo, acaso no haya pedazo del planeta más deshonrado, por la increíble fealdad que han arrojado los hombres sobre él. En

cuatro, en cinco kilómetros a la larga, no se ven a ambos lados de la carretera mas que aglomeraciones de poblado horribles: casas de ladrillo, de adobes, de yeso, de barro, de lata, miserables, horrendas, sucias, mal alineadas, hediondas; tabernas y ventorros que parecen cubiles, tiendas de comestibles y carnicerías peores que pocilgas; estiércol, podredumbre, barro negro y revuelto, desperdicios de todas clases, muladares, zanjas llenas de agua estancada y podrida. Sobre el barro, unos cuantos perros e innumerables chiquillos, sucios desde la punta de los pies a la punta del pelo; costra en las caras, costra en las ropas, costra en los pedazos de cuerpo que dejan ver los pedazos de tela que faltan; hedor en el aire, aun estando a campo abierto, de frituras imposibles de nombrar... Un poco más lejos, dos colonias de hoteles un poco más limpias, pero tan enfangadas como el camino mismo, formadas por edificios de un mal gusto tan agresivo, de una incomodidad tan evidente... Un poco más allá, una plaza de toros: de la carretera a la plaza, el único camino decente de todo el trayecto, la única senda enarenada. ¡Algo es algo! Al pie de la plaza de toros, el pueblo, tan feo, tan sucio, tan infecto, tan mal oliente como los poblados de la carretera; enjambres de chiquillos asomando por las puertas de casas negras como antros, negros ellos de suciedad, con el cabello entre gris y apegotado, virgen, sin duda, de agua, de cepillo y de peine... ¡Y las nubes, lloviendo sobre toda esa inmensa suciedad, aburridas, sin duda, por no poder acabar

con ella! ¡Y el agua clara, que había de ser elemento fertilizador al caer de los cielos, trocándose en fango inútil al tocar con la tierra abandonada y yerma!

Estas son las afueras de una gran ciudad, los barrios —cintura de la capital de España—. Y no son excepción, ¡ojalá lo fuesen!, estos caminos de los Carabancheles. Les hacen competencia los Cuatro Caminos, las Ventas, la carretera de Extremadura... y los poblados de casi toda la meseta central de España. Por todas partes están los pocos árboles tronchados, están las calles (?) convertidas en fétidos arroyos; los caminos, en torrenteras; las sendas, en arroyos de lodo; las habitaciones humanas, en cuevas no mejores que las del ganado... Y aun éstas, pocas. ¿Quién vive en España en el campo si tiene una peseta para vivir en la ciudad?

Iba yo meditando con harta tristeza: ¿por qué este horror al campo? ¿Por qué esta indomable aversión a la tierra? ¿Quién tiene la culpa de que sea horrendo este pedazo de tierra que pudiera ser un paraíso? Porque la tierra en derredor de Madrid es fértil: puede dar dos cosechas al año, una de trigo y otra de maíz, más todas las frutas y todas las verduras que Dios crió, más selectas, mucho más sabrosas que las de la huerta de Valencia, por ejemplo. ¿No piden ustedes, señoras, cuando se les antoja comprar verdura, que sea «de la tierra»? Pues «de la tierra» quiere decir eso precisamente: del campo que está cerca de Madrid.

Y mientras meditaba, iba recordando las afueras

de Londres, los pueblecillos que le rodean, las afueras y barrios extremos de Bruselas, los pueblecillos de Holanda, los alrededores de París, los poblados del campo alemán, las quintas, las villas, los *cottages*, las residencias de nobles, las casas de obreros, los jardines, los huertos que cubren casi toda la tierra civilizada, los balcones con flores, las terrazas no menos floridas, los jardines de obreros, extramuros de las grandes ciudades, que son, sencillamente, pedazos de terreno acotados con una alambrada, en los cuales hay un cobertizo para guardar los utensilios, y donde va a pasar la tarde del sábado y todo el domingo el trabajador con toda su familia, empleando el ocio dominical en cuidar las plantas, que son la alegría de su vida y que le consuelan del humo y del trajín de la fábrica durante la semana entera...

Y volvía a pensar: toda Europa ama el campo, toda la Europa civilizada busca en la tierra y en el aire libre remedio y consuelo a la atrafagada y envenenada vida moderna; todo hombre, fuera de España, tiene ansia por cultivar un palmo de terreno; toda mujer, fuera de España, siente la necesidad de tener un hogar fundado en tierra suya, con paredes suyas, con un ramo de flores y una cesta de frutas para poner encima de la mesa, cortadas de su propio huerto.

Las ciudades enteras emigran los domingos al campo. Cada cinco minutos salen trenes, tranvías, ómnibus, automóviles, de todas las grandes poblaciones europeas, para llevar lejos de las calles estre-

chas a la grey trabajadora. Sólo en España no. ¿Por qué?

—¿Dónde vamos a ir —preguntarán ustedes—, si el campo que está al lado de Madrid es tan horrible como usted mismo afirma? Pero, señoras mías, ¿quién tiene la culpa de que lo sea?

Ya estoy oyendo responder: ¡El Gobierno!, con unanimidad aterradora. No, señoras mías. Es muy cómodo echarles la culpa de todos los males a Dios, que los consiente, y al Gobierno, que no los remedia. Cierto que el Gobierno es muy malo; pero es, sencillamente, el servidor del país que él elige, y echar a los Gobiernos la culpa del mal estado de un país, es lo mismo que echar a una criada la culpa de que la casa esté sucia; sucia estará la casa mientras la dueña de ella no sienta la necesidad de que esté limpia y no imponga su autoridad para lograrlo. Horrible será el campo de España, imposibles los caminos que conducen a él, mientras España entera no sienta amor al campo y necesidad de vivir en él. Si todos deseásemos salir de la ciudad por un camino cómodo, bien arreglado estaría el camino: bien arreglado está —ya se lo he dicho a ustedes— el paseo que conduce a la plaza de toros de Vista-alegre. ¡Y hasta tiene sus dos filas de árboles! Eso es todo: querer.

¿Y quién ha de infundir esa voluntad? Sencillamente: quien eduque a los que han de ser hombres.

¿Y quién debe educar a los hombres? Su madre, que para eso ha nacido y esa es su misión. La ma-

dre hace el hogar cuando ella misma siente la necesidad del hogar.

Leo en un informe del Congreso de las mujeres, de que he hablado a ustedes en otra carta, lo siguiente:

«De una idea moral, que fué al mismo tiempo idea de mujer, nació en Sedán la «Obra de los jardines obreros», uno de los mejores instrumentos de la lucha antituberculosa, por lo que contribuye al mejoramiento moral e higiénico del hogar obrero, que, por medio del cuidado de un jardín propio, aunque pequeño, se prepara para la vuelta a la vida del campo.»

«Esta «vuelta al campo» es una tendencia esencialmente femenina y que puede tener trascendencia beneficiosísima para la salud pública. Las mujeres de todos los países, verdaderamente amantes de su hogar, tienen la admirable tendencia a huir de las ciudades aglomeradas, malsanas, sin aire y sin luz, y a procurar la vida en «las afueras», donde sea posible un pedazo de huerto o de jardín, donde puedan entrar por las ventanas los dos grandes agentes de salud: el sol y el aire limpio.»

¡Ojalá esta observación hecha en el último Congreso feminista pudiera ser verdad tratándose de nuestra patria! ¡Ojalá la mujer española tuviese verdaderamente amor al hogar sano y limpio, al aire, a la luz, al sol y a la tierra! ¡Ojalá comprendiese que en la tierra está la salud física y espiritual de sus hijos, y les enseñase a amar el huerto, a respetar

el árbol, a reverenciar la fuente, a adorar la espiga! ¡La salud de España, la riqueza de España, la salvación de España, está en la tierra! ¡Ojalá las madres lo comprendiesen, y así no empujarían a sus hijos hacia la ciudad, congestionada, sucia por fuera y por dentro, corrompida y corruptora! Si las madres pusieran en manos de sus hijos el arado y la azada como instrumentos santos, enseñándoles a crear con ellos abundancia, en vez de presentarles como ideal la roída pluma del oficinista, la carpeta manchada de tinta, la mesa sucia de café y ceniza de tabaco, muy distinta sería la vida española. ¡Pensad en esto, mujeres de España! No penséis que el oficio de labrar la tierra sea exclusivo de ganapanes y gente sin cultura. Pensad en que precisamente esta palabra «cultura» quiere decir «cultivo», y del cultivo de la tierra viene. Pensad que el oficio de la agricultura es el primero de la civilización y que primeramente estuvo en vuestras manos. ¡Reverenciadle y amadle, por vuestro y por bueno! ¡Volved a la tierra, empujad e impulsad a los hombres a volver a la tierra! Creédmelo: debajo de una frente tostada por el sol caben muy altos pensamientos. Si sois ricas, poned vuestra riqueza en tierras que podáis hacer labrar. Si sois pobres, procurad con ahorro un pedazo de tierra que podáis labrar con vuestras propias manos, ayudadas por las tiernas manos de vuestros hijos pequeñuelos. El hombre que de niño ha visto crecer una planta por cuidado suyo, ya no olvida nunca el gozo de crear, y es dentro de su pa-

tria un elemento constructor. Si estáis sujetas irremisiblemente a la ciudad por el oficio o la profesión del hombre que os gana el pan, procurad que la casa en que vivís no esté en el centro de la población. ¿Qué sacáis, mujeres madrileñas, por ejemplo, de vivir en la calle del Pez, de la Madera, de Jesús y en otras ciento de peor traza? Hay hogar que cuesta quince o veinte duros en una calle infecta y céntrica, que por diez y cinco de tranvía para el padre, podría instalarse en las afueras decorosísimamente. Claro que en las afueras no hay escaparates; pero hay aire y sol, hay posibilidad de cuatro palmos de tierra libre, cercados por una empalizada, dentro de la cual, si tenéis hijos, con cuatro plantas y una docena de animales domésticos, podéis crear para ellos un reino maravilloso que deje huellas en su inteligencia y en su corazón para toda la vida.

«No hay nada que ensanche el horizonte del alma de un niño —ha dicho una mujer ilustre— como la empalizada que, cercando el huerto, le aisla del mundo exterior», y es verdad. Con un poco de tierra se crea el reino prodigioso del hogar.

Y hogar es lo que falta en España, lo que ha faltado en ella siempre. ¿Habéis leído alguna vez, de niñas, algún cuento, algún libro, que hable de intimidad, de familia, de unión doméstica, de lumbre en la cocina o en la chimenea, de trabajo a la luz de la lámpara, de estudio sereno, de plática entre el padre y los hijos, de madre hacendosa, de hijos que corten leña, de hijas que sirvan la sopera humeante,

de manteles limpios, de ropas bien olientes, de armarios en orden, de suelos relucientes, de lienzos tendidos a secar al sol, de ida alegre a la escuela, de correrías por las veredas campesinas en busca de fresas, de la madre que en plena primavera prepara en la cocina soleada las conservas de frambuesa y grosella para el invierno, de leche rebosante de espuma, de agua clara en jarro de cristal, de nata en casa pobre, de queso blanco, de pan dorado? ¿Habéis leído —repito— algo de eso, que es el verdadero gozo de vivir, en algún libro escrito por un español? ¡No por cierto! Esos maravillosos cuentos de tierra y hogar, tan inverosímiles para nosotros, que los hemos equiparado siempre a cuentos de hadas, nos han venido siempre de fuera: Francia, Inglaterra, Alemania, América del Norte, Dinamarca, Noruega, nos han enviado de sus tierras, no ciertamente mejores que las nuestras, la visión del hogar fundado en tierra y en trabajo.

Mujeres españolas de hoy, ¿no podéis vosotras crear esa maravillosa visión dentro del alma de vuestros hijos? Haced para ellos un hogar que puedan estar echando de menos en cuanto se aparten de vuestro lado; con eso tendrán ansia de crear uno propio con su propio esfuerzo, y pagarán a sus hijos la bendición que de vosotras hayan recibido. ¡Mujeres españolas, volved a la tierra, y, aun cuando viváis en las ciudades, haced de vuestra casa un jardín, donde no haga frío, donde haya limpieza, donde haya estudio, donde haya libros, donde haya con-

versación, donde los hijos pregunten y contestéis vosotras instruyendo, donde los pequeños os rodeen incesantemente y, como en los cuentos, reciban de vuestras manos, con el pan y la miel, la sal y el sentido de la vida...!

¡Mujeres de España, cread la España nueva e inmortal en el entendimiento de vuestros hijos, que ahora son como cera en vuestras manos!

VIII

DEL AMOR A LA PATRIA. OBLIGACIONES DIVERSAS; UN SOLO DEBER

Señoras y paisanas mías: ¿Se han dado ustedes cuenta alguna vez de la obligación estricta que, como españolas, tienen ustedes de amar a España? ¿Han pensado ustedes en serio en lo que significa verdaderamente esta obligación de amor, por otro nombre llamada patriotismo? ¿Acaso creen ustedes ser excelentes patriotas porque se les humedecen los ojos, a impulso de intensísima emoción, al ver pasar un regimiento bien formado, brillante, marchando marcialmente a los acordes de un pasodoble un poco desgarrado por la brisa fresca en la mañana primaveral de un día de jura de bandera? ¿O piensan ustedes que son muy españolas porque prefieren el cocido al *ragout,* o porque aun les gusta prenderse la mantilla negra el Jueves Santo para ir a recorrer las Estaciones, y la blanca el Domingo de Resurrección para ir a la plaza de toros a admirar a Gallito o a Belmonte?

¿O tal vez, algo más profundamente, refugian us-

tedes su patriotismo tras el baluarte de una piadosa y voluntaria mentira interior, y afirman ustedes ante sí mismas su amor a España negándose a creer que fuera de España haya nada mejor que dentro de ella, y negándose a admitir hasta la posibilidad de virtud más allá de la frontera?

Todo eso, señoras mías, no es amor: la emoción a la vista de la bandera desplegada al viento, saludada por acordes más o menos marciales, no es amor a la patria. Yo, que he corrido un poco de tierra y que soy español apasionado, se lo aseguro a ustedes; lo mismo, exactamente, se humedecen los ojos cuando en tierra extranjera pasa un regimiento extranjero llevando su bandera al aire, sonando en sus clarines marchas de otro acento. Esa emoción inevitable es cosa sensual y no puede llamarse patriotismo, lo mismo que no puede llamarse devoción la emoción inquietante o aplacante que les hace a ustedes llorar en la iglesia cuando sube el incienso impregnando el aire de acre y profundo aroma y el armonio deslíe con morosidad una melodía dulzona.

La exaltación bravía que produce el clarín que anuncia la salida del toro, no es patriotismo, no es ni siquiera españolismo: es sensualidad, excitación nerviosa, ni más ni menos.

El apego a los usos y costumbres de España, no por ser buenos, sino por ser de España, no es amor a la patria tampoco: es estrechez de miras, pereza mental, que se asusta de lo desconocido y no quiere salir de las sendas trilladas.

El verdadero patriotismo, como la verdadera devoción, ya que uno y otro son, sencillamente, amor purificado, recto y clarividente, es algo más alto, más hondo, más grave, y sobre todo, más difícil; el patriotismo está hecho de obligaciones múltiples que hay que cumplir, entre las cuales es primera y esencial la de cumplir estrictamente el deber imperioso del perfeccionamiento individual; porque una patria buena es la reunión de individuos perfectos en lo posible, y para hacer a nuestra patria grande, no hay otro camino sino el que los hombres y mujeres que la formamos seamos perfectos hasta donde alcance nuestra posibilidad perseverante y tercamente apasionada.

«El trabajo que hacemos es el que realmente va tejiendo nuestra bandera» ha dicho Franklin K. Lane, actual ministro del Interior de los Estados Unidos de América. Y es verdad; la bandera de un pueblo está tejida con el esfuerzo actual de sus hijos todos, no sólo con la sangre de los que mueren por defenderla o por engrandecerla en los campos de batalla. ¿Qué os parecería de un padre o de una madre que no atendiesen a sus hijos sino en la hora de peligro extremo? ¿Qué de unos hijos que no se acordasen de amar y de honrar a sus padres mas que a la hora trágica de verlos morir?

Pues esto hacen los que piensan que la gloria de una nación está sólo en sus heroísmos guerreros, y que el deber patriótico sólo es sacrificarse cuando llega la hora tremenda del conflicto armado. ¡No, no!

El amor a la patria es un deber constante para hombres y mujeres, y precisamente de la necesidad de esta constancia nace su cualidad de heroico. Porque el heroísmo no es el don de la vida en un momento, no es sólo el sacrificio accidental: el heroísmo es, sobre todo, el cumplimiento inflexible y constante del deber, tantas veces obscuro, tantas veces tedioso.

Estamos, pues, obligados a amar a la Patria con amor heroico. Están ustedes, españolas, obligadas a amar a España con persistencia heroica. Y ya que, según la sabiduría popular, «obras son amores, y no buenas razones», están ustedes obligadas a demostrar y afirmar su amor patrio por medio de obras buenas. No piensen ustedes que no haya en el tejido de esa bandera ideal una hebra de oro o de seda o de lana reservada para que las manos de ustedes —por pequeñas y suaves que sean— puedan ensartarla en la trama; para todos hay trabajo en la grande obra, para todos hay obligación; son obligaciones diversas; es un solo deber: ¡Hacer que España sea grande y fuerte; hacer que sea noble y sea buena; conseguir que sus hijos sean felices a fuerza de ser justos! Que el pan en ella se reparta con equidad perfecta; que el trabajo se honre; que la ambición se ponga en cosas santas; que las leyes se dicten con recto espíritu y se hagan cumplir con inflexible e inapelable justicia; que haya caridad, pero no flaqueza; que el suelo fértil no esté deshonrado por la holgazanería; que la riqueza —fuente y caudal de felicidad bien entendida— no sea origen de miseria y duelo, de usura y

monopolio; que todo el que trabaje bajo el sol, tenga derecho a descansar a la sombra de un hogar caliente; que cuando venga un hijo —gloria de la vida—, no tenga que fruncir el ceño el padre, pensando de dónde sacará el pan que debe darle...

Todas estas cosas y otras cuantas, de que en otros días iremos hablando, hay que conseguirlas, si no queremos, cuando vayamos por el mundo, tener que avergozarnos de ser españoles. Todo esto tenemos que hacerlo los hombres, y tienen que ayudarnos ustedes, las mujeres. ¿Cómo? Trabajando encarnizadamente por lograrlo, cada una en su esfera. Mujeres pobres, mujeres ricas, mujeres de la clase media, lo repito: el deber es uno; los medios de cumplirle, diferentes.

A LAS MUJERES POBRES

¡Mujeres pobres, mujeres del pueblo, las que trabajan para ganar la vida, ustedes son el brazo de la Patria! El deber de ustedes es duro, pero es claro, y en cierto modo es fácil de cumplir; están ustedes obligadas a trabajar con eficacia y con alegría. Hagan ustedes bien su oficio, y canten mientras estén trabajando. Cuando los oficios se cumplen perfectamente, la obra se perfecciona, y el país donde la obra es perfecta, es país grande. Ustedes, trabajando perfectamente, llevan la hebra de lana a la bandera, y esa hebra de lana es, en la trama, fuerte y fundamental. Perfecciónense ustedes en su oficio de tal mane-

ra, que no haya más remedio, en justicia, que pagarles lo que pidan por él. A fuerza de trabajo perfecto, logren ustedes trabajo bien pagado. Y canten ustedes toda la semana, y diviértanse ustedes el domingo con toda la alegría de su corazón, llenando el aire limpio con risas de esperanza. Y cuando tengan ustedes hijos, que mamen, con la leche del pecho de su madre, el amor al trabajo y la alegría. ¡Y no necesitan ustedes dar más ni a ellos ni a la Patria para habèr cumplido heroicamente su deber de patriotas!

A LAS MUJERES RICAS

¡Mujeres ricas, mujeres a quienes la suerte ha resuelto la vida al nacer, ustedes tienen la obligación de ser el cerebro piadoso de la patria! ¿Saben ustedes por qué a las clases ricas se les suele llamar «clases directoras»? Porque tienen el deber de estudiar el camino para guiar a los que, obligados a ganarse la vida, no tienen tiempo de aprenderle. Ustedes tienen tiempo: el tiempo es su tesoro; ¡pero no es de ustedes, es de su Patria! Y el tiempo que en frivolidades, necedades, vanidades, diversiones inútiles, lecturas necias, flirteos inmorales, gastan ustedes tontamente, es un robo que hacen a su Patria y a la humanidad; un robo a mano armada, más criminal que todos, porque es innecesario; mucho más digno de sanción penal que el del miserable que les roba a ustedes el bolsillo, si puede, porque no tiene pan que comer. En

una nación, como en un hogar, el que no construye, destruye; si no sirven ustedes de algo útil, están ustedes sirviendo de rémora y estorbo. Tienen ustedes para consigo mismas la obligación estricta de la cultura; es preciso que hagan ustedes producir ciento por uno a la buena semilla que Dios les ha puesto al nacer en el cerebro y en el corazón; todo lo que, pudiendo haber aprendido no saben ustedes, es para ustedes vergüenza e ignominia.

Tienen ustedes para con sus hijos el deber de guiarles por la buena senda; estudien ustedes con ellos, y amarán el estudio ellos también. Enséñenles ustedes la lección de la vida, prepárenles para los tiempos nuevos, no les hagan ustedes creer tontamente que los días pasados eran mucho mejores que los nuestros. Dice una mujer ilustre: «No os fiéis nunca de mujer que diga que «sus tiempos eran mejores que éstos. Si el día que han de vivir mis hijas no es mejor que el día en que yo he vivido, eso querrá decir que he fracasado en mi deber más alto, que es dejar el rincón de mundo que fué mío un poco mejor de lo que era antes de haber vivido yo en él».

Mejorar el rincón de mundo en que vivimos... Si todos mejoramos el nuestro, ¡qué grande llegará a ser nuestra Patria!

Tienen ustedes para con sus maridos, para con sus hermanos, para con sus amigos, el altísimo y femenino deber del consejo. Están ustedes cerca de los que hacen las leyes; tienen ustedes —y ustedes lo sa-

ben— la habilidad suprema de tiranizar dulcemente y de imponer su voluntad. Los hombres, que son de ustedes por lazos tan fuertes, son los que hacen la ley; si la ley es injusta, culpa es de ustedes, que no han querido preocuparse de si lo era o dejaba de serlo. La cabeza rendida por la pesadumbre del afán exterior, que descansa en la almohada junto a la de ustedes, precisamente por rendida y amante es dócil a toda buena inspiración. Inspiren ustedes noble, serena y concienzudamente. Mientras no puedan ustedes firmar las leyes buenas con su propio nombre, ensáyense a dictarlas, aconsejando al que ha de ser responsable de ellas con toda lealtad. El hombre es naturalmente justo, y si la mano que más quiere le empuja a la justicia, su hambre y sed de justicia no tendrán límites. Casi todas las ambiciones injustas de los hombres que mandan tienen por fondo una cara bonita de mujer, que pide más para frivolidades... Y la noción inicial de justicia, innata, como digo, en el hombre, el hombre la pierde rápidamente, y el mismo vértigo de actividad exterior que le ayuda a perderla, le imposibilita para interrogar despacio a su conciencia. Es preciso que, mientras él se inquieta, haya otra conciencia velando por él. ¡La conciencia del hombre es su mujer, y muchas de las cuentas que ha embrollado él, ante Dios ha de saldarlas ella!

Tienen ustedes para con los pobres, que son como el cimiento en roca de la Patria, el deber ineludible de la caridad. Pero entendámonos: la caridad no es

dar limosna. Los tiempos han cambiado. Hoy la limosna se llama trabajo. Muchas mujeres ricas tienen la funesta costumbre de ser muy limosneras y pagar poco y mal a los que trabajan para ellas; esto es fomentar la holgazanería y, por lo tanto, la perdición de España. La limosna es lícita, y hasta obligatoria, en algún caso extremo de evidente necesidad; pero, aun así, hay que hacerla con prudencia; una forma de limosna muy recomendable es pagar el alquiler del cuarto a una familia pobre y digna, es llevar al campo a un chiquillo anémico; pero en dinero, ¡nunca, nunca nada! Los dos reales, la peseta que dan ustedes en céntimos a la puerta de la iglesia, auméntenla ustedes al salario diario de la mujer que viene a servirles de costurera o de planchadora: allí está en su sitio, y bien empleada. No hagan ustedes economías tontas, corriendo saldos y buscando gangas. Paguen ustedes generosamente el trabajo bien hecho.

Mucho más que dando un panecillo de limosna, merecerán ustedes si, mujeres de alcalde o de concejal, consiguen ustedes que consiga él que el panecillo cueste más barato. Mucho más que dando un bono, harán ustedes pagando unas pesetas más en la reforma de un vestido, lo cual permitirá a la costurera no escatimar en la última semana del mes el panecillo del desayuno. El puñado de trigo no se da, se siembra.

A LAS MUJERES DE
LA CLASE MEDIA

¡Vosotras sois el corazón sacrificado de la Patria, pero de vosotras puede nacer el Mesías! Vuestro deber es doble, áspero y difícil. Tenéis, como las ricas, la obligación estricta de la cultura, tenéis, como las pobres, la obligación ineludible del trabajo. A un tiempo, abejas admirables, se mueven vuestras manos y vuestro pensamiento. Esfuerzo doblado, pesadumbre añadida. Vuestras son la vigilia, la preocupación, la educación del hijo, el consuelo del hombre, el sonreir cuando no podéis más de cansancio para que él no se desaliente por completo y caiga, al sostener el ficticio decoro de una comodidad que no existe. Verdaderamente, la hora es cruel para vosotras, sin la facilidad de vivir de los de arriba, sin la inconsciencia despreocupada de los de abajo... Pocas veces se os oye cantar... Y, sin embargo, la virtud de la raza está en vosotras, la esperanza de España está en vosotras. Porque mirad: la civilización suprema se ha dado siempre en las zonas templadas, y los de arriba, semejantes a las gentes que viven en tierras tropicales, acaso se olvidan del esfuerzo necesario al progreso —porque ¡es tan fácil alargar la mano y coger del árbol la fruta madura!—, y aun con buena intención, son muchas veces elemento destructor de la Patria. Y los de abajo, como los habitantes de las zonas glaciales,

tienen que consagrar todo el esfuerzo a conseguir el pan, y acaso no progresan como debieran; pero vosotras estáis despiertas y en esfuerzo continuo, y por fuerza habéis de progresar y hacer que progrese la Patria con vosotras; y como os va tan mal, anheláis que la rueda de los tiempos cambie y que la razón acabe con tantas condiciones absurdas, ¡y en este ansia concebís a vuestros hijos! Y nacen inquietos como vosotras, impacientes como vosotras, rebeldes como vosotras, ansiosos de conocimiento como vosotras, con hambre y sed de justicia y verdad como vosotras, ¡y de entre ellos saldrá el que acabe con todo el absurdo de la vida presente, el que diga las palabras buenas y haga las obras justas que estamos esperando! No lo olvidéis: vuestro deber primero es esperar con esperanza iluminada y apasionada. Vuestro deber segundo es, después de haberlos concebido en esperanza, educar a los hijos en libertad y justicia, para que hagan el porvenir de España. ¡Vuestra es la hebra de oro en la bandera!

IX

LA JUVENTUD NO ES «ESTADO», SINO «PROMESA»

Señoras y paisanas mías: ¿Qué dirían ustedes de un árbol frutal que se pasase el año dando flores? ¿Flores en abril, a su hora, cuando, en el cielo claro, el sol alegra más que calienta; flores en julio, cuando tan de agradecer hubiera sido la sombra de las hojas de la frondosa ramazón; flores a fin de septiembre, cuando, para alivio del invierno cercano, tuviésemos descontada y anticipada la confortante dulzura del fruto...?

Arbol inútil y antipático sería éste, peor que estéril, peor que seco; árbol embustero y egoísta, perdido en una eterna promesa eternamente incumplida, atrofiado en la monstruosa contemplación y en el goce malsano de su hermosura.

Pues como este árbol es la mujer que quiere ser eternamente joven y conservar las gracias frágiles y pueriles de los veinte años, a través de toda una vida que ha debido emplearse en algo mejor.

¡Juventud, juventud...! Gran tesoro, por cierto,

pero no el más grande de los tesoros que nos da la vida. La vida es tránsito, viaje, peregrinación maravillosa, y es necio el caminante que se obstina en no ver la hermosura, sino en la primera jornada, cerrando los ojos a la belleza innegable de todas las demás.

¡Oh mujeres, mujeres, cómo os hemos engañado los hombres a fuerza de literatura!

Porque a nosotros, para el goce egoísta y pagano del amor material, que es una de las flores maravillosas de nuestro jardín —pero sólo una de ellas, pensadlo bien—, porque a nosotros nos seduce y conviene la hermosura de vuestro florecimiento primaveral, os hemos hecho creer, a fuerza de cantarla, que esa fugitiva belleza es vuestro caudal único, que ese florecimiento pasajero es la única razón de vuestra existencia. Os lo hemos dicho en verso, y lo habéis creído como doctrina.

Y pensáis, cuitadas, que hay que ser eternamente jóvenes, cueste lo que cueste; que la vida está toda para vosotras de los quince a los treinta, y que, pasado ese cumpleaños fatídico, no hay para la mujer más que tedio, vacío, desilusión e inutilidad...

Inevitablemente, la naturaleza protesta en nombre de la vida, que es algo más que risas de amor pueril. Vuestra creencia os lleva a pensar que el mundo piensa que ha llegado la hora del retiro y del renunciamiento; pero vuestra carne, vuestra sangre, vuestra inteligencia y vuestro corazón, siguen afirmando su voluntad y su necesidad de seguir viviendo,

porque se sienten con fuerzas para ello, y vosotras, que seguís pensando que la flor de la seducción que podáis ejercer sobre el hombre es vuestra única vida, recurrís a subterfugios y trampas lamentables en la pretensión dolorosa de hacerle creer en una juventud que ya no existe, engañándole siquiera con la apariencia de una artificial lozanía.

Y de ahí las niñerías de las mujeres que ya no son niñas, y que a los hombres con sentido común nos hacen reir y llorar, y de ahí los afeites ridículos y las composturas dolorosas, y de ahí la tristeza de las primeras canas y la desolación de las inevitables arrugas, que a los hombres nos dejan tan tranquilos, y a vosotras, mujeres, os quitan el sueño. De ahí el tedio de las resignadas, el mal humor de las que se han quedado solteras o el fingido buen humor excesivo, tal vez más lamentable, de alguna de ellas; de ahí la proverbial acrimonia de las mujeres que han llegado a suegras, hasta de algunas madres que no pueden sufrir con paciencia la flor de los quince años de sus propias hijas...

¡No, señoras, por el amor de Dios; no, señoras mías! La juventud florida es el abril del huerto; el homenaje de pasajero y tumultuoso amor que el hombre ofrece a la cara bonita, a los ojos que arden, a la boca que ríe, es la flor de la parra, que huele doblemente a gloria, por lo que es y por lo que promete; pero querer eternizar ese momento es ir contra la naturaleza. Toda esa alegría de la mañana es únicamente preparación para la plenitud del medio-

día, para la serenidad de la tarde, para la satisfacción de conciencia con que, al llegar la noche, puede contemplar el día que ha pasado el alma que ha sabido sembrar, cuidar, cosechar su fruto.

Aprended de nosotros, aunque sólo sea en esto. Nuestra juventud no depende mas que de nuestra salud. Mientras somos fuertes, somos jóvenes; porque el supremo fin de nuestra vida no está en parecer, sino en hacer. Y respecto al amor, sabemos y sentimos que es viático para el camino, pero no fin único y exclusivo de la vida. Hemos nacido para vivir, y el amor nos ayuda a ir viviendo; pero no nos empeñemos en hacer de toda la existencia una hora inmutable de inacabable éxtasis. El más enamorado encuentra en su amor acicate para su trabajo, aliento y empuje; trabaja mejor porque quiere más; pero no se le ocurre perder la vida en contemplaciones apasionadas y desatinadas, ni hacer de la ilusión de enamorar y enamorarse el único estímulo de la vida. Eso lo han dicho unos cuantos poetas, en fugitivas horas de desesperación y desaliento; pero la excitación morbosa que inspiró el poema, acaso, y sin acaso, terminó con la última sílaba que quedó escrita en el papel. El lamento mismo fué la cura del mal...; pero quedó estampado para siempre, y vosotras, mujeres, habéis creído en la desolación eterna, y todas soñáis con inspirar esa pasión irremediable. Y hacéis de la rebusca del amador, dispuesto a sufrir y morir por el amor vuestro, un fin de vida, una ilusión tenaz...; y como no le halláis —porque no exis-

te—, os creéis defraudadas en vuestro derecho. Y cuando van pasando los años en que, a vuestro parecer, hubierais debido encontrarle, os aferráis a la esperanza necia y queréis seguir siendo o pareciendo niñas, para poder seguir esperándole. Poca cosa es el amor que viene por la cara bonita. Menguado amor será el que se logre con frivolidades. Embustero amor, el que os jure morirse de pena si le desdeñáis. El amor verdadero no pensará en morirse por la risa de vuestros veinte años, sino en vivir en paz junto a vosotras, poniendo sobre vuestras canas la corona humilde e imperial de la constancia.

Y para que el laurel de la constancia prenda raíces, es preciso que, bajo la frente joven, haya algo más que juventud.

Es curioso que, siendo la juventud tesoro del que todas habéis disfrutado por igual, le envidiéis en las que actualmente le poseen, las que ya le gozasteis, y sabiendo que irremediablemente ha de pasar, os sintáis orgullosas de él, como si fuera mérito propio, las que aún le estáis gozando.

No hay que estar orgullosas de ser jóvenes, niñas; hay que aprovechar la juventud para sacar de ella todas las provechosas preparaciones para la plenitud de la vida. No hay que lamentar la juventud pasada, mujeres, si ella os trajo la bendición de la madurez. Llorad, sí, los años perdidos, pero nunca los años pretéritos; y para no tener que llorar, haced cosecha, no sólo de horas buenas que podáis recordar, sino de

buenas obras que podáis realizar en los años maduros de la vida.

«Ya no hay solteronas», dicen las mujeres de Norte-América.

«Mientras duró mi juventud, es decir, hasta los sesenta y cinco años... —afirma una escritora y feminista ilustre—, trabajé nueve horas diarias; ahora ya no puedo con tanto; tengo ochenta y tres; trabajo seis horas..., y soy feliz.»

He conocido a una mujer de cerca de noventa, en Boisfort, pueblecillo de los alrededores de Bruselas. Viuda de un hombre de talento, cuyos trabajos compartió durante un largo y feliz matrimonio, hoy vive en una casa de campo, rodeada de flores y de juventud, interesada por el último de los problemas sociales, alentando y aconsejando a todos los que se acercan a ella, sonriendo con las ilusiones de los jóvenes, esperando con todos los que esperan, acariciando a los niños, auxiliando con el consejo a los que dudan. Sobre el cabello blanco lleva una cofia de encaje negro, y no le faltan, ahora que tiene cerca de un siglo, la admiración apasionada y la amistad un poco ilusionada de los hombres mejores entre los mejores de su patria y de fuera de ella.

Jane Addams, acaso la mujer más famosa del mundo actual, por la intensidad de su trabajo y de su influencia social, en su patria y fuera de ella, por su producción literaria, por su vida completa, llena, como ninguna, de esfuerzo y de labor incesante y útil, tiene más de cincuenta años. Sin embargo, dice,

hablando de ella, un periódico: «¿Quién se atreverá a decir que Jane Addams no es joven?»

Y es cierto. ¿No es joven un ministro a los cincuenta años? ¿Por qué no ha de serlo una mujer que esté realizando obra tan importante como la suya?

«Ya no hay solteronas», es decir, ya no debiera haberlas; ya no debieran existir esas pobres mujeres que se sienten ridículas porque pasan de los treinta y cinco, y no se han podido casar. ¿Acaso están casados todos los hombres de esa edad? Bien pueden lamentarlo por motivos sentimentales, como pueda lamentarlo el hombre que, por la misma índole de motivos, no haya realizado su amor; pero si han sabido crearse, como el hombre, una actividad útil y consciente, habrán, como él, sustituído las ilusiones de amor que hayan fracasado con las ambiciones más nobles del trabajo y del éxito. Y si están realizando algo que les interese muchísimo, no se acordarán de suspirar con desolación el día en que, al mirarse al espejo, se encuentren en las sienes el primer mechoncillo de canas. Pensarán, como el hombre, que canas y arrugas son las honrosas cicatrices de la batalla por la vida, y no se les ocurrirá la idea insensata de que nadie puede desdeñarlas por ellas... Con eso, abstraídas en el interés de su vida propia, no les tendrán rencor a las que se casaron, ni envidia a las chiquillas que aun se pueden casar. El matrimonio es —cuando es verdadero matrimonio— una de las formas más altas de la felicidad, tanto masculina como femenina; pero no es la única.

Ya no debe haber suegras atrabiliarias, tormento de nueras y desesperación de yernos. Es muy natural que una mujer que renuncia a toda ilusión de vida propia, a los cuarenta años, en plena fuerza y en salud perfecta, se consuma de tedio y le tenga rencor a la vida. Mientras el marido trabaja y recoge la cosecha mejor de su edad madura, ella, olvidada ya por el amor, terminada la crianza de los hijos, se encuentra con veinte y acaso más años de interminable aburrimiento. ¿Qué ha de hacer la infeliz sino estorbar y atormentar a los que están viviendo activamente? No hay pena como la de sentirse inútil y sobrante. La mujer que a los cuarenta no ha substituído con una actividad desinteresada, y en cierto modo «social», las actividades personales de esposa y de madre, que le llevaron la juventud, será un ser desdichado que se atormente a sí misma y desespere a los demás.

Pero si para el último tercio de la vida ha sabido guardar trabajo preparado, cientos de nuevos intereses le ofrecerán las mieles de una juventud nueva: después de la del cuerpo y la del corazón vendrá la hora plena de su inteligencia. Libre de peligros sentimentales y de convencionalismos de toda clase, podrá aprender, podrá viajar, podrá estudiar la situación del mundo e influir en ella aconsejando, educando, predicando, iluminando con la serena luz de la experiencia adquirida. Podrá ser madre de los que no la tienen, refugio de los desamparados, mantenedora de entusiasmos conscientes, amparadora

de ideales nuevos. Podrá gozar las inefables dulzuras de la buena amistad, con inteligencias hermanas de la suya. Mientras las mujeres más jóvenes estén atareadas en la labor inevitable y santamente egoísta de la maternidad, ella podrá sostener para ellas la antorcha que les ilumine el camino. En su mente serena y encalmada, el atrevimiento no correrá el peligro del apasionamiento, y podrá proclamar las verdades sin contaminarlas con los deseos. Podrá ser maestra de vida, y al preparar las sendas de la vida nueva para los que acaben de nacer, ¿creéis que se le ocurrirá lamentar el que hayan desaparecido con los remotos veinte años las rosas y azucenas de sus mejillas, o que querrá pintarse el rostro y teñirse las canas para que los hombres confundan sus sesenta tan dignos con los cuarenta y cinco mal disfrazados?

Para llegar a este noble magisterio y a esta soberanía y realeza incomparables estáis viviendo ahora vuestros veinte años, niñas que acabáis de cumplirlos. Pensad en ello y abrid la inteligencia para recoger las verdades fundamentales que han de ser semilla de vuestra buena mies. Dadle lo suyo a la risa, y al amor lo mucho que se merece; pero no pretendáis reir siempre y enamorar por los siglos de los siglos. No creáis a los hombres cuando os digan —en verso o en prosa— que vuestra única gracia está en ser el pájaro alegre que les distraiga a ellos la vida, con risas sin sentido y coqueterías sin fundamento. Vuestra misión es un poco más alta;

vuestra vocación, un poco más austera. Tan alta y tan austera como la del hombre: ni un punto más, ni una línea menos.

El porvenir de la humanidad está —mitad por mitad— en vuestras manos y en las nuestras. Tenéis que vivir lo mismo que nosotros, riendo cuando venga bien, sufriendo —lo menos posible— cuando sea necesario; y para vivir es preciso que, desde muy temprano, os deís cuenta de vuestra responsabilidad y os preparéis a afrontarla valerosamente. Pensad que en el verano tenéis que dar sombra a vuestro hogar, y en el otoño, fruto al mundo entero, y haced de vuestra juventud, no un estado, sino una promesa de vida completa. Porque si vuestra juventud no es mas que eso, juventud; si no da de sí más que el florecimiento pasajero de una cara bonita, es, sencillamente, el fracaso del fin para que habéis venido al mundo. Y el esfuerzo —por otra parte inútil y embustero— que hagáis por conservar su apariencia, será la confesión de vuestra culpa y la afirmación, ante vosotras mismas y ante el mundo, de vuestra deplorable inutilidad.

X

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA FELICIDAD. NO HAY QUE HACER SACRIFICIOS INÚTILES

Señoras y paisanas mías: Hemos venido al mundo para dos fines esencialísimos: primero, ser lo más perfectos posible; segundo, pero no menos esencial, ser lo más felices posible. La felicidad es un deber tan absoluto como la perfección. Fíjense ustedes bien en esto: la felicidad es un *deber*, no es un *derecho*. Mientras consideremos y creamos que tenemos *derecho* a ser felices, es muy difícil que lleguemos a serlo, porque no haremos nada por lograr la felicidad; nos pasaremos la vida esperándola como un don del cielo, y como el cielo, afortunadamente, no acostumbra a hacer dones gratuitos, la buenaventura esperada no llegará nunca.

Pero si pensamos y sentimos que el labrar nuestra propia felicidad —y la ajena, por añadidura— es un deber estricto que tenemos, no sólo para con nosotros mismos, sino para con la vida en general; si nos convencemos de que no hay privilegio exterior

ni acontecimiento extraño a nuestra propia actividad que pueda hacernos felices; si llegamos a darnos cuenta absoluta de que el camino de la buenaventura es senda que se elige voluntariamente, y que es preciso seguir con ilusionada constancia, el aspecto total de la vida cambiará por completo para nosotros, y la felicidad se hará cada vez más posible y más probable, porque, como todo fin de camino, se irá inevitablemente acercando a nosotros a medida que nosotros nos vayamos aproximando a ella.

Y ésta es toda la diferencia entre los seres descontentos de la suerte y los seres satisfechos con ella —lo cual vale tanto como decir entre los desdichados y los dichosos—. Los desdichados se están quietos esperando la suerte, que nunca llega; los afortunados salen a buscar la fortuna, que les está esperando.

Y esta salida en busca de la buena suerte debe ser el ilusionado despertar de todas nuestras mañanas. Al abrir los ojos a la luz del nuevo día (lo más temprano posible, porque una de las características de la ilusión es que madruga mucho y se va del mundo antes del mediodía), debemos decirnos: «Hoy, por el camino de la perfección, estoy decidido a encontrar mi felicidad». Empecemos el esfuerzo diario del vivir con una oración que sea bendición. Digamos:

«¡Bendita la luz del día
y el Señor, que nos la envía!»

Digámoslo con entusiasmo real, con exaltación agradecida, ante la maravilla que se realiza en nos-

otros de seguir viviendo un día más. No pide Dios mas que este acto de optimista reconocimiento para darse por bien pagado de cuanto le debemos.

Abramos la ventana de par en par; respiremos muy fuerte para darnos cuenta de que vivimos y para que la sangre, bañándose en oxígeno, corra de prisa y generosamente; acerquémonos al espejo y sonriamos a nuestra propia imagen. La imagen nos devolverá la sonrisa y nos obligará a sonreir de nuevo; y habéis de saber que el gesto determina la disposición del ánimo, que una sonrisa voluntaria y consciente es el primer paso para una involuntaria e inconsciente alegría, así como un gesto de continuada tristeza trae por la mano la tristeza real, y un mohín prolongado de disgusto trae el descontento consigo inevitablemente. Sonriamos, pues, para que la vida nos sonría. El mundo es un espejo de nuestro estado de alma, y toda la buenaventura que se esté preparando para nosotros podemos echarla a perder si al abrir los ojos decimos: «¡Un día más!» con desgana, en lugar de decirlo con ansia de vivir.

Miren ustedes, por lo tanto, cara a cara la vida al mirarse al espejo, y no la dejen ustedes fruncir el ceño. ¡Hay que obligar al mundo a reir con nosotros!

Y después de emprendida la marcha con tan buen arranque, a caminar, a trabajar, a hacer el mayor bien que podamos a nosotros mismos y al mundo, con el apresuramiento ordenado de que habla el filósofo. *Festina lente* es un consejo en latín que cual-

quier ser humano, hable la lengua que hable, podría tomar como provechosa divisa y ley de vida. *Festina lente,* es decir: «Apresúrate despacio», no pierdas el tiempo y no te precipites; llena tu vida y no la sobrecargues; cánsate y no te rindas, porque si no te cansas no te sabrá a nada el descanso, y si te rindes no podrás gozar del descanso.

Además, caminando con lenta y mesurada constancia, se anda mucho camino en poco tiempo..., y como ya hemos quedado en que la felicidad está al fin del camino...

«¡Quiero ser feliz, debo ser feliz, estoy decidida a ser feliz en el día que empieza!» Y no crean ustedes que esta afirmación voluntariosa, que les recomiendo como primera jaculatoria matutina, sea expresión de un sentimiento egoísta o inhumano. Todo lo contrario. Una mujer feliz es buena parte de la felicidad de cuantos la rodean. Una madre que sabe reir, alegra e ilusiona desde la cuna la vida de sus hijos. Una mujer que sabe sonreir a la carga de la vida, la hace más ligera para el hombre que con ella la comparte. Una hija que canta con alegría, paga con creces el afán del padre. Creedlo, mujeres: lo que más terror nos causa a los hombres es encontrarnos, al entrar en casa, rendidos del afán diario, una cara de mujer que no sabe reir.

Podéis ser amantes, podéis ser admirables, podéis ser santas, podéis sacrificaros por nosotros, dar la vida y el alma por nosotros; si todo ello no lo hacéis sonriendo francamente, no os agradeceremos vuestro

sacrificio; es más: le soportaremos como pesada carga, renegaremos de él. «¡Ojalá —diremos— esta mujer supiera sacrificarse un poco menos y alegrar la vida un poco más!»

¡Por el amor de Dios y por el amor nuestro, señoras, no hagan ustedes sacrificios inútiles! ¡Por el amor de Dios, a quien quieren ustedes honrar, y por el amor de los hombres, a quienes quieren ustedes halagar, sean ustedes santas si quieren, pero no santas mártires! Tengan ustedes para con nosotros, pobres hombres, que tan de buena gana trabajamos para ganarles a ustedes la vida, la caridad suprema de vivir felices y de hacernos comprender que lo son ustedes! ¡Que tengan un poco más de polvo las sillas, si es preciso, pero que encuentren ustedes tiempo para prenderse de cuando en cuando una flor en el pelo! ¿Saben ustedes por qué las malas mujeres suelen llevarse parte no despreciable de la vida de algunos hombres no malos del todo? Sencillamente, porque se saben reir a tiempo.

Pero —dirán ustedes con resignada sonrisa de víctima— (entre paréntesis: la sonrisa resignada es el tormento más horrendo que una mujer puede imponer al hombre que la quiere de veras), pero... la vida pesa, los deberes de madre de familia son muchos y arduos; si ustedes, los hombres, trabajan fuera de casa, dentro de la casa, nosotras tenemos mil tediosas obligaciones; también nosotras estamos cansadas al llegar la noche...

¡La vida pesa..., la vida pesa!... Ese es el proble-

ma, y ese es el error fundamental. La vida pesa, sobre todo, por el peso inútil que nosotros solemos echarle encima, y las mujeres españolas están ustedes acostumbradas a echarle encima a la pobre vida pesadumbres innumerables, por la errónea idea de que «deber» quiere decir invariablemente «sacrificio», y por la no menos absurda noción de que en pasándolo mal han cumplido ustedes con todos sus deberes. ¡No, señoras mías, no; una y mil veces no! Pasándolo mal inútilmente no cumplen ustedes con ningún deber, sino, por el contrario, faltan ustedes al deber primario de humanidad y de caridad, al deber primordial de amor al prójimo, puesto que, en resumidas cuentas, ustedes son el ser humano que está más inmediato a ustedes mismas, y, además, porque ya lo he dicho y lo repito, pasándolo mal están ustedes necesariamente malcontentas, y el descontento de ustedes recae sobre todos los que a ustedes les rodean, y les ensombrece la vida.

Hay madres que se sacrifican por amor a sus hijos, dando satisfacción a todos sus caprichos; desde que el niño nace, si ellas le crían, le dan el pecho siempre que llora; el ángel de Dios aprende a llorar con aterradora frecuencia, y la madre se agota por callarle; sacrificio inútil, cansancio de la madre, malhumor consiguiente del marido. Hay madres que se sacrifican cosiendo, planchando locamente, por llevar a los niños siempre vestidos de blanco, llenos de encajes y festones; sacrificio inútil —pasando por alto la incomodidad en que vive la criatura, vestida como

muñeco de escaparate—, cansancio de la madre, etcétera, etc. Hay otras que no saben dejar al niño en el suelo, como es su deber, y le tienen en brazos desde que nace hasta que anda; cansancio, malhumor, sacrificio inútil, etc., etc. Porque el niño no quiere irse a la cama a la hora conveniente e higiénica de anochecer —buena costumbre, que adquiriría sin esfuerzo a los tres días de imponérsele, y que le haría ganar en salud—, la madre se sacrifica inútilmente, sufriendo el malhumor y el empalago de la criatura medio dormida, y sacrifica al infeliz marido, negándole la mejor hora de su intimidad, la de la última comida del día, la hora del reposo, del comentario grato de toda la jornada, de la soledad a dos, que es la mejor de las compañías; podría hablar en paz con él, renovar la graciosa confianza, el abandono un poco pueril, pero tan grato, de los primeros días del amor; podría darle la ilusión de que vive sólo para él, siempre amable a nuestro inveterado egoísmo masculino; podría estar compuesta, alegre; podría descansar ella misma, y en lugar de eso, cena de prisa y mal, con el chiquillo al lado o en los brazos, que no quiere dormirse o que se duerme encima de la mesa, a quien hay que callar, que atender, que acostar, que dormir; y la velada, que hubiera podido prolongarse deliciosamente, se corta bruscamente; el hombre, aburrido, se va a la calle, al casino, al círculo, al café, y la mujer, cuando al cabo se duerme el chiquillo, está sola y un poco desilusionada. ¿Quién tuvo la culpa sino su afán de

sacrificarse inútilmente por el hijo, que no necesitaba sacrificio semejante? Su soledad la lleva a pensar en la injusticia de la suerte, que la hizo, por mujer, esclava de una cuna, y en su fatigado cerebro acaso echa raíces un naciente rencor contra el hombre que no comparte su estéril sacrificio..., y entonces, en vez de ahogar el fermento amargo en el bien ganado reposo del sueño, hace un sacrificio más, inútil también, y no se acuesta hasta que el marido vuelve a casa. Con lo cual el cansancio nervioso ha llegado al límite, y acaso hay una escena conyugal, con lágrimas y quejas, que cierra tristemente el día, que hubiera debido y podido ser feliz.

Estos desatinados sacrificios durante la infancia, hay madres que los continúan durante toda la vida del hijo; le llevan —pudiera decirse— no ya de la mano, sino en brazos por el mundo; le apartan todas las piedras y todas las espinas del camino, con lo cual sufren espantosamente; renuncian a sí mismas, envejecen antes de tiempo y hacen del hijo, por lo general, un ser inútil, incapaz de bastarse a sí mismo, egoísta, exigente e infeliz..., y, por añadidura, hacen infeliz a la mujer que tiene la mala fortuna de quererle y casarse con él.

No, señoras, no; no crean ustedes merecer más porque sufran más. No piensen ustedes ser mejores porque realicen ustedes mayores sacrificios; no es el sufrimiento el que hace al mártir, sino la causa. La causa por la que ustedes están obligadas a vivir, es

una causa viva, fecunda, activa, constructiva, exaltada. Están ustedes, como nosotros, obligadas a «hacer», no a «padecer». Cuando encuentren ustedes la amargura en el camino, salten ustedes sobre ella rápidamente, mirando al cielo, y den ustedes la mano a los que vienen detrás de ustedes, para ayudarles a saltar también; pero no se tiren ustedes al suelo para que los demás salten por encima; esa abyección innecesaria no le aprovecha a nadie, y a ustedes las destruye. Si quieren ustedes sacrificar algo, sacrifiquen rencores, vanidades, envidias, ambiciones de necio amor propio, pero no sacrifiquen ustedes salud ni alegría. No sean ustedes tiranos en su hogar, pero no sean ustedes esclavas, porque la esclavitud, inevitablemente, empequeñece el alma y rebaja el carácter.

La mujer que mejor realiza su misión es la que más felicidad reparte en torno suyo, y nadie puede dar lo que no tiene.

Además, un hogar alegre es un hogar sano; los buenos pensamientos son siempre fruto de la alegría del corazón. No dejéis en el alma de vuestros hijos el recuerdo de un fantasma melancólico que pasó suspirando por el hogar; dejadles la visión radiante de una madre que amaba la vida y que a ellos se la hizo comprender y amar. ¡Ay de la madre que destruye una ilusión en el alma del hijo, con un gesto de intempestivo tedio!

¡Sed felices, sed felices si queréis hacer algo en el mundo que valga la pena! La felicidad es casi

exclusivamente cuestión de voluntad; la vida es la misma para casi todos; para todos hay amaneceres claros, anocheceres grises, noches negras... Todo consiste en cerrar los ojos cuando oscurece y abrirlos cuando brilla el sol.

XI

PODER DE LA BELLEZA Y DEBERES QUE IMPONE. LA COMPOSTURA ES GRACIA Y VIRTUD. LA COQUETERÍA ES VICIO Y MENGUA

Ha dicho un poeta: «Todos tenemos sed de dominación», y es cierto; todos tenemos ansia, muchas veces no sólo inconfesada, sino desconocida por nosotros mismos, de influir en las vidas de otros. Parece que nuestra propia vida no está completa si no sale del círculo egoísta de nuestro interés personal. Es inútil vivir —nos dice un instinto hondamente arraigado en la misma entraña de nuestro ser— si nuestra vida no es el centro de otras, si el movimiento que hacemos no repercute fuera de nosotros, si la piedra que arrojamos al pozo no forma, respondiendo a nuestra voluntad, círculos concéntricos al de nuestro destino, que le agranden y le generalicen. El corazón pide corazones; la inteligencia, otras inteligencias; la voluntad, voluntades ajenas que dominar. Esta ambición es el estímulo primordial de toda vida humana. Hombres y mujeres la sentimos

por igual. Y, aunque pudiera parecer egoísta, es noble. El que no la sintiera, no sería capaz de nada grande, porque de esa raíz de egoísmo nacen los altruísmos más heroicos, de ese ansia inextinguible de poseer ajenos corazones, brotan las abnegaciones y los renunciamientos más sublimes; todo el amor al prójimo, toda la ciencia, todo el arte, toda la caridad, todas las leyes buenas, han venido de ahí. Porque el hombre más fuerte, que siente por modo poderoso el ansia de dominación, si al mismo tiempo es bueno, en cuanto vence, ama, y en cuanto posee, se renuncia a sí mismo, y da y se da —el todo por el todo—, y olvida su interés personal en la marea arrolladora que él mismo ha suscitado.

El ansia de poder es, pues, instinto universal y humano; pero entendámonos: como todos los instintos, puede cultivarse para bien o para mal. Su ejercicio es lícito; mas, para que lo sea, necesita reunir las mismas condiciones que el ejercicio de cualquier otra actividad humana. Es preciso que quien quiera ejercer dominación tenga metal moral de exquisito temple, que quiera bien, que sepa querer, que sepa lo que quiere, que elija buenas armas para la pelea, que pelee generosamente y por algo que valga la pena. Porque las gentes necias o mal intencionadas pecan hasta en la santidad, y deshacen hasta cuando edifican.

Señoras mías: ustedes sienten, lo mismo que nosotros los hombres, ese deseo apasionado de ser algo muy importante en el mundo, para muchos; de servir

de centro y de foco a innumerables ordenados movimientos ajenos; quieren ustedes y necesitan poseer, hasta tiranizar un poco, si es posible. ¿Cómo voy yo a afearles una ambición que nos es tan común? Hacen ustedes bien en desear ese ideal imperio; hacen ustedes más que bien en procurarle, ya que le necesitan...; pero ¡cuidado con poner el ideal demasiado bajo, cuidado con los medios de alcanzarle! No busquen ustedes trono de barro ni procuren corona de humo. ¡Ambiciones, sí; vanidades, no! Y, sobre todo, no peleen ustedes con armas mezquinas y rastreras, no intenten ustedes vencer con afectaciones culpables, con sensualidades malsanas. ¡Esas son armas de gente esclava, y ustedes son libres, absoluta y totalmente libres, libres como el hombre que más, puesto que, como él, tienen ustedes un alma que salvar o que perder!

Los hombres, para conquistar en buena lid al mundo y a nosotros mismos, tenemos la fuerza, tenemos el saber, tenemos el tesón, tenemos la palabra, tenemos el poder omnipotente de la simpatía, tenemos la bondad, que también es fuerza, harto más grande de lo que muchos se figuran. Una voluntad honrada es tres veces firme. Ustedes tienen, además de todas estas armas, la poderosísima de la belleza física, a la cual los hombres, más sensibles que ustedes al encanto de la armonía y de la proporción, hemos concedido importancia tal vez desmedida.

Fíjense ustedes bien en esto que digo: «Tienen us-

tedes, además, la belleza». «Además», pero no únicamente. «Además», porque ahí está el error que ustedes cometen en la apreciación de su propia fuerza. «Además», solamente «además». Y ustedes, por lo general, se obstinan en no reconocerse y en no aprovechar mas que esta sola fuerza, como si en ella residiera la única posibilidad de imperio.

Ese es un error fatal, señoras mías. La cara bonita, el cuerpo limpio y bien compuesto, no son sino lo que la fachada de la casa: cosa agradable para el caminante que pasa y se recrea mirando; a lo sumo, incentivo al deseo del que busca morada permanente, y supone que tras el atrio bien compuesto se ha de encontrar la ordenada hermosura del espíritu. Pero si el caminante engañado se queda para siempre y, entrando deslumbrado por la blancura de la cal con que se blanqueó la fachada, encuentra en la morada interior suciedad y desorden, ¿no tendrá derecho a llamarse a engaño? ¿No estarán justificados todos los rencores y hasta disculpadas las mezquinas venganzas contra la que villanamente le engañó, a fuerza de apariencia embustera? La hermosura exterior impone deberes de interior belleza; una madre sensata decía a su hija desde muy pequeña: «Eres demasiado bonita para que se te pueda permitir ser mala». Y la chiquilla aprendió la lección, y confiesa que nunca se miró al espejo sin pensar en lo muy obligada que estaba a ser por dentro mucho más agradable que por fuera.

Mujeres bonitas, niñas bien parecidas, piensen

ustedes seriamente en esto. Están ustedes obligadas, porque la compostura es gracia y el aseo virtud, a ser exteriormente lo más lindas posible; pero piensen ustedes al componerse, como es su deber, en que esa compostura exterior no es mas que señuelo y promesa de más sólidas e íntimas excelencias, y que, prometiendo lo que no existe, engañan ustedes al mundo y se engañan ustedes a sí mismas. La belleza exterior es buen arma para empezar batalla, es fuego de pólvora que deslumbra y ciega; pero el imperio que se gana en un deslumbramiento, se pierde en un abrir y cerrar de ojos si no está sustentado en roca firme.

Además, las victorias, para merecer ese nombre, han de ser totales, y la que sólo de belleza física se arma, sólo a la emoción física hace llamamiento. Siendo demasiado bonitas, pueden ustedes despertar demasiados deseos, pero acaso ni una sola chispa de verdadero amor. Niñas: bellezas artificialmente exageradas y coqueterías artificiosamente preparadas, no hacen sino remover el barro más turbio, que, como poso original, duerme en el fondo del corazón del hombre. Y si en el barro os ama, de barro os hace.

Hablo de esto porque, consciente o inconscientemente, siguiendo el necio imperio de una moda que no se ha hecho para ellas, bastantes muchachas y mujeres jóvenes de España se han dado a pasear por las calles como en mercado de descarada y desenfrenada sensualidad. Las chiquillas que aun andan

vestidas de corto se pintan desaforadamente; las señoritas y señoras usan transparencias y escotes las más de las veces nada artísticos, pero deliberadamente reveladores de la misteriosa intimidad que, al parecer, debiera la mujer honesta guardar para premio y regalo del bien probado y compartido amor. Y eso es lamentable. Señoras mías... ¿Feria de lo que no se quiere vender? No tienen ustedes derecho, si quieren pasar por honradas y exigir todos nuestros respetos, a competir en afeite y desnudez con las que no desean que las respete nadie. Eso es jugar con trampa y dar un paso en falso. ¿Piensan ustedes despertar el deseo de todo hombre que pase con la generosidad de la exhibición? Si es así, cierto que lo consiguen ustedes. Pero ¿piensan ustedes afrontar las consecuencias y otorgar a nuestra exaltada sensibilidad lo que la generosidad de la exhibición parece prometer? ¡No por cierto! —claman ustedes con indignación—. ¡Somos mujeres honradas a carta cabal! Triste es entonces la suerte que ustedes mismas se preparan. Porque han de saber ustedes que en la moral corriente masculina no parece delito grande el beber agua cuando se tiene sed, aunque la sed sea de pecado, y puesto que ustedes hacen sedientos y niegan el agua, a otras fuentes acude prestamente el hombre para templar la sed que ustedes despertaron. Y el pecado suyo cae sobre ustedes, y la afrenta de los negros amores, que ha de amargarles a ustedes la vida, se prepara no pocas veces en la barrita de

carmín con la que necia e inútilmente se pintan ustedes los labios.

Todo esto, como siempre y como todo, es ociosidad. El espíritu inculto, la inteligencia vacía de intereses fundamentales, la voluntad gastada antes de empezarse a ejercitar por falta de resorte verdaderamente interesante que la mueva, tuercen en la mujer frívola, lo mismo que en el hombre necio, la significación del instinto primordial de que antes hablábamos. No es culpa de ustedes, señoras, el cambiar así la dirección de fuerzas que pudieran ser aprovechables: es culpa de quien nunca les ha dicho a ustedes cuál es su camino y cuáles sus posibilidades de actividad y de felicidad. Ansiosas de poder, y sin terrenos que dominar, han vuelto ustedes, hace siglos, su ansia de dominación hacia el único campo que parece estar a su alcance: el corazón del hombre. Ganándole a él, ganan ustedes el imperio que él posee —piensan ustedes—. Y se valen ustedes para rendirle, del arma que creen todopoderosa. Grande es, ciertamente, el poder de la sensualidad, que no es otro el que ejerce la belleza meramente física. Pero los tiempos cambian rápidamente. La vida abre sus puertas de par en par a la actividad femenina, y ustedes, mujeres españolas, inteligentes como muy pocas, y valientes acaso como ninguna, deben ustedes lanzarse al asalto de la recién descubierta tierra de promisión. Procuren ustedes el dominio y la posesión de la tierra nueva, pero no con soberanía de segunda mano. La tierra es de

quien la labra. Cultiven ustedes su heredad, empezando por el huerto interior, que es el de su inteligencia, y, sin saber cómo, se encontrarán ustedes iguales a aquel a quien, debiendo ayudar, han procurado ustedes sobornar.

El imperio claro, el trono firme, la corona de hierro y laurel son para ustedes como para nosotros. Dejen ustedes las viejas armas enmohecidas, la ficción, el afeite, la caricia embustera, el halago de los ojos prometedores. ¡No hay que prometer, hay que construir!

En el ejercicio de una actividad ordenada y fructífera, mientras vayan ustedes sembrando, labrando, cosechando, encontrarán ustedes hartos espíritus más flacos que el de ustedes a quienes amparar —ésta es la forma primordial del dominio, acaso la única basada en razón—, otros, que fueron fuertes, rendidos del trabajo excesivo, a quienes consolar; heridos a quienes curar, cobardes a quienes alentar, niños a quienes encaminar, viejos a quienes sostener. Y todas esas almas consoladas, confortadas, amparadas por ustedes, serán su imperio, y para conquistarlas no habrá sido menester pintarse los ojos ni agrandar el escote, siguiendo el último insensato figurín de París.

Y en el camino, acaso una mañana de abril, cuando haya florecido junto al surco la primera flor azul de borraja; o un día de agosto, en la pereza de la siesta, cuando estén ustedes cortando un jazmín junto a la fresca margen del arroyo; o una tarde de

octubre, cuando, hecha la vendimia, estén ya las hojas de la parra oxidadas, y el sol se ponga entre nubes de fuego y topacio; o una noche de invierno, cuando vuelvan ustedes a casa muy de prisa, porque empieza a nevar, encontrarán ustedes a un hombre, ¡a uno!, que también, terminado el trabajo diario, descansa o vuelve a casa un poco rendido, y se darán ustedes la mano, y él compartirá el reino con ustedes, y juntos poseerán ustedes la tierra, y tampoco habrá hecho falta para ganar la suprema realeza, basada en grande amor, que se hayan valido ustedes contra él de arterías sensuales y embusteras. Y en los ojos de él verán ustedes la soberana virilidad, y en los de ustedes, él la suprema belleza, y ni a ustedes ni a él les importará que haya una arruga sobre la frente, porque, al mirarla, pensarán en el surco que han labrado juntos y que les ha de dar ciento por uno.

XII

RESPUESTA A UNAS CUANTAS CARTAS RECIBIDAS. ¿QUÉ DEBEN ESTUDIAR LAS MUJERES?

I

Señoras y paisanas mías: Ante todo, vaya hoy la expresión de mi agradecimiento para cuantas, interesándose por estos modestos trabajos, se han servido escribirme pidiendo aclaraciones, referencias, informes, consejos. No puede haber recompensa más grata para mí que el ver que las mujeres españolas, a quienes tengo en tanto, se interesan por su propia suerte y están valerosamente dispuestas a enmendarle un poco la plana al destino. Sí, señoras mías, querer es poder; si ustedes quieren de verdad, veremos cosas grandes en España. El mundo es grande y el tiempo es nuestro; y, aunque sea corto, como suspiran los poetas sentimentales, para olvidar su limitación y ensanchar indefinidamente sus fronteras, no hay sino pensar que en él trabajamos para la eternidad.

Cuando cada paso que se da es decisivo, el cami-

no adquiere una importancia mágica y no tiene fin. Y el tiempo es eso, sencillamente: el camino que va recorriendo la humanidad para llegar a su perfección. Los que vivimos actualmente, hacemos una jornada necesaria, imprescindible a la marcha total. Cuando nuestros ojos se cierren y nuestro paso se detenga, se abrirán otros ojos, y otros pasos seguirán a los nuestros; lo único importante es que nuestra pereza no deje por andar el trozo de camino que nos correspondiera, porque de ese pecado individual de omisión, que nos parece tan poca cosa, pueden sobrevenir grandes perjuicios y aun tremendas catástrofes; en primer lugar, la catástrofe tremenda del fracaso total de nuestra vida; porque, aunque nosotros nos detengamos perezosamente, la humanidad sigue marchando, y si nos encuentra tumbados en medio de la senda nos arrollará y pasará sobre nosotros, destrozándonos con majestuosa indiferencia.

Es esto curioso y digno de meditarse atentamente: nuestra felicidad individual parece no significar nada dentro de la humanidad en conjunto, y, sin embargo, nuestro esfuerzo individual puede significar mucho para la felicidad total de la humanidad. No lo olvidemos. Somos obreros de una labor divina, colaboradores con Dios en una de sus obras maestras, soñadores con él en su divino sueño de perfección. Y los sueños de Dios son tan eficaces como su palabra; quiero decir que se realizan inevitablemente, de un modo que, aunque a nuestra limitación parezca lento,

es instantáneo dentro de la divina e ilimitada inmutabilidad. El que trabaja en obra eterna, es eterno, porque la obra le eterniza; labra en diamante, indestructiblemente. Obreros de la viña, trabajemos con Dios, soñemos con él, ayudemos con nuestra modesta actividad a que se realice la aspiración divina, gloriosamente formulada por Cristo en la oración dominical: «Así en la tierra como en el cielo».

Y volviendo, después de esta digresión, un tanto apasionada, porque el tema es inevitablemente apasionante, al objeto principal de mi carta de hoy, digo que bien quisiera contestar individualmente a cada una de las amabilísimas lectoras que me honran con su correspondencia; pero me es imposible, y aun me parece que sería inútil y en cierto modo ineficaz, por razones que voy a explicar a ustedes. Todas las cartas que ustedes tan amablemente me escriben, y que les pido por amor de Dios continúen escribiéndome, porque ellas son las que han de darme la más precisa indicación del camino que debo seguir en mi trabajo, pueden repartirse en unos cuantos grupos. Estos grupos responden a las preocupaciones generales y evidentes de las mujeres españolas, y he pensado que, respondiendo a una, respondo a un grupo entero. Además, señoras mías, ustedes, como niños terribles, con frescura de voluntad y osadía de entendimiento admirables, preguntan ustedes —gracias a Dios— cosas de una importancia tremenda, y hay que pensar un poco antes de responder si se ha de responder en conciencia. Siempre

abro las cartas que de ustedes me llegan, con ligero temblor, que tanto procede de emoción agradecida como de temor reverencial. ¿Qué irá a preguntar esta mujer en su ansia de vivir y de hacer de su vida algo que valga la pena de vivirla? Harto me sobrecoge la responsabilidad tremenda que echa sobre mis hombros la serena confianza de ustedes. Sigan ustedes otorgándomela, que yo, en conciencia, les prometo pensar despacio y responder a todas en estas cartas lo mejor que mi buena voluntad me dé a entender.

Y para comenzar, hablaré hoy un momento con un grupo de desconocidas amigas, cuya correspondencia me ha interesado particularmente. Son ellas —es decir, son ustedes— unas cuantas españolas que aun no han cumplido los diez y ocho años, chiquillas generosas de catorce, de diez y seis, la mejor esperanza de España, puesto que tienen aún casi toda la vida que darle, las que dicen con serenidad y seguridad: «Tiene usted razón, señor Martínez Sierra: hay que trabajar, hay que servir de algo en este mundo, hay que hacer bien, hay que aprender, hay que estudiar. Pero, díganos usted: ¿qué debemos aprender? ¿Cómo y dónde podemos y debemos estudiar? Porque nosotras quisiéramos saber; pero preguntamos y nadie nos responde; y en casa, las personas mayores se ríen de nosotras y nos llaman pedantes. Queremos saber, queremos ser mujeres de verdad, y no muñecas sin sentido; pero que alguien nos diga qué, dónde, cómo debemos estudiar».

Formidable pregunta, señoras mías. Unas cuantas horas me ha quitado de sueño el pensar que debía contestarla. Porque han de saber ustedes que la respuesta a eso que preguntan con tan confiada sencillez, pudiera y debiera ser trabajo para media vida de todo un señor ministro de Instrucción pública, si los señores ministros de Instruccióu pública tuvieran la saludable costumbre de preguntarse y responderse sobre cuestiones que verdaderamente importasen algo al bien del país. De todos modos, y sin pretensiones legislativas de ninguna especie, he meditado bastante tiempo con la mayor intensidad y la mayor lealtad posibles, y hoy propongo a ustedes, no un programa, sino unas cuantas reflexiones bien intencionadas. ¿Qué deben ustedes aprender?

Ustedes, como mujeres, son las depositarias de la vida; de ustedes depende la continuación y perpetuidad de la humanidad en la tierra, su salud, su fortaleza; por lo tanto, el estudio que a mí me parece esencial para ustedes, es el de las leyes de la vida. Estudien ustedes, ante todo, ciencias naturales; aprendan ustedes por qué hay vida en la tierra, qué barro es el nuestro, cómo se ha de nacer, cómo se ha de vivir, qué es la salud y cómo se logra; cómo hay que respirar y que comer y que dormir; cómo hay que existir, en una palabra. Y no consideren ustedes la vida humana como aislada dentro de la vida universal; estudien ustedes la vida de las plantas, de los animales inferiores al hombre, y estudien ustedes la tierra en que todos vivimos, y el universo

en que la tierra, nuestra casa, a su modo, vive también. El gran libro de la naturaleza ha de ser el principal estudio de una mujer que quiera merecer su nombre y acertar a cumplir su misión.

No les arredre a ustedes lo vasto del programa, porque, tanto como grande, es grato de estudiar. Y estudien ustedes prácticamente; desconfíen un poco de los libros, y fíense bastante de la observación; no aprendan ustedes palabras, sino hechos; no se preocupen demasiado de clasificaciones, sino procuren penetrar y comprender los fenómenos. Estudien ustedes en los libros, las leyes; pero busquen ustedes la confirmación de ellas en las cosas. Tengan ustedes todas un jardín, pequeño o grande: cuatro macetas en un balcón pueden bastar para despertar el amor a la creación de vida en la más encerrada chiquilla ciudadana. Las que tienen ustedes la bienaventuranza de vivir en el campo, aprovechen agradecidamente esta bendición del destino: mánchense ustedes las manos de tierra y hagan de su huerto su laboratorio y su biblioteca. ¡No hay gloria como la de poner sobre la mesa el fruto que ha madurado gracias a nuestro esfuerzo, la flor que ha florecido gracias a nuestro amor!

Mejoren ustedes y perfeccionen siempre su trabajo, y busquen en los libros, entonces, la ciencia necesaria a la mejora de la actividad... Porque para eso sirven los libros precisamente: para ayudarnos a conseguir el fin que con el trabajo nos proponemos. Pero yo creo que antes de empezar el estudio

debemos proponernos el fin. «Quiero hacer esto, empiezo a hacer esto; la experiencia me muestra la necesidad de saber esto; voy a buscar la ciencia donde está escrita; voy a poner en práctica la ciencia adquirida; pero no voy a ser esclava de esta ciencia, sino a corregirla con la lección de la experiencia propia. Con eso, yo también pondré mi letra en el libro de la sabiduría; con eso la ciencia universal aumentará su caudal en el menudo granito de arena que yo haya podido aportarle; con eso mi trabajo será una creación y habrá servido: primero, en sí mismo, como labor que es, por el fruto que de él se haya logrado; segundo, como aportación a la suma del trabajo y de la experiencia universales, y tercero, como elemento de progreso para mí misma, puesto que al trabajar con intento de perfeccionar mi obra, me he perfeccionado yo, su instrumento; he aumentado mi capacidad, he afinado mi comprensión, he sutilizado mi penetración». No olviden ustedes nunca esto: en todo trabajo, en todo estudio, además de realizar una tarea, debemos proponernos perfeccionar y desenvolver las facultades que nos han servido para realizarla. Si no trabajamos hoy, no sólo con más perfección, sino con más facilidad que ayer, por el mero hecho de no avanzar, hemos retrocedido.

Así pues, ciencia en primer lugar; ciencia maestra de vida: Fisiología, Botánica, Historia natural, Física, Química, Geografía en todas sus ramas, y siempre en el terreno y sobre el terreno. Realidad ante todo.

Y no teman ustedes que por mirar la vida cara a cara vayan ustedes a perder su facultad de ensueño o vayan a quitarle poesía al vivir. Por el contrario, los sueños más nobles son los que están fundados en realidad; para mirar al cielo ilusionadamente, lo mejor es estar segura y firmemente tendidos en la tierra. Una noche serena y estrellada de julio no será, ciertamente, menos poética porque sepan ustedes en virtud de qué leyes recorren las estrellas su camino. Nunca el saber ha cortado las alas al ensueño: no ha hecho mas que cambiarle el nombre. El sueño que sabe lo que sueña, se llama noblemente meditación; pero el apasionamiento subsiste, y el apasionamiento, créanlo ustedes, es lo único por lo que vale la pena de vivir. Las quiero a ustedes, futuras mujeres españolas, las que han de salvar y redimir a España, apasionadas e ilusionadas; pero que el ilusionado apasionamiento de su vida no se pierda en vagas y vanas mareas de amoríos y frivolidades. ¡Hay algo tan grande que las está esperando a ustedes! No es posible pararse a suspirar, sin saber por qué, a la luz de la luna. La tembladora luz de las estrellas debe, como para los Magos, ser para nosotros indicación del camino a Belén. Piensen ustedes que las estrellas no están ociosas mientras nosotros las contemplamos.

En manos de ustedes están la justicia y la misericordia, porque ustedes las han de infundir con la vida en el alma de los hijos que han de tener. Por lo

tanto, estudien el derecho y las leyes que han hecho los hombres.

Dos fines puede tener para ustedes el estudio de las leyes que han hecho los hombres. Uno, inmediato, saber exactamente cuál es vuestro derecho actual dentro del cuerpo social. Muchas mujeres sufren injusticias, que no están obligadas a sufrir, sólo por ignorancia de las leyes que rigen al país en que viven. Es preciso que una mujer sepa a qué la compromete y cómo la liga cada paso que da. Es preciso que sepa en nombre de qué leyes puede alzar la voz en defensa propia y en defensa de aquellos a quienes ama. Estudiad, pues, el Código, para saber vuestra situación verdadera dentro de la familia y del país. Pero estudiad también la ley —y éste es el fin segundo del estudio—, para aprender a descubrir la injusticia dentro de la apariencia de justicia legal, para desenmarañar la noción del deber entre la enredada maraña del «derecho». No creáis que la ley sea cosa sólo de hombres. Vosotras estáis llamadas a dictarla en unión con nosotros en plazo no lejano, y es preciso que estéis muy enteradas de la injusticia actual, para poder acabar con ella cuando os llegue la hora de hablar, con la frente muy alta, en nombre de la absoluta justicia. Estudiad, pues, con especial cuidado el derecho escrito, no para perderos en sus laberintos de artificiosa sutileza, sino para tener noción clara de lo que podrá y deberá hacerse, en plazo no lejano, para acabar con su inmoral e inhumano artificio.

Estudiad Historia: no historia de batallas, sino historia de civilización. Con eso aprenderéis a respetar a la Humanidad, considerando el esfuerzo que a través de los siglos realiza para irse desprendiendo de la animalidad, en busca del espíritu; aprenderéis a amar al pueblo, a estimar su tesón inconsciente, pero admirablemente constructor; su voluntad, inconsciente también, pero indomable, de vivir en paz y en progreso; de encontrarse a sí mismo, a pesar de los obstáculos que han levantado a su paso constantemente los egoísmos de las clases privilegiadas; aprenderéis a indignaros ante la ignorancia, que no es su culpa, sino el agravio que se le hace; a compadecerle en su sufrimiento y en su pobreza, a desear para él redención y justicia. Aprenderéis a aborrecer el privilegio —aunque tal vez pertenezcáis a las clases privilegiadas—, a detestar la guerra, a desear apasionadamente la igualdad (que no es la identidad, y otro día hablaremos de eso). Se despertará en vosotras la femenina aspiración de crear la paz, cueste lo que cueste, en todas las esferas que caigan bajo vuestra influencia o vuestro dominio. Penetraréis el sentido de las divinas palabras «Bienaventurados los pacíficos», «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia», y arderá en vosotras esa sed inextinguible. Estudiad la historia de la Humanidad, para aprender a aborrecer a los que han manchado de sangre sus páginas. Aprended historia, para saber ser humanamente patriotas y para abominar de toda patriotería. Aprended histo-

ria, para comprenderos a vosotras mismas, conociendo de qué elementos y merced a qué circunstancias se ha formado la patria en que os ha tocado nacer.

Y... aun no he terminado, pero no cabe más. Dejaremos la charla para otro día.

XIII

¿QUÉ DEBEN ESTUDIAR LAS MUJERES?

II

Señoras mías: Ciencia, Derecho, Historia, decíamos en la carta anterior: esos tres estudios deben ser como el cimiento de vuestra sabiduría: Ciencia, Derecho, Historia, es decir, el mundo creado (incluyendo en él, naturalmente, al hombre), la ley, y la vida del hombre, en este mundo y con esta ley. No os he hablado de religión porque, naturalmente, el espíritu religioso es como el esqueleto y sostén de todo verdadero conocimiento. Es preciso acercarse al árbol de la sabiduría con espíritu de confiada reverencia, considerándola como manifestación y palabra divina. Hay que estudiar y aprender, si con apasionada curiosidad, también con agradecido respeto; es preciso colocarse a la hora del estudio en presencia de la verdad, que no es sino otro nombre de Dios, con la confiada ilusión y la fe gozosa con que está el niño en presencia de su padre, que le habla. Así entendido y procurado, el saber, si se logra, no producirá vanagloria y pedantería, sino

humildad y sencillez de espíritu. El que se acerca a la fuente con sed, y en la fuente la calma, no se ensoberbece por haber bebido. El agua existía; él la ha aprovechado; la soberbia pudiera ser del agua, no del que con ella calmó su sed. Así la verdad; para ella todos los orgullos; para nosotros, que estamos sedientos de ella, todas las humildades, más un maravillado agradecimiento y una exaltada acción de gracias por cada nuevo vislumbre que alcancemos.

Además, como antídoto al veneno de vanagloria que pudiera producirse en nosotros ante la novedad de saber algo, pensemos que ciencia adquirida es responsabilidad doblada. Una vez que sabemos, no podemos permitirnos las flaquezas que en los que no saben puede disculpar, ya que no justificar, la ignorancia. A medida que vayamos adelantando en el conocimiento de la ley, se irá ensanchando para nosotros la estricta obligación de guardarla. La conciencia aumenta con el conocimiento (que es conciencia también). No hay disculpa para el que sabe. No hay perdón para el que, a sabiendas, falta a la ley. Muchas frivolidades hasta cierto punto gratas, muchos prejuicios agradables, muchas rutinas cómodas, muchos egoísmos halagadores, desaparecerán de vuestra vida, si aprendéis un poco, porque la luz del espíritu iluminará unos cuantos rincones de vuestra alma, con claridad insobornable; y en cuanto una vez se ha desvelado el alma, ya no cabe en ella sueño sin malicia. Si lo que aprendéis estudiando no ha

de serviros para vivir mejor, más vale, desde lüego, que cerréis el libro y apaguéis la lámpara.

Y basta por hoy de filosofías. Terminemos nüestro «plan de estudios». Después de lo fündamental, ocupémonos de lo accidental, que es también importante.

Una müjercita prüdente necesita, imprescindiblemente, «saber de cüentas». Ella ha de ser, más tarde o más temprano, el «ministro de hacienda» de un hogar. Las leyes económicas no deben tener secretos para ella; es preciso que sea maestra en el arte difícil del presupuesto; es preciso que no pueda perderse en la insidiosa maraña del «debe» y el «haber». Por lo tanto, aprended Aritmética y Contabilidad, y hasta un poco de Algebra, chiqüillas soñadoras, y, sobre todo, mucho, muchísimo cálculo mental. No sabéis qüé elemento tan importante de felicidad es el equilibrio económico. Y no sólo de felicidad, sino de justicia. La mujer que sabe el valor del dinero y su relación íntima con el esfuerzo necesario para lograrle, no sólo no gastará lo que no puede, sino que tampoco pedirá lo que no debe ni dejará de pagar lo que corresponda al esfuerzo qüe a los demás exija. Respetará el trabajo ajeno; no querrá aprovecharse de la ajena necesidad; ni pretenderá engañar, ni consentirá que la engañen. Comprenderá el valor del ahorro, y, al mismo tiempo, abominará de la mezqüindad; no será gastadora ni avara; será económica, sencillamente, porqüe economía no quiere decir carencia de gasto, sino gasto ordenado y prudente; hay, hasta en la

pobreza, prodigalidades necesarias y generosidades ineludibles, y la generosidad no está nunca reñida con la economía, que es, ni más ni menos, buen arreglo.

El estudio del cálculo es, por otra parte, disciplina excelente para el espíritu: desenvuelve el sentido de exactitud, sutiliza las facultades de distribución, de abstracción, de generalización; modera la tendencia a la divagación, tan perjudicial para la economía espiritual como el despilfarro para la material. Es buena medicina para los espíritus inquietos, y prepara para la adquisición de otros muchos conocimientos.

Como rama del cálculo, estudiad lo más que podáis la Geometría. La Geometría es la ciencia de la proporción, y la proporción es otro de los nombres del equilibrio, y por donde pasa engendra inevitablemente reposo y belleza. Además, el estudio de la Geometría es grato solaz del espíritu y agradabilísimo descanso al estudio de la Aritmética, en ocasiones un poco árido para espíritus apegados a la realidad, como suelen ser los de las mujeres. (No se ofendan ustedes, señoras mías, por esta afirmación, que acaso les parezca poco galante por falta de «poesía». Ya he dicho a ustedes que la realidad es el mejor cimiento para los sueños, y precisamente en ese apego a lo material que, a Dios gracias, tienen ustedes más que nosotros, está la mejor esperanza de salvación para este bajo mundo, que nosotros, los hombres, hemos echado a perder tan lamentablemente a fuerza de idealismos desatinados.)

Aprended, pues que os place, y en reverente recuerdo de aquellos tiempos ancestrales en que, inventoras inspiradas, creasteis el arte de tejer, labores de mano y primores de aguja. Aprended a coser, a bordar, a enredar las sutiles marañas del encaje; pero no os dejéis dominar por el que ya otro día hemos llamado fetichismo de la aguja; a no ser que descubráis en vosotras una vocación que pudiera llamarse artística para uno de los ramos especiales de la «labor», no consagréis a esto más del tiempo preciso para atender a la diaria necesidad casera, y saber apreciar justamente el trabajo que encarguéis a las profesionales del bordado y de la costura. Si habéis de ser eminentes bordadoras o encajeras, capaces de ganaros la vida con esa actividad, perfeccionadla en buen hora hasta el último límite a que alcancen arte y estudio; pero si habéis de ser sencillamente buenas amas de casa, atended con preferencia a otros conocimientos de más provecho y substancia. Más conviene a los hijos el que la madre les prepare el alimento, que el que pase la vida cosiéndoles la ropa. Mejor es que el ama de casa cuide personalmente de la limpieza del hogar que del zurcido de la ropa. Elegid siempre, dentro de vuestra casa, el trabajo que exija mayor inteligencia, y dejad a las personas que empleéis pagándolas, el que requiera más habilidad manual, más perfección de rutina. No os convirtáis en máquinas, pudiendo ser seres inteligentes.

No hagáis esas horribles «labores de adorno», esos

espantables bordados «en sedas», «en felpillas», «en oro», que parecen tener por misión afear y hacer inhabitables las casas burguesas. No bordéis fosforeras, ni almohadones, ni portaperiódicos, ni carpetas. No imitéis la pintura con el bordado, ni, ¡horror de horrores!, el bordado con la pintura.

Hasta que hayáis cumplido los diez y siete años, por lo menos, no perdáis el tiempo y la vista estudiando libro ninguno de Gramática. La Gramática es una ciencia muy útil a los académicos, que se hacen la ilusión de haberla inventado; pero aprender a hablar y a escribir por reglas, es tan absurdo como lo sería aprender a respirar o a andar por el mismo procedimiento. Cuando llevamos respirando unos cuantos años, y tenemos uso de razón y de entendimiento suficiente, es muy interesante y hasta muy útil saber cómo y por qué respiramos. Otro tanto sucede con el hablar y el escribir; aprended a hablar oyendo hablar, leyendo buenos libros; a escribir, escribiendo y copiando lo que otros perfectamente han escrito; y cuando habléis y escribáis bien, aprended en un mes cómo se llama todo aquello que naturalmente estáis practicando. La Gramática la ha formado el uso; aprended el uso, y más tarde, por curiosidad, idle á buscar cristalizado en la regla, y no perdáis el tiempo aprendiendo la definición académica del presente, el pasado y el futuro. La Gramática es en los primeros años de la vida, estudio desagradabilísimo y, en cierto sentido inmoral, porque acostumbra al entendimiento a dar preferencia a las palabras sobre las

ideas que representan, y a la forma sobre el espíritu, y ésta es una de las formas primitivas de la hipocresía.

Iba a deciros: guardad un rincón elegido para el culto de la belleza. Pero pienso que es casi inútil, puesto que la soberana hermosura se encuentra en todo el Universo, y en toda actividad podemos descubrirla y reverenciarla, y puesto que cumpliendo heroicamente nuestro deber, por insignificante que sea, creamos belleza incesantemente. Sin embargo, conviene, para alivio y deleite del alma, proveerla de un poco de belleza *formal*. Este es el fin del «arte» propiamente dicho. Estudiad algo de arte; aprended de memoria unos cuantos versos de los mejores, unas cuantas prosas serenas o exaltadas. Leed, para deleite las obras maestras que el genio universal ha producido. Creo que es un error dar a los niños y a los jóvenes lecturas fáciles y anodinas. En las obras del genio hay tal virtud, que para todos sirven. Acaso no comprendáis (nadie la comprende totalmente, aunque otra cosa diga) toda la divina doctrina de Platón; pero hay en su obra vislumbres y rayos de luz que entran en el alma, hasta cuando el alma acaba de nacer. Leed de niñas lo mejor que se ha escrito en el mundo. Hay pocos libros especialmente escritos para la juventud que merezcan ser leídos por la juventud.

No hay que quitarle a un niño la Biblia de las manos si su inclinación le mueve a perderse en la frondosa selva de sus páginas. La inocencia es invulnerable, y no la hace perderse sino la ceguedad, la

torpeza o la villanía de los adultos que la maldirigen. Además, habría mucho que hablar sobre esto de inocencia e ignorancia, y más vale dejarlo para otro día

Un niño español debe tener entre sus más remotos recuerdos de infancia, la primera lectura del *Quijote*. Es preciso que haya creído, con el desventurado y feliz Hidalgo, en la realidad del castillo encantado y en la suma belleza de Maritornes, saltando con toda naturalidad sobre las humanas miserias de la venta. Pero también de esto hablaremos otro día. Hoy es tarde, y se acaba el papel, y quisiera deciros que guardéis también una hora en el día para la buena música; pero no que os sacrifiquéis, a menos de especialísima vocación, haciendo tediosos ejercicios sobre un piano. Dejad la ejecución de la música a los profesionales; vosotras, aprended a escucharla y a comprenderla. Estudiad un poco de teoría y de historia de este arte, como de los demás, para daros cuenta del camino maravilloso que ha recorrido a través de los siglos el encantado amor a la belleza. El estudio de la teoría musical es, además, como el de la Aritmética y la Geometría, eficaz disciplina para el espíritu por lo que tiene de ciencia exacta. En música hay que aprender, antes que todo, a medir exactamente, y la exacta medida es garantía de acierto y de virtud en la vida entera...

Y no va más. Curiosidad, curiosidad; sobre todo, curiosidad..., ansia de saber. Y después, perseverancia... Y sobre todo, buena intención... Y sobre la buena intención, humildad... Y sencillez, que es la

suprema esencia del buen gusto... Y con todo esto, horror profundo a la pedantería... Saber para saber, no para que los demás se enteren de que sabemos... El fruto de nuestra ciencia ha de ser nuestra vida; que ella dé testimonio en buenas obras, de nuestro buen estudio, y no hay más que pedir.

XIV

UNA VIDA HEROICA. LA PRIMERA MUJER DE LOS TIEMPOS MODERNOS QUE SE HA DOCTORADO EN MEDICINA.

En el cementerio de Kilmun, aldea escocesa del condado de Argill, está enterrada una mujer, para cuya memoria, señoras y paisanas mías, pido a ustedes agradecida reverencia.

Dice así el epitafio que hay en su sepultura:

«*En cariñoso recuerdo de Elizabeth Blackwell, doctora en Medicina; nació en Bristol el 3 de febrero de 1821; murió en Aastings el 31 de mayo de 1910.*

»*Primera mujer de los tiempos modernos que se ha graduado en Medicina (1849), y primera que se ha inscripto en el Registro médico británico (1859).*

»*Sólo cuando hayamos reconocido que la ley de Dios para el cuerpo humano es tan sagrada como la ley de Dios para el alma humana..., o, mejor dicho, que es una con ella, empezaremos a comprender la religión del corazón.*

»*El amor no busca su propio provecho.* (I. Cor., XIII, 5.)

»*Los limpios de corazón verán a Dios.*» (Mat., v. 8.)

Preguntarán ustedes: ¿por qué debemos reverenciar la memoria de esa mujer? Fíjense ustedes en las fechas que marca el epitafio: nació en 3 de febrero de 1821...; murió en 31 de mayo de 1910. Casi un siglo de vida, dicen los números. De vida heroica, y heroicamente consagrada al cumplimiento apasionado del deber, podemos añadir.

Doctora en Medicina... La unión de estas palabras casi nos suena ya, y así debe ser, a cosa natural y corriente. Inscripta en el Registro médico británico... Más de mil doctoras están hoy en las listas de ese Registro; más de siete mil mujeres practican hoy con toda naturalidad la Medicina en Norte América; hasta nuestra España, país lento en la aceptación de toda nueva senda de actividad y cultura, cuando de hembras se trata, admite sin dificultad a las mujeres en las aulas de la Facultad de Medicina. ¿Qué tiene de particular que a Isabel Blackwell se le ocurriese, hace poco más de medio siglo, emprender un camino tan indudablemente femenino?

Oigamos lo que dice su hermana, Emilia Blackwell, que, animada por su ejemplo, siguió el mismo camino, luchó como ella, venció como ella y con ella, y murió el mismo año que ella: «Nadie que no haya vivido hace sesenta años puede formarse idea del muro de hierro que emparedaba por todos lados a la

mujer que entonces deseaba ganarse la vida, o hacer algo que saliese un poco del estrechísimo círculo convencional. Mujer que a tanto se atreviese quedaba aplastada por completo. Algunas, cuyo carácter no les consintió dejarse aplastar sin resistencia, tuvieron que pelear por su vida, y su pelea abrió el camino que ahora otras pueden seguir».

Isabel Blackwell, pues, logró que una Universidad americana la admitiese como estudiante, después de haber llamado en vano a las puertas de muchas que le contestaron o con el silencio, o con la más absoluta y escandalizada negativa; logró doctorarse en Medicina; se encerró, siendo ya doctora, como simple enfermera —porque de otro modo le fué imposible entrar— en la Maternidad, de París; pasó en ella seis meses, sometida a la más estrecha disciplina; salió, al cabo de ese tiempo, enferma, extenuada, habiendo perdido la vista del ojo izquierdo, a consecuencia de una oftalmía purulenta, contagiada asistiendo a uno de los recién nacidos. Cuando ya, de vuelta a América, practicaba su profesión, padeció pobreza, casi hambre, desprecios de unos, mofas y burlas de otros, y todo lo sobrellevó con la alegría iluminada de quien sabe que está haciendo bien, pese a quien pese, por testimonio de su conciencia, aunque el mundo entero diga lo contrario.

Triunfó, es cierto; triunfó...; su larga vida le ha permitido ver no sólo el florecimiento, sino el coronamiento triunfal de su obra, la justificación plena y el total reconocimiento de sus ideales; pero, ¿a cos-

ta de cuánto heroísmo, de cuanta abnegación, de cuánto olvido de su propia suerte y hasta de su propia fama? Fácil nos parece, cuando leemos la vida de los «fundadores», el magnífico desprecio de la opinión del mundo, que resplandece con diamantina sencillez en sus actos: parécenos que no era posible hacer, en su caso, de otra manera que como hicieron ellos, y es porque al mismo tiempo que consideramos el trabajo de la «fundación», tenemos en cuenta, inconscientemente, el resultado de ella, y el éxito justifica y explica, *a posteriori*, el atrevimiento del que se atrevió. Pero, en nuestra propia vida, ¿a qué nos atrevemos, realmente? ¿Qué convencionalismos, qué prejuicios, por pequeños que sean, nos arriesgamos a romper? ¿Tenemos el valor de desafiar, no ya a la opinión en materia grave, sino ni aun a la moda en materia leve? ¿Cuál es la mujer valiente y razonable que se atreve a no apretarse el corsé cuando «se estila» la cintura estrecha, o a llevar, por higiene, falda corta, cuando la moda se la impone larga?

Isabel Blackwell se atrevió en su vida a osadías entonces inexplicables. Pensó hasta en vestirse de hombre para poder, merced a ese fingimiento, matricularse en una Facultad de Medicina; tal era la oposición a admitir a una mujer como alumna en las, sin embargo, liberales Universidades americanas (en las de Europa no era posible ni pensar). Se alejó de su familia, que, pobre como ella, no podía, a pesar de toda la simpatía que siempre mostró a su propó-

sito, ayudarla pecuniariamente. Fué a un Estado lejano, por los interminables y penosos caminos de aquellos días, a trabajar como maestra de niños, para ganarse el pan y un poco de dinero que poder ahorrar para costearse los estudios. Viajó trabajosamente, sin recursos, teniendo que ganarse la vida por el camino, rodeada, donde no de hostilidad, de indiferencia, mal disimulada por la cortesía; escribió libros; dió conferencias; fundó dispensarios y hospitales para mujeres; padeció enfermedad, desolación, soledad, desaliento; renunció al amor, que, sin embargo, según se vislumbra en la discreta confesión de su vida, fuerte y constantemente la llamaba; renunció a la maternidad, que ella consideraba como corona y suma de toda felicidad femenina... Y todo esto no sólo por ganarse la vida —que una mujer de su alto entendimiento, de todas maneras hubiera logrado vivir de su esfuerzo, aun en los tiempos llenos de limitaciones en que empezó a trabajar—; no sólo por abrir camino a las que quisieran seguir su iniciativa, sino arrastrada por una fuerte vocación de altísimo orden moral, y guiada por el profundo espíritu religioso, que fué base y raíz de todo su trabajo.

Toda su obra lleva impresa la ansiedad de mejorar, de santificar, pudiéramos decir, sin exageración ninguna, la relación entre hombres y mujeres; el afán de lograr la consciente cooperación de los dos sexos para el bien de la especie, cooperación en pureza e igualdad, en salud y en respeto, en reverencia máxi-

ma para el tesoro de la vida de que, por ley de naturaleza, son depositarios junta e inseparablemente. La santidad de la salud, la religión de la salud, salud universal, salud del cuerpo y salud del alma, unidas, una sola y completa, mejor dicho. Nada de dos distintas morales para hombres y mujeres. Obligación igual de limpieza y nobleza para ambos. Los pecados del cuerpo son tan graves como los del alma, y tan graves en el hombre como en la mujer, puesto que, sin distinguir quién los cometiera, la humanidad sufre sus consecuencias...

Estos son los temas constantes de su doctrina, proclamada en tantas páginas de elocuencia, a un tiempo serena y emocionante. Las palabras que hay sobre su sepultura son extracto de una de sus conferencias sobre «La religión de la salud».

Quisiera contaros su vida detalladamente; pero no es posible dentro de los límites de esta carta. Escrita está por ella, si la queréis leer. Como reza su epitafio, nació en Bristol (Inglaterra); pero su familia emigró a Norte-América cuando ella tenía once años, y este cambio de ambiente, sin duda, influyó favorablemente en la formación libre y fuerte de su carácter. En América, toda la familia, padres e hijos —Isabel era la tercera de nueve hermanos—, trabajó encarnizadamente para vivir. Isabel comienza el libro de su vida congratulándose de haberla empezado en familia numerosa y rodeada de influencias saludables..., entre las cuales cuenta la pobreza.

Cuando tenía poco más de veinte años, concibió la

idea que había de ser norte de toda su existencia. De 1845 a 1847 se dedicó, como ya he dicho, a la enseñanza, para ganar el dinero necesario a su propósito, y al mismo tiempo comenzó privadamente sus estudios de Medicina. Buscó después Universidad en que estudiar; pero en ninguna querían admitirla; los hombres médicos no podían sufrir con paciencia la idea de que una mujer compartiese con ellos la que se les antojaba prerrogativa exclusiva e intangible. «No puede usted esperar de nosotros —le dijo uno de ellos sinceramente— que le pongamos en la mano un palo para rompernos la cabeza».

Por fin, la Facultad de Medicina de una Universidad rural, pequeña e indisciplinada, consintió en abrirle sus puertas. El claustro de profesores, no muy propicio a la admisión, delegó sus poderes en los alumnos, que decidieron favorablemente, más bien por burla que por otra cosa; pero la dignidad de carácter de la postulante se impuso desde luego, y transformada el aula por su sola presencia, prosiguió y terminó en ella sus estudios, primera en la promoción de su curso. La Universidad, después de alguna vacilación ante la responsabilidad de «sentar jurisprudencia», le concedió el grado por unanimidad y con toda clase de pronunciamientos favorables.

Vino entonces a Europa (1849), y hasta 1851 estudió infatigablemente en París y Londres. Volviendo a Norte América, se estableció en Nueva York, y empezó la práctica del arte de curar. Es curioso

el relato que hace de su «vida» de la escandalizada indignación del primer médico a quien llamó a consulta. Fundó un dispensario independiente, sólo para mujeres, y en el cual las mujeres que quisieran estudiar Medicina pudieran adquirir la práctica necesaria; porque aunque su éxito había movido a otras Universidades americanas a seguir el ejemplo de la de Geneva, los hospitales seguían negándose a admitir a la práctica a *las* estudiantes.

Tal era el escándalo de la timorata opinión pública, que en ninguna casa decente quisieron alquilarle local para el dispensario, y tuvo que comprar una casa a plazos y con infinitos apuros. Su hermana Emilia se decidió por entonces a seguir sus pasos, y vino a unirse a ella y a estudiar con ella. Es pintoresco y conmovedor el relato de aquellos años de pobreza y lucha.« Dormíamos en la guardilla —dice Emilia en su diario— comíamos en el sótano, generalmente un pedazo de pan, unas aceitunas o un puñado de dátiles.»

A los treinta y dos años, encontrándose completamente sola, porque Emilia había marchado a proseguir sus estudios en Europa, para calmar la ansiedad de corazón que fué característica de su vida, adoptó a una huérfana.

«La absoluta soledad de mi vida —dice— llegó a serme intolerable, y en octubre de 1854 saqué una huérfana del gran depósito de emigrantes de Randall-Island y la traje a vivir conmigo. Más tarde la adopté. Fué una resolución acertada. ¿Quién puede

ni siquiera suponer el apoyo y consuelo que esta pobre huérfana ha sido para mí? Cuando la traje a vivir conmigo tenía siete años. Necesitaba yo desesperadamente el cambio de pensamiento a que me obligó el tener que ocuparme de ella. Eran horas negras, y me hizo bien. Su alegre y leal carácter irlandés iba bien con el mío. En mi diario de aquellos días encuentro escrito: «Desde que la tengo conmigo, miro con esperanza al porvenir».

Màs quisiera extractar para ustedes de esta vida contada en palabras tan sinceras. Leyéndolas, he pensado no pocas veces en nuestra Teresa de Jesús, y no sin intención he empleado las palabras «fundación» y «fundadores» al hablar del trabajo de Emilia Blakwell. Fundadora ha sído, y dama andante como la santa de Ávila, incansable como ella, inspirada como ella, cerebral como ella, arrastrada como ella por una vocación que estaba en pugna con sus más íntimas aficiones, apoyada como ella en el amor de Dios, sostenida por la divina comunicación sensible, que no pocas veces alcanzó en una y otra la forma de lo que nuestra gran definidora del divino amor ha llamado «visión intelectual». No creo faltar al respeto a nuestra excelsa y brava heroína española, por mí mas venerada que por nadie, al comparar su «fundación» de religiosas, esposas de Cristo, destinadas a combatir el mal universal rogando por los pecados del mundo, con la« fundación» por esta otra exaltada consciente de esta otra religión de «madres de la raza», destinadas a combatir el mal universal,

curando y previniendo los daños que de los pecados del mundo proceden.

Leyendo las dos vidas, he encontrado momentos de tal semejanza en los móviles de las acciones y en los movimientos del alma, que no he podido menos de establecer involuntariamente el paralelo. Teresa de Jesús, amante del mundo, de la sociedad, de la grata conversación, de las dulzuras un poco frívolas, pero tan suaves para un corazón de quince años, del amor inocente y compartido, se retira del mundo dejando a su padre, a quien tanto amaba, decidida a darlo todo por lograr «los bienes eternos», y tiembla al pasar las rejas, y no está segura de sí misma; pero persiste en su propósito porque una fuerza más fuerte que su propio deseo la arrastra y la sostiene... Y dice Emilia Blakwell, al relatar cómo dejó su casa y su familia, a la cual quería entrañablemente, para ir muy lejos a ganar el escaso dinero que había menester para el estudio de una profesión hacia la cual sentía honda repugnancia física: «Mi diario de aquellos días retrata vivamente la ansiedad y el esfuerzo doloroso con que dejé el círculo de mi familia y de la vida social acostumbrada, y di el primer paso en mi futura carrera médica. Sentía que se rompían para mí todos los lazos de la vida normal y que me preparaba a obrar contra mis más fuertes inclinaciones naturales; pero una fuerza más fuerte que yo parecía guiarme: ante mí estaba un fin que inevitablemente tenía que intentar realizar».

«Inevitablemente», contra toda oposición, contra

las casi invencibles repugnancias... Y cuenta el esfuerzo casi insostenible con que tuvo que vencer el asco que le produjo su primer intento de disección: sencillamente, abrir con el cortaplumas el cuerpo de un escarabajo.

A pesar de esta repugnancia, que por otra parte, venció en absoluto, su propósito era consagrarse especialmente a la cirugía, movida a piedad por el sufrimiento del pudor herido, que a tantas nujeres causa la vergüenza y la angustia de tener que exponer a la vista de un cirujano hombre, y entregar en sus manos la carne dolida y enferma. Y en este sentido trabajó hasta que, perdida en la Maternidad la visión del ojo izquierdo, tuvo que renunciar a su intención y dedicarse únicamente a la práctica de la Medicina...

Larga vida ha sido la suya: ochenta y nueve años, y hasta los ochenta y seis, ocupada en labor y afán constantes. El árbol que plantó da fruto y sombra. A su muerte, reconoció pública y solemnemente su mérito, y hoy honra su memoria, el mundo entero. Hónrenla ustedes, mujeres españolas, como si cosa propia fuese, porque ella en su grande amor a la humanidad, no se detuvo nunca en diferencias de raza ni en limitaciones de fronteras.



XV

ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL EJERCICIO DE LA CARIDAD

Señoras y paisanas mías: Hay una fábula, ni muy vieja ni muy profunda, pero que cito hoy por venir bien a mi propósito, en la cual se habla de un viajero que, caminando por el desierto, medio muerto de hambre, encuentra en su camino un saco lleno, a su parecer, de algo comestible; ábrele con ansia, y derrama el contenido en la arena, exclamando, al verle, con desconsuelo y rencoroso desprecio: «¡Sólo son perlas!»

Preciosas son las perlas en la estimación de los hombres; riqueza positiva en sociedades organizadas de cierto modo; pero ¿de què sirven, en la soledad, al que está a punto de morirse de hambre, y únicamente de hambre padece?

El sentido de esta fábula es que lo más preciado del mundo bien puede ser inútil, faltándole el don de la oportunidad. Oportunidad es otro nombre de utilidad. Utilidad, en sentido filosófico, vale tanto como adaptación al fin propuesto.

Toda acción, por ser útil, es decir, para realizar el fin que se propone ha de ser oportuna. Faltándole esta sal, pierde su aroma, y se convierte, por inadecuada, en dañosa. Porque han de saber ustedes que todo aquello que no sirve sobra. Y que lo que sobra, se corrompe; y lo que se corrompe, infecta y daña.

Virtud es otro nombre de *acción buena*. También las virtudes están obligadas a ser oportunas, sin lo cual bien puede convertirse su excelencia en daño.

Pero —dirán ustedes— ¿cómo puede ser nunca inoportuna, dañosa ni sobrante la caridad, virtud primera y esencial entre todas las humanas virtudes, puesto que su fin es el remedio de la ajena necesidad, y la necesidad, por desgracia en el mundo, existe siempre?

Es cierto: la necesidad existe siempre, y, por lo tanto, la caridad siempre debe existir; pero las «necesidades», es decir, los modos de necesidad, cambian con los tiempos, y, por consiguiente, es preciso que cambien los modos de caridad. ¿De qué serviría hoy la abnegación de una Isabel de Hungría, dispuesta a lavar con sus reales manos, llagas de leprosos, o el abrasado amor de un Raimundo Lulio, pronto a dar libertad y vida propias a cambio de las de un cautivo de Argel? Los tiempos cambian; la vida se transforma exteriormente; las necesidades mudan de aspecto, es preciso que la caridad no se petrifique en las formas tradicionales; es absoluta-

mente necesario que el amor al prójimo, despierto y activo como nunca, busque nuevos canales, caminos que lleguen realmente al corazón de la necesidad actual. De esto quiero ir hablando a ustedes poco a poco. De algunas grandes necesidades modernas, y de algunos medios de remediarlas. Para ello habrá que hacer, en cartas sucesivas, excursiones a campos de actividad que no les serán a ustedes completamente desconocidos, a poco que hayan querido ocuparse de feminismo, porque, en realidad, casi toda la acción femenina y feminista es acción caritativa, inspirada en amor a la humanidad, en compasión hacia sus sufrimientos y en ansia de encontrarles remedio. Por hoy, y como prólogo, hablaremos únicamente del espíritu que debe ponerse en el ejercicio de la caridad.

Una de las formas tradicionales de la caridad, acaso la única que muchos de los que se llaman cristianos practican, es la limosna, es decir, el socorro inmediato en dinero o en especie. No crean ustedes, porque sea el más extendido, que sea el medio mejor de remediar los males del prójimo; es, sí, la forma de caridad más cómoda, la que menos preocupación cuesta y menos gasto de imaginación exige. Dar pasando al que pasa y pide, fiándose en la virtud propiciatoria del sacrificio que supone el privarse de la moneda y en la gracia purificante de la buena intención con que se da... Pero ¿a quién damos, y para qué sirve lo que damos? ¡Ah! Eso no es cuenta mía... Dios ve la intención con que lo

doy. Allá el que pide con su conciencia, si no lo necesita, o si puede ganarlo por otros medios.

Ese es un sofisma, señoras mías, y, además, es egoísmo refinado y redomadísima pereza. Dios ve la intención... ¿Luego, al dar limosna, no nos preocupamos sino de la estimación que pueda merecer en los ojos de Dios la acción que estamos realizando; es decir, en resumidas cuentas, de la recompensa que pueda merecernos cuando llegue la hora del premio y del castigo?

Dios ve la intención... Dios ve la intención... Tengo para mí, sin meterme en honduras teológicas, que, llegada la hora de los premios eternos, en la balanza de la Suprema Justicia ha de pesar más una acción eficaz que diez acciones bien intencionadas. Ya lo dice el pueblo en la socarrona y firme sabiduría de uno de sus refranes: «El infierno está empedrado de buenas intenciones».

Todos tenemos el deber imperioso de dar; pero hay que saber lo que se necesita, hay que saber lo que se da, a quién se da y por qué se da, y hay que dar lo que deba darse.

—¡Ah! —dirán ustedes—. Es que, negándome a dar sin discernimiento, corro el peligro de dejar sin amparo una necesidad urgente.

En primer lugar, ¿qué necesidad urgente pensamos remediar con los cinco o diez céntimos dados al pedigüeño callejero? Y, luego, ahí precisamente están la sal y la gracia de la limosna inteligente; para saber hay que averiguar, y en esta averiguación de

la necesidad real está el fundamento de la caridad verdadera y oportuna. Hay que saber, hay que investigar, hay que enterarse de cuáles son los males que más urgentemente piden remedio, hay que ponerse en contacto con ellos, hay que interesarse por ellos, no en la manera superficial y un tanto desdeñosa del curioso que va visitando un museo de horrores, sino en la manera inteligente y tenaz del médico que va dispuesto a intentar la cura. Sí, señoras mías: las incursiones que ustedes hagan, guiadas por el sublime instinto de piedad, en el horrible infierno de la miseria humana, deben ser, están obligadas a ser, «visitas de médico». No hay que dar medicina a ciegas, no hay que pronosticar de oídas, no hay que recetar por teléfono. Hay que llegarse valerosamente hasta el jergón en que yace el enfermo; hay que mirar la lepra cara a cara. Hay que pensar: ¿Por qué existe esta lepra? ¿Quién es el responsable de que exista? ¿A costa de qué sacrificios pudiera dejar de existir?

Estas son preguntas tremendas, señoras mías, y dan ocasión, cuando sinceramente nos las hacemos, a respuestas no menos formidables, que sacan la conciencia del sueño complacido y complaciente en que acostumbramos a dejarla dormir. Porque resulta, corazones piadosos, que si, horrorizados por alguna de las lepras sociales, levantamos los ojos al cielo, y queremos invocar, para explicar la plaga, la voluntad de Dios, la faz de Dios se torna adusta, y nos mira con reprobacióa. ¿Qué es eso —parecen pre-

guntar, acusando, los divinos airados ojos—; qué es eso de echarme a mí la culpa del mal que vosotros habéis hecho en la tierra? Yo os di terreno firme en que vivir; Yo vestí de aire sano vuestra morada; Yo le di facultad de producir pan para todos; Yo hice brotar el agua de la roca para calmar toda vuestra sed; Yo planté entre vosotros el árbol de la sabiduría, para que fuese su fruto pan universal, patrimonio de todos los hombres; Yo os di ley de vivir como hermanos; ¿qué culpa tengo Yo de que vosotros hayáis puesto murallas para guardar en provecho de unos el pan que era de todos; de que hagáis pagar a hombres nacidos en la tierra, hechos por Mí de tierra, el derecho a ocupar un pedazo de tierra? ¿Qué culpa tengo Yo de que hayáis envenenado las fuentes? ¿Qué culpa tengo Yo de que hayáis hecho vicio del amor, que os di para bendición; de que hayáis trocado en pobreza la abundancia, y en podredumbre la salud? ¡No levantéis los ojos, hipócritas, pidiéndome un remedio que harto sabéis que está en vuestras manos! ¿Os indignáis de la ignorancia y la miseria, y tenéis decretado que haya pobres y que haya ignorantes? ¿Y os escandalizáis porque haya crimen, después de haber fundado vuestra sociedad en la pobreza y la ignorancia de los muchos? En un jardín os puse; ¿por qué hicisteis moradas de piedra berroqueña? ¿Y por qué encerrasteis en ellas vuestros corazones, para no oir el alarido de los que, por vuestra voluntad, quedaron fuera, despojados, desnudos e ignorantes?

¡Ah! Cuando vamos a hacer caridad y buscamos de veras la raíz de los males... ¡Es tremendo, es inquietante, no nos deja dormir el pensamiento de la iniquidad que se comete!... Acaso clamamos con un resto de egoísmo: «¿Por qué te has despertado, conciencia? Déjame dormir..., déjame olvidar... Yo daré..., yo daré..., yo daré..., sí, lo que me sobra...; sí..., hasta parte de lo que me hace falta...; pero, calla, calla, dime que estos males son voluntad divina; dime que yo no tengo obligación de llegar hasta el fin del camino por donde me quiere llevar el pensamiento desvelado...»

Y no es posible; una vez decididos a mirar serenamente, vemos que los males del mundo no los quiere Dios. El único mal —si mal puede llamarse al término feliz de una vida que ha dado su fruto—, el únicon mal venido de voluntad superior a la nuestra es la muerte... Alguna enfermedad, acaso, y, digo alguna, porque la enfermedad no es accidente esencial en la vida, y, descontando las que proceden de miseria, vicio e ignorancia, bien pocas quedarán inevitables. Las demás miserias sociales (toda miseria individual es producto y consecuencia de una miseria social) son culpa de los hombres, y deben remediarlas los hombres. La sociedad las ha hecho, la sociedad está obligada a hacerlas desaparecer, y nosotros, como miembros individuales de esa sociedad, debemos llevar a la obra redentora cada uno nuestro grano de arena. Esta es la caridad bien entendida.

Y fíjense ustedes cómo, al entenderla asi, la caridad se convierte en obligación aun más imperiosa, y se agranda y ramifica, entrando en innumerables menudas arterias por todo el gran cuerpo social; fíjense ustedes en cómo se hace una con la justicia. Algunas veces he oído hablar tontamente, en conversaciones de salón, de cosas del cielo (vicio a que los españoles somos muy aficionados), y algún teólogo de gabinete ha manifestado su incapacidad para comprender cómo pueden en Dios hermanarse justicia absoluta e infinita misericordia. Y ved aquí cómo no es tan difícil hermanar y juntar en uno los dos divinos atributos. Dejando a Dios en paz, dentro del inviolable secreto de su esencia, y viniendo humildemente a nuestra esfera humana, podemos afirmar que, siendo enteramente justos, seríamos, por la única virtud de la justicia, absolutamente misericordiosos.

Probadlo, mujeres; intentadlo en todos los actos, hasta los más menudos de la vida diaria; en toda relación con el prójimo, pensad: «Esto que voy a hacer, ¿es lo estrictamente justo?» Yo os aseguro que, si os respondéis con sinceridad, lo estrictamente justo será también lo estrictamente caritativo.

Señoras mías, para terminar por hoy: el remedio de males individuales, aunque en algunos casos se impone como urgente e inevitable, en general no remedia nada. La caridad social es la que se impone. Es preciso que todos trabajemos por su pronta y eficaz organización. Es preciso que, de la inicia-

tiva particular, el sentimiento de piedad primero, de justicia después, pase a las leyes. No crean ustedes, mujeres españolas, que esto sea el sueño de un visionario. Fuera de aquí, en tierras donde acaso la injusticia social había llegado a mayores horrores que en España, hace tiempo que pensadores y legisladores se ocupan de esto, y trabajan en este sentido. En España, país, al parecer, tan dejado de la mano de Dios, acaso sea más fácil el pronto remedio de muchísimos males, porque, harto lo saben ustedes, las que han estudiado un poco de Historia, en nuestra tierra ha habido siempre, como producto especial, no sé si del terruño o de la raza, un fuerte espíritu de democracia, basado en áspera cristiandad, que ha impedido que la gangrena del privilegio llegue a la médula de nuestro ser. Casi todos los males de España son exteriores. Casi toda su corrupción viene de ignorancia y de pereza. Un poco de enseñanza, un poco de fuerza de voluntad, y haremos aquí, en unos cuantos años, lo que en otros países necesita siglos. Por fortuna, nuestra propia desdicha nos ampara esta vez. Tenemos tan poco edificado —aun dentro de la injusticia—, que tendremos muy poco que derribar. Aquí no hay que pedir dinamita para echar abajo, sino cal, ladrillos y perseverancia para levantar algo.

De qué es lo que hace falta levantar, de qué es lo que hay que remediar, de cómo puede hacerse, iremos hablando.

Puesto que de obras de caridad se trata, a las mu-

jeres ricas me dirijo especialmente, puesto que ellas son las que tienen que dar: pueden dar dinero y pueden dar tiempo, ese tiempo que les sobra y les pesa, que intentan «matar» con tantos medios pueriles y vanos. ¡Si en lugar de matarle quisieran producir algo vivo!

A las mujeres ricas de inteligencia, a las que saben y pueden enseñar.

A las mujeres ricas de voluntad, a las que pueden dar ejemplo de trabajo y constancia.

Ya verán ustedes lo que hacen las mujeres de otras tierras. ¿Van ustedes, paisanas de Agustina de Aragón, a dejar mal a España? No, por cierto; manos a la obra. El primer pobre de solemnidad, el primer enfermo de peligro a quien debemos socorrer, es esta Patria nuestra, que se está muriendo, vergüenza da decirlo, de una media docena de enfermedades leves.

XVI

PARA LAS CIUDADANAS QUE AHORA ESTÁN EN EL CAMPO. CÓMO HAY QUE APROVECHAR EL VERANEO

Señoras y paisanas mías: Me da gozo pensar que muchísimas de ustedes, prisioneras, como yo, durante la mayor parte del año en la artificialidad molesta y malsana de la vida de ciudad, van ustedes a leeer esta carta al aire libre, en una playu, en un monte, en una pradera, a la sombra de un árbol o a la orilla de un río. No hay cuatro paredes que limiten el campo de nuestro imaginar; no hay techo enojoso que ponga pesadumbre en nuestros pensamientos. Los ojos, cansados de ver siempre lo mismo, descansan mirando un lejano horizonte; mirando, acaso sin ver, que es la mejor manera de enterarse de muchísimas cosas hondas y ocultas.

Casi me da cargo de conciencia enviar hoy a ustedes estas letras de imprenta, que huelen también a cosa artificial; estas palabras, que tienen la costumbre de hacerse para ustedes un poco graves. Si están ustedes cara al cielo, envueltas en la verdad ab-

soluta del aire libre y de la clara luz, oyendo de la misma naturaleza, maestra inefable, las lecciones esenciales de la vida, ¿qué falta hace que yo, discípulo suyo, ¡tan humilde!, le ponga comentario a su doctrina? ¿Qué puedo yo decir que ella no diga en su elocuencia silenciosa y envolvente? Unicamente esto: «¡Señoras mías: las que, por privilegio de la suerte, pueden ustedes, unas cuantas semanas al año, venir a esta escuela, no desaprovechen ustedes la lección!»

El veraneo, que, como digo a ustedes, es un privilegio agradabilísimo, tiene también sus obligaciones. ¿Cómo no ha de tenerlas? Derecho y deber son el anverso y el reverso de la misma moneda: no aumenta el uno sin que crezca el otro, y el privilegio, que es el derecho exagerado, y acaso muchas veces inmerecido, lleva consigo, como único rescate posible, el cumplimiento de deberes mucho más estrictos. Afortunadamente, los que, en mi humilde opinión, impone a ustedes este de haber venido a olvidar el calor de la ciudad en la fresca y sana alegría del campo, son fáciles y gratos de cumplir. Véanlo ustedes.

La primera lección que les da la naturaleza es la lección de la salud. El primer deber de ustedes, veraneantes, es el de aceptarla, procurándose, mediante el aprovechamiento juicioso de los elementos que pone a su alcance, esa salud que la naturaleza les brinda,

¿Han pensado ustedes alguna vez en que el tener salud no es una suerte, sino una obligación? Estamos

todos obligados a estar sanos, porque de otro modo no podemos cumplir nuestras demás obligaciones. La salud se consigue a fuerza de ciencia y de paciencia, con vida razonable y unos cuantos sacrificios. No es el trabajo el que nos hace enfermar, aunque, a veces, sea perjudicial su exceso, sino las condiciones en que le realizamos: y a ustedes, mujeres ricas o, por lo menos, bien acomodadas, el esfuerzo más les serviría de salud que de daño. ¿Saben ustedes que hay curas «de trabajo» para multimillonarios, en las cuales se les obliga a cavar la tierra para aliviarles del mal de la riqueza mal empleada?

A caso, y sin acaso, han venido ustedes al campo un poco nerviosas, un poco pálidas, cansadas de la vida de ciudad, con un poco de fiebre, con un mucho de mal humor. Ambiciones, rivalidades, preocupaciones tontas les han amargado muchos días del pasado invierno; temores exagerados por la hacienda en peligro, gracias al cataclismo mundial de la guerra. La inteligencia viene también un poco turbia, demasiado inquieta en unas, demasiado estancada en otras; de un modo o de otro, habiendo perdido aquella viveza y transparencia de agua de manantial, que salta entre peñas y corre entre huertos, que debe ser su cualidad primera. De esto tienen la culpa las muchas diversiones necias con que han querido ustedes cometer, sin lograrlo, el horrendo crimen de matar el tiempo. Durante el invierno y la primavera han abusado ustedes del *cine,* diversión estúpida e idiotizante en la mayoría de los casos; han abusado

ustedes de la lectura de periódicos ilustrados, que siempre traen las mismas fotografías y las mismas caricaturas, y se complacen también casi siempre en poner a los hechos el mismo comentario negativo, ignorante o mediocre; han reído ustedes demasiado en teatralerías sandias, con chistes de muy dudosa ley y de muy evidente grosería; han escuchado ustedes demasiadas músicas fáciles, de esas sensuales y pegajosas, que se prenden al espíritu por medio del oído, con la tenacidad jaquecosa del perfume barato, que, muy malamente, quiere imitar el sano aroma de una flor; han hecho ustedes demasiadas visitas y han murmurado ustedes, fingiendo indignarse por cosas que, en resumidas cuentas, les traían a ustedes perfectamente sin cuidado; han pasado ustedes por la *tremenda crisis* del cambio radical de la moda, y aun no han decidido ustedes el grave problema de si les sientan las faldas anchas mejor o peor que les sentaban las faldas estrechas; se han calentado ustedes la boca en discusiones francófilas o germanófilas, con perfecto desconocimiento de causa...

Todas estas cosas, que, al parecer, son de poca importancia, y una a una, o una vez en el año, poco mal harían, les han hecho a ustedes bastante daño en la salud, tanto espiritual como corporal, sencillamente por la persistencia de la impresión. Ustedes, a quienes suelen preocupar las arrugas, ¿no saben ustedes que la persistencia de un mismo gesto llega a formar un pliegue decidido en la piel del rostro? Pues lo mismo sucede en el espíritu con la continui-

dad de una misma impresión; y todas esas impresiones malsanas de que hablo a ustedes, repetidas un día tras otro, en lugares cerrados, mal ventilados, calentados con exceso para evitar el frío del invierno, además de cansarles a ustedes el cuerpo, han hecho en el espíritu surcos más lamentables que los del rostro; es más, han contrihuído también a que se formen en el rostro líneas desagradables, porque el mal sabor de boca, tanto en la cabeza como en el corazón, pone en la cara la sombra desagradabilísima del gesto tedioso o avinagrado.

Conste que no les echo a ustedes la culpa de todas las nefastas impresiones que han recibido ustedes durante el año; por el pronto, las mujeres tienen ustedes muy poca culpa de todos los males que las rodean, puesto que han tenido ustedes en la creación de ellos tan poquísima responsabilidad. Carguemos con ella los hombres. De toda la idiotez ambiente que respiran ustedes en España tenemos la culpa los hombres españoles, que, puestos a crearle, no hemos tenido arranque para hacerle mejor; pero ya que, por un poco de pereza, se hayan dejado ustedes arrastrar a respirar el aire maléfico, ahora, con un poco de energía, puesto que están ustedes en el campo, decídanse a hacer el masaje espiritual que ha de borrarles las arrugas del pensamiento y del sentimiento, devolviéndoles la perdida salud de la inteligencia y de la voluntad.

¡Por el amor de Dios, no hagan ustedes de su veraneo una prolongación de la invernada! Ya que tie-

nen ustedes posibilidad de cambiar, no se aferren a la rutina, que es la enemiga de todo progreso. Ahora que el aire libre no les cuesta nada, no vayan ustedes a seguirse encerrando en el irrespirable salón de algún *cine*. Ahora que la luz clara hace que se les vea a ustedes tan bien; ahora que la fresca y húmeda brisa les abre los poros de la piel, no vayan ustedes a seguirlos cerrando con polvos, pinturas y afeites invernales... Que les entren a ustedes, no sólo por los ojos, sino por todo el cuerpo, libre de trabas modistiles y vestido con sencillez higiénica y fragante, la verdad y la frescura, que están rabiando por hacerles a ustedes una visita. Vamos a hacer limpieza de tonterías y frivolidades. Vamos a cambiar la diversión por la alegría, la afectación por el ejercicio y la elegancia *trapística* por la sencillez, que es la nota suprema del buen gusto. Olvídense ustedes de cuanto les preocupó durante el invierno; el cambio de lugar les servirá admirablemente para ese olvido. Pónganse ustedes frente al mar a la puesta del sol, o a la ventana que da sobre el prado cuando amanece o cuando ya ha cerrado la noche; levanten ustedes los ojos y párense un momento «a contar las estrellitas del cielo», como dice el cantar, y verán ustedes cómo el alma parece que quiere salir de sí misma, y sentirán ustedes inefablemente cuán pequeñas y sin sentido son todas las vanas preocupaciones que les atormentaron en la ciudad.

En la ciudad pocas veces vemos amanecer: casi siempre nos ocultan paredes de altas casas la gloria

de la puesta del sol; suelen ser tan estrechas las calles, y vamos tan de prisa por ellas, que rara vez podemos contemplar la majestad del cielo estrellado. Coches y tranvías ponen techo al camino, y así parece que llevamos siempre nuestra casa a cuestas y que queremos defendernos de la benéfica influencia que, siquiera en el corto eepacio de una casa a otra, pudiera el cielo tener sobre nosotros. Siempre escondidos, síempre a cubierto, siempre con la cabeza tapada por el feo armatoste de horribles sombreros, ¿por dónde ha de llegar hasta nosotros la palabra divina, que está escrita en la llama del sol y en la plácida lumbre de los luceros? El aire en la ciudad, encallejonado por el laberinto urbano, se hace viento, y, además, huele mal, y nunca llega a limpiarse del todo de la podredumbre ciudadana, y quedan en él, no sólo miasmas de enfermedades, sino fermentos de pasiones mezquinas. Hace falta un huracán para limpíar del todo vías y conciencias ciudadanas; pero en el campo ¡estamos tan cerca de Dios! Es decir, ¡tan cerca de la verdad! Fíense ustedes de las impresiones que en el silencio sientan en estas mañanas un poco brumosas, ¡pero tan bien olientes!; en estas tardes saturadas de brisa marina o cargadas del aplacante aroma del heno que en los prados están segando... Callen ustedes un poco para escuchar la voz interior. Déjense ustedes envolver en sencillez y naturalidad. Quítense ustedes el sombrero para sentir en la frente y en el entendimiento la caricia del viento bueno. Saboreen ustedes, con el leve sabor a sal

que deja en los labios la brisa del mar, la sal de un valeroso propósito de vida nueva.

Nunca han hecho tanta falta como ahora propósitos de renovación. La vida del mundo —en Europa al menos— ha de ser difícil de aquí en adelante; es preciso que todos la afrontemos sin terrores, pero con energías. Habrá mucho que hacer en España, porque hartas cosas, con las cuales estábamos acostumbrados a contar, no eran nuestras, sino que venían hasta nosotros de países más prósperos y más adelantados.

Nuestro ingenio y nuestro esfuerzo tendrán que suplir todas estas faltas; será preciso crear, en todos los órdenes de la vida; ustedes, mujeres, pueden ganarse todos sus derechos afrontando valientemente unas cuantas obligaciones. Puede haber gran cosecha, si hay buena voluntad para sembrar y tesón para cuidar ia siembra. Ese tesón, esa fuerza, ese impulso, esa perseverancia podemos nosotros y pueden ustedes lograrlo en unas cuantas horas de sencilla y humilde meditación veraniega. No desaprovechen ustedes la ocasión. Agua, aire... y verdad. Con lo cual, frescas como rosas y sanas como el pan, en cuerpo y alma, acaso el invierno más triste del siglo pueda ser para ustedes el mejor de la vida.

XVII

CARIDAD SOCIAL. UN PROBLEMA ANGUSTIOSO Y URGENTE QUE PUEDEN RESOLVER FÁCILMENTE LAS MUJERES DE BUENA VOLUNTAD

«La mujer burguesa sabe *dar* a menudo; todavía no ha adquirido el respeto al trabajo.» Estas palabras, señoras y paisanas mías, son de una mujer: la señora M. L. Compain; y aunque ella sea francesa y hable de su país al decirlas, bien pueden aplicarse a España, sin temor a caer en inexactitud. Sí, señoras mías; en España, lo mismo que en Francia, la mujer burguesa, es decir, la mujer de la clase media o de cualquiera de las aristocracias, que no está obligada a trabajar para ganarse la vida, tiene buen corazón generalmente, se compadece intensamente de la ajena miseria y está casi siempre dispuesta a remediarla... dando, es decir, haciendo limosna con lo que le sobra; algunas veces, por exceso de abnegación, hasta privándose de algo que necesita. Pero (y aquí están el error y el daño social de su caridad bien intencionada, pero mal entendida), pero no tiene respe-

to al trabajo. Le gusta comprar barato, tiene el fetichismo de las «gangas», le encanta que quien trabaje para ella lo haga por poco precio, anda siempre a caza de la costurera, de la modista económica, de la sastra a mitad de precio, de la planchadora que trabaja a destajo y «hace» siete camisas de brillo en el tiempo qee otra acostumbra a «hacer» cinco; le complace comprar en las tiendas de confección prendas de tela realmente aceptables, realmente bien cortadas y bien cosidas. «No trae cuenta hacer la ropa blanca en casa», se oye repetir a menudo a las mujeres; «sale mucho más económico comprarla hecha en las tiendas».

Y es verdad: en las tiendas ha llegado a alcanzar la confección precios realmente inverosímiles, y, sin embargo, el comercio florece, el dueño del almacén gana, y gana mucho, vendiendo tan barato, ¿Quién pierde entonces? ¿Quién paga la ventaja que así logran el vendedor y el comprador? ¡Lo paga con su vida, con su sangre, con su salud, y a veces con su honra, el productor; es dccir, la mujer que hace a destajo pespuntes, costuras, calados y vainicas.

Piensen ustedes en esto, mujeres españolas; ustedes que saben tan maravillosamente coser y bordar; ustedes, que pueden apreciar en tiempo y en esfuerzo el valor real de un metro de festón o de vainica. Todos esos primores que tan baratos les ofrece a ustedes la tienda, los ha hecho alguien; sobre todo esos calados se han consumido día y noche ojos y manos de mujer. Para que el dueño de la tienda gane

y ustedes no pierdan, hay en tantas guardillas de las grandes ciudades miles de mujeres. heladas en invierno, abrasadas en verano, inclinadas en malsana postura sobre un bastidor o sobre una máquina de coser; mujeres que ganan... acaso un real por bordar una marca en un pañuelo o en una camisa, acaso dos reales por calar el jaretón de una sábana, acaso una peseta por el cuadro de encaje que decora la esqüina de un mantel; en resumen, un par de pesetas diarias, cuando mucho, trabajando... doce o trece horas.

¿Qué les parece a ustedes esta esclavitud, en tiempos en que ha sido abolida la de negros?

Dos pesetas consigue ganar una planchadora excelente trabajando a destajo en un taller, porque su «maestra» le da *veinte céntimos* por cada camisa de brillo; y hay que pensar que una camisa de brillo bien planchada necesita tres cuartos de hora largos de trabajo, y trabajo malsano, en pie, con el cuerpo inclinado en postura antihigiénica, sobre el sofocante calor de las planchas, en el aire viciado por la estufa en que están calentándose. Y esta es una situación privilegiada. ¡Ahí es nada, una «chica» de oficio con sus dos pesetitas y trabajando en un taller! Lo horrible es lo «otro». El trabajar en casa, sin aire, sin espacio, sin luz, muchas veces junto a la cama de la madre o del hijo, o de la hermana, enfermos. ¿Y enfermos de qué? De miseria y, por lo tanto, de tuberculosis, en una u otra forma. ¿Y cuando el tuberculoso no es el padre, o el hijo, o el hermano, sino la obrera misma? ¿Qué remedio mas que trabajar tosien-

do, sobre la prenda que está confeccionando? Así trabajan peleteras, sastras, zurcidoras, encajeras, modistas económicas por cientos, por millares. Así va a casa de la mujer rica el germen de la tuberculosis con que la obrera pagó la desdicha de haber nacido pobre. Así la sociedad venga a un tiempo y rescata sus propios crímenes. ¿Estáis seguras, cuando hay una epidemia de difteria o de tifus, que no viene escondida la muerte para vuestros hijos en el primoroso cuello de encaje çue compráis para él en el gran almacén de novedades? Porque, acaso la obrera, mientras le perfilaba, tenía a su propio hijo moribundo y dejó la labor sobre la cama donde el niño se ahogaba, para tener siquiera el horrible consuelo de sentirle morir entre sus brazos.

Pensad en esto, pensad en todo esto cuando regateáis el trabajo, mujeres que le podéis pagar equitativamente. Y no os imaginéis que la caridad que hagáis luego en forma de limosna rescata esta injusticia. ¡No, por cierto! La mujer rica que paga mal el trabajo que se hace para ella y luego da limosna, es como el usurero que fundase un asilo para los infelices a quienes hubiese arruinado con su usura. ¡No hay que remediar males, que no tienen remedio, cuando ya existen: hay que prevenirlos!

—¿Y cómo? —diréis—. Suponiendo que pagase yo mucho más cara la confección que compro en una tienda, ¿estaría segura de que la obrera a quien paga el patrono había de estar mejor retribuída? Es posible que sí, y es posible que no; eso dependería de la

conciencia del patrono en cuestión, y, verdaderamente, es arriesgado fiar a la conciencia ajena el bien que nos sentimos obligados a hacer por mano propia. No es ese el remedio, en realidad; ese sería fácil si fuera eficaz. El verdadero remedio es un poco más difícil, pero un poco más barato. Váyase lo uno por lo otro. ¡Mujeres ricas, mujeres que tenéis dinero y tiempo sobrante para mejorar la condición y la suerte de vuestras hermanas, no necesitáis pagar más caro el producto de su trabajo, que vosotras utilizáis; necesitáis únicamente trabajar vosotras un poco en favor de las que tanto se esfuerzan, estudiar la cuestión, pensar sobre ella, y organizar...

Organizar... Precisamente, la mujer española —como todas las mujeres del mundo— tiene un formidable instinto de organización; hasta la fecha no ha solido emplearle mas que en organizar fiestas de caridad o funciones de iglesia, con gran desesperación de los amigos a quienes «sablea», y de los pobrecitos curas, a quienes revuelve la iglesia y achicharra un poquito la sangre. A veces, organiza también Catecismos y escuelas dominicales, con no gran conocimiento de la Doctrina cristiana ni de la Pedagogía, y casa parejas de ocasión, que bien pudieran quedarse sin casar, porque hay lazos que es mucho más misericordioso romper que eternizar...; pero, en fin, en todas estas femeninas actividades, la intención es buena, y algo es algo, y ellas demuestran, cuando menos, que la mujer española y cristiana tiene deseo de hacer algo que esté muy bien, y, si más

y mejor no hace, es porque no sabe, y porque a nadie se le ha ocurrido enseñarle el camino.

Ahora bien: en este problema del redimir del hambre y la miseria a la mujer trabajadora hay tres cosas que hacer, y yo espero que ustedes, lectoras mías, van a intentar hacerlas: una de ellas es, digamos «ideal», de resultado cierto, pero un poco lejano; otras dos son, digamos, «materiales», de resultado inmediato, aunque no tan profundamente beneficiosas como la primera. Son ellas:

Primera. Despertar en las obreras el sentimiento de solidaridad. Hacerles ver que sufren la explotación inicua de que son objeto un poco por su culpa. Inclinarles a formar Sindicatos y a conseguir, por medio de una acción común y decidida, el aumento general de jornales. Esta, como digo, es obra de educación lenta y progresiva. La idea «sindicalista»; la idea de la unión, de la fuerza irresistible de la cooperación, que ha ganado casi por completo a los trabajadores hombres, aun apenas comienza a alborear en los cerebros femeninos. La mujer es tremendamente individualista, ustedes lo saben bien, señoras mías, y un poco demasiado exclusivista. Es natural: ha vivido siempre tan encerrada, tan apartada del mundo y de la vida, que no ha podido aprender, como el hombre, las grandes lecciones de la fraternidad humana. Vive para sí y para los suyos, y muere por los suyos heroicamente; pero su heroísmo no suele traspasar las puertas de su propio hogar. ¡Mujeres ricas, de entendimiento y de comprensión, esta

tarea es la de ustedes! Maestras, escritoras, proclamen ustedes en el libro, en el periódico, en la escuela, en las Casas del Pueblo, en la conversación, este evangelio de la solidaridad femenina. En esas escuelas dominicales que fundan ustedes con tan buen propósito, no enseñen ustedes el deber de la resignación, sino el conocimiento del derecho. ¡No digan ustedes a la mujer pobre que ha nacido para sufrir miseria y que debe resignarse con ella y con la limosna que ustedes le den! Díganle ustedes que tiene derecho a vivir de su trabajo, y que, para lograr que su trabajo le gane la vida, es preciso que se una a todas cuantas trabajan con ella. ¡Hagan ustedes esto, mujeres que con tanta elocuencia saben ustedes defender hasta las malas causas; háganlo ustedes, por el amor de Dios!

Segunda. Fundar almacenes en los cuales se vendan los objetos confeccionados por las obreras al mismo precio que en las tiendas; pero en los cuales, como no tiene que ganar el vendedor, se puede pagar a la obrera un jornal razonable. Esto es eficacísimo: obra de caridad excelsa que recomiendo a las mujeres que tienen mucho tiempo libre y un poco de dinero que emplear —y que rescatar, desde luego— en la compra inicial de materiales, en el alquiler de la tienda, en el jornal, también razonable, de las encargadas del despacho. Algo de esto creo que se ha intentado ya en Madrìd, por lo menos en muy pequeña escala; pero de pequeños principios vienen las obras grandes. Pasando por la calle de Tetuán vi una vez

una tienda en que había ropas confeccionadas y algunos encajes; dijéronme, si mal no recuerdo, que era una reunión de mujeres que trabajaban y vendían por sí mismas las prendas: después la tienda ha desaparecido de allí y no he podido saber qué ha sido de ella. Pero me complace pensar que existe en la capital de España siquiera un germen de cooperativa de producción femenina. La creación de estos almacenes o despachos remediaría uno de los males del trabajo femenino: la mezquindad insufrible del jornal (1). Quedaría el otro: el trabajo en el domicilio mismo de la obrera, daño, como hemos visto, tan grande para ella como para el consumídor. Este se combate con el medio tercero; a saber: la creación de talleres donde puedan ir a trabajar las obreras. Claro que esto, intentado en grande, desde luego, supondría arriesgar un capital, que bien pudiera perderse por falta de buena administración; pero ¿por qué no empezar en pequeño, mujeres, las que estáis deseosas de hacer bien? Reuniéndoos unas cuantas, bien se puede alquilar un local no muy grande, donde puedan trabajar en paz, con luz, con sol, con aire puro, libres

(1) Estos almacenes existen ya en distintos países. En París, el primero que se fundó fué «L'Entr'Aide», fundado por Mme. Duchene en 1809, en l'avenue Emile Zola, 112. Esta señora puso al servicio de la obra dinero, mucho tiempo, orden, inteligencia y aptitudes comerciales «que —dice Mme. Compain, de uno de cuyos libros tomo estos datos— hacen pensar en las de los grandes cooperadores socialistas». La obra intenta resolver el problema urgente y difícil de pagar a la obrera convenientemente, sin vender más caro que el gran almacén.

de la angustia de la casa pobre unas cuantas obreras: doce, veinte al principio. El caso es empezar; el caso es sembrar, que, como dice el poeta oriental, ninguna semilla se pierde. Un taller de costura, un taller de bordado, de encaje, hasta para las mismas obreras que trabajan para las tiendas; y en el mismo taller, un rincón con unos cuantos libros, con unos cuantos periódicos, con una mesa y media docena de sillones de mimbre, para que las obreras pudieran tener un momento de descanso, de asueto, de comodidad. Todo eso os sobra en vuestras casas. ¿Por qué no darlo inteligentemente? Y, además, alguna buena palabra, un consejo, una conferencia, una charla cordial de cuando en cuando, que despertase el pensamiento de esas pobres mujeres, que, queráis o no, son tan mujeres como vosotras y tienen tanto derecho como vosotras a un poco de felicidad.

¿Pensaréis en esto? ¿Intentaréis algo de esto, mujeres ricas y generosas, en el otoño próximo, a vuestra vuelta a la ciudad, después de estas largas semanas de ocio elegante, de diversión casi continua? Sí; lo haréis por espíritu de caridad, por solidaridad femenina, por hambre y sed de justicia. Acordaos de lo que otras veces os he dicho respecto a los deberes que impone el privilegio; tenéis que rescatar lo injustificado de vuestra riqueza... No olvidéis las palabras de Cristo: «Es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos...»; y aquellas otras: «¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos!» Esto quiere decir que sólo el ejer-

cicio de la justicia puede calmar la sed inextinguible del corazón, esa ansiedad de no sabemos qué, que todos, cuál más, cuál menos, llevamos dentro, y que, ciegos, intentamos aplacar con felicidades exteriores y goces aparentes, que nada nos sirven, en resumidas cuentas..., como ustedes, señoras que este verano se han aburrido tanto divirtiéndose, saben más que de sobra.

XVIII

CHARLA INCOHERENTE SOBRE LA DIVERSIÓN, LA EMOCIÓN, EL ABURRIMIENTO Y OTRAS FRIVOLIDADES MUY IMPORTANTES

Señoras mías: Hablaba a ustedes de pasada en mi última carta de la posibilidad de aburrirse divirtiéndose. ¿Quiéren ustedes que hablemos hoy un poco más despacio de lo que bien pudiera llamarse *el tormento de la diversión?*

En primer lugar, piensen ustedes en lo que significa realmente esta palabra: «Diversión». Significa variación, cambio, apartarse un momento del camino que se va siguiendo, echarse a un lado, indudablemente, para descansar.

Para descansar, no hay que olvidar esto: para descansar de algo que anteriormente se ha venido haciendo. Divertirse es apartarse de lo acostumbrado: trabajo, preocupación, esfuerzo, fatiga. De este apartamiento, que es diversidad, nace el valor único de la diversión: reposo por el cambio. Así, una ocupación puede ser descanso y diversión de otra; así

el trabajador manual puede divertirse una hora estudiando, y el estudiante puede encontrar reposo una hora labrando la tierra; así, el pensador puede descansar en breve rato de conversación frívola; así, el actor o el orador, el polemista o el maestro, descansan en el solemne silencio del campo. No hay diversión universal, no hay forma *artificial* de reposo que para todos sirva, porque cada distinta actividad reclama como alivio una actividad diferente; sólo el sueño, descanso *natural*, es eficaz para todos. Dormida o viajera, el alma, que es la que mueve el cuerpo a trabajar, cada porción del cuerpo toma, mientras ella se calla, la parte de descanso que ha menester, y, observen ustedes, que, en cuanto ha reposado lo bastante, no hay forma humana de obligar al cuerpo a que siga durmiendo. Sin sueño, es decir, sin necesidad absoluta, no es posible dormir. Tomemos ejemplo de esta lección que nos da la naturaleza.

¿Qué dirían ustedes de un ser humano que hubiese decidido hacer del sueño fin exclusivo de su vida? Llamaríanle ustedes, cuando menos, loco. Pues no es menos completa la locura de las mujeres que imaginan que el único fin de su vida es la diversión. Vidas extrañas y desconcertantes, que mueven a lástima y a risa al mismo tiempo, las de esas infelices que se levantan tarde; que pasan la mañana acicalándose o preparando trapos; que, después de almorzar, esperan bostezando la hora del visiteo abrumador o del paseo elegante; que acaban el paseo o la

visita en el *vermouth* de un *cine;* que cambian de traje para cenar, que gastan la velada en la melancólica y malsana excitación del *bridge* o del tresillo, o en la comida de etiqueta, o en tertulia otra vez, o en el teatro; que en los breves intermedios de tocador y callejeo se acuerdan acaso de que saben leer, y toman en la mano un periódico o un libro, desde luego novela, y de amor, por supuesto, y con muchísimo diálogo, porque los párrafos largos son muy aburridos...

¡Pobres mujeres, a quienes se oye repetir en una u otra forma, a todas horas, el: ¡Me aburro, me aburro! ¡Ay, qué tarde tan larga! ¡Ay, qué día tan soso! ¿Dónde iremos? ¿Qué haremos? ¡Si no hay dónde ir! ¡Si no dan nada nuevo en los teatros! Me cansa ir a paseo... Me abruma ir de visitas. Pero ¿cómo me quedo yo una tarde en casa? ¡Sola... Dios mío! ¿Qué voy a hacer yo sola? ¿Mirarme al espejo? ¿Ponerle al sombrero negro las plumas blancas, y a la toca blanca las plumas negras? ¿Ver si «saco» al piano el último cuplé? ¡Ay, qué día tan interminable!

¡Desdichadas mujeres! Siempre anhelando algo exterior, siempre clamando por algo que, viniendo de fuera, venga a sacarles de sí mismas. Porque esa es la horrible explicación de todo: no tienen nada que decirse a sí mismas, no pueden ser para sí mismas compañía. Cuando alguien no les habla desde fuera, dentro de su alma reina el silencio absoluto...

Hay dos frases, y de dos sabios, y de dos obispos,

el uno de ellos santo por añadidura, que definen este horrible mal. Dice Bossuet: «El tedio es el fondo inexorable del alma humana». Dice San Francisco de Sales: «Nunca estamos en paz mas que cuando estamos lejos de nosotros mismos». Estas dos frases serían desoladoras si fuesen ciertas; afortunadamente, tomadas en sentido universal, no lo son; pero están escritas precisamente en Francia, en el siglo del tedio infinito..., es decir, en el siglo de la inacabable diversión, para hablar a mundanos que no cesaban nunca de divertirse. La corte del Rey Sol, ¿quién no ha oído hablar de eso? Las fiestas de Versalles, las grandes comidas, los bailes, las cacerías, los *ballets*, las iluminaciones en los parques, la noche rota por el radiante y ruidoso arabesco de los maravillosos fuegos artificiales, los amoríos y las intrigas, el teatro y la música, la elegante licencia en los hechos, la elegantísima afectación en las palabras. Y, sin embargo, Bossuet, obispo de corte, predicador de corte, confesor de corte, dice a los cortesanos y cortesanas, para consolarles un poco, elevando a grandeza de ley universal la llaga especial de sus dañados corazones: «El tedio es el fondo inexorable del alma humana». Sí, para los que, trocando medios en fines, hacen fin de la vida de la diversión, que debe ser, sencillamente, puerto de reposo. No, para los que han hecho de su vida su huerto y le labran con sudor y fatiga antes de sentarse a la sombra del árbol que ellos mismos han plantado.

«Nunca estamos en paz mas que cuando estamos

lejos de nosotros mismos.» Es cierto, sí, cuando nada tenemos que decirnos, porque no somos nada y no sabemos nada. ¡No lo es cuando el pensamiento es abeja que de todas las flores puede sacar miel; no, cuando el recuerdo puede recrearse en horas de actividad que han dado fruto, en esperanzas del bien que estemos decididos a hacer, en inquietudes, en preocupaciones de fin noble o siqaiera útil, en emociones de piedad humana o de divino amor, que viene a ser lo mismo. En paz estaremos, más en paz que nunca, dentro de nosotros mismos, en íntima comunión con nosotros mismos cuando a nosotros mismos podamos traer el mundo de tal modo que nada de cuanto en él suceda podamos tenerlo por ajeno o distante... En paz, lo cual no quiere decir en inactividad ni en reposo; no por cierto: la paz es todo lo contrario de la inacción, como que es precisamente actividad ordenada en justicia.

¡La diversión! ¡Si después de tanto suspirar por ella, las que viven en ella lograsen divertirse con ella! Pero no hay que pensar en eso. Fiestas, bailes, banquetes, que al que pasa y mira parecen tan brillantes y tan diferentes, cuando se ha sido actor en más de seis, ya todos son iguales. Terrazas y salones de casinos, *halls* de grandes hoteles, palacios de cristal en las playas..., ruido y luz... Pero la luz es de los reflectores eléctricos, y el ruido le hacen los tziganos con sus cimbalones y sus violines, y los camareros dejando la plata sobre el cristal y haciendo saltar los corchos del Champagne..., y están pa-

gados para hacerle, y los privilegiados de la vida, que están sentados a las mesas, escuchando el ruido y dejándose servir, además de pagar, suelen tener el gesto avinagrado, y es que, a su parecer, la alegría está siempre sentada en la mesa de enfrente...

Y la alegría no está en ninguna parte o está en todas, porque la alegría es tesoro del alma, y va, sencillamente dondequiera que va el que la posee. Pero no es don gratuito, sino premio ganado. Y no cae del cielo sino para los que han ahondado mucho, cavando por hallarla, en la tierra..., que estaba muy dura y unos días helada por la escarcha y otros abrasada por el sol.

¿Oís aquella risa que no suena a artificio ni a alcohol, que es risa de verdad, sin sentido y sin hiel? Pues, sin duda, es de alguien que no está acostumbrado a la fiesta, y que, después de haber trabajado mucho, ha entrado en ella por casualidad y en ella descansa y se divierte.

Sí, sí, señoras mías, y ustedes lo saben tanto como yo: mentira la fiesta, mentira la elegancia, mentira el ruido, mentira la risa y la galantería y la murmuración... Mentira y tedio, excitación vana, sin objeto y sin satisfacción posible... Tedio, tedio, tedio. Lo saben ustedes, a sí mismas se lo han dicho ustedes infinitas veces. Entonces, ¿por qué ir en busca de lo que tan de poco nos sirve? Sencillamente, porque mucho más horrible que el tedio con ruido exterior es el vacío con interior silencio. ¡El vacío, el vació! Ese es el gusano roedor. Porque en el corazón hay

una ansiedad inagotable, porque en el pensamiento hay una sed inextinguible, porque todas las fuerzas del cuerpo y del alma piden en qué emplearse, ¡y no tenemos nada con que acallar su grito! Y para intentarlo vamos en busca de excitaciones malsanas, que no hacen otra cosa que aumentar la inquietud... ¡Fuerzas perdidas, potencia malgastada, agua estancada que a sí misma se envenena y corrompe! Ustedes, muriéndose de tedio por no saber qué hacer, y entretanto, en el mundo, tantas cosas que debieran hacerse y que no encuentran quien las haga! ¡Tantos males que claman por remedio urgente! ¡Tantas llagas sociales que únicamente manos de mujer podrían remediar! ¡Toda esa sacratísima fuerza de amor, capaz de mover mundos, malgastada en flirteos de casino! ¡Todo ese formidable poder de insinuación y sugestión, envilecido en luchas de rivalidad necia! ¡Toda esa natural elocuencia, que pudiera y debiera elevarse contra el inicuo imperio de la injusticia, perdida en la insulsez de la murmuración! ¿Y para eso ha salido la luna esta noche, e inunda el mar de plata? ¡Ay, emoción perdida, la que acaso suscite su contemplación, si no sacamos de ella aumentada riqueza para nuestra vida!

Porque hay que aprender esto: toda emoción es una «visitación», en el sentido místico de la palabra; es decir, un llamamiento que Dios hace al alma para despertarla del sueño de lo acostumbrado, y sacarla del calabozo de la rutina al aire libre de la verdad. Toda emoción es una inspiración, un soplo de lo alto, que

nos solicita, que nos empuja a subir a la cumbre de la montaña; y es encenegar este don que Dios hace al alma, aplicarle a cosas indignas, inútiles, bajas o de dudosa ley. Hay que aprender a aprovechar el tesoro; hay que responder leal y prontamente al lla mamiento. Estamos obligados a transformar, por alquimia de la voluntad, cada emoción que pasa en acción que queda. Esa ola de calor generoso que, saliendo del corazón, sube hasta los labios, ¿por què no aprovecharla en decir una buena palabra, en acabar con una mentira, en destruir una rutina o un prejuicio?

Los hombres tenemos la mala costumbre de avergonzarnos de nuestras emociones, y es sencillamente, porque no estamos habituados a hacerlas servir de impulso para buenas obras. Ustedes, mujeres, aun pueden permitirse en este mundo escéptico el lujo de afirmar el entusiasmo como fuerza de vida. Todo es recién nacido para ustedes, puesto que el mundo las està esperando. En esta primera salida que se disponeu ustedes a hacer, damas andantes, contra la injusticia, no se avergüencen ustedes de sentir muy hondo. Pero aprovechen ustedes el sentimiento, no como portillo de flaqueza, sino como fuente de energía. Cuando el corazón clame ansiedad, acállenla ustedes con caridad intensa; cuando la imaginación afirme su inquietud, denle ustedes por alimento la generosa indignación contra los crímenes de lesa humanidad que en nombre de la civilización se cometen; cuando la curiosidad pida noticias, corran ustedes, por satisfacerla, al jardín de

la sabiduría; cuando el espíritu crítico, que no es sino una forma constructiva, a su modo, de la inteligencia, les hostigue un poco, pesen ustedes y midan, no lo que hizo Fulano, o lo que tal vez ha dicho Fulana, sino lo que sería bien que todos hiciésemos para vivir un poco más en paz. De este modo, yo aseguro a ustedes que nunca ha de faltarles conversación consigo mismas..., ni con los demás, de cuando en cuando.

Y esto no quiere decir, naturalmente, que en la vida todo haya de ser austeridad, estudio, meditación, acción altruísta, apasionada lucha contra el mal en todas sus formas. Quiere decir, ni más ni menos, que es preciso, para que la vida merezca nombre de tal, que haya en ella algo de todo esto. Que es absolutamente necesaria la fatiga del pensamiento para que pueda haber goce en el descanso de no pensar; que es preciso haber estudiado lo suficiente para encontrar diversión real en olvidar la atenciòn del estudio en la frivolidad de un cotillón, como es preciso haberse cansado siquiera levemente para ambicionar el descanso, y haber estado despierto para disfrutar y desear el sueño, y tener sed para que sepa bien el agua, y hambre para sentir placer en calmarla con un buen pedazo de pan. Piénsenlo ustedes bien: la actividad, un poco austera, que les predico, es, después de todo, un cálculo excelente. Estarán ustedes muchísimo más divertidas en cuanto no se empeñen ustedes en divertirse tanto. «El placer, cuanto màs escaso, màs deleitoso», ha dicho Epicteto. Y esta sentencia antigua no se ha hecho vieja todavía.

XIX

PARA LAS QUE NUNCA SE DIVIERTEN

Pienso que, después de leer mi carta anterior, no pocas mujeres habrán dejado caer el papel con un gesto de amargura rebelde, diciendo: «¡Esta carta no es para nosotras! Diversión constante..., casinos, salones, conversación frívola a la orilla del mar, visitas, teatros... ¿Pero todo eso existe fuera de las novelas? Porque, para nosotras, la vida es trabajo constante e inacabable preocupación, augustia unas veces, resignación las más, o indiferencia... Hay tedio en nuestro días, ciertamente; tanto tedio y tan hondo y desolador como en la dorada existencia de la más divertida mundana; pero este tedio nuestro ¡va tejido con hebras de lana tan áspera, tan burda, tan feamente gris!...»

—Yo —dice una— tengo apenas treinta años y tengo cinco hijos, y a fuerza de tenerlos y criarlos, casi he perdido la forma de mujer, y mi marido no hace caso de mí, y, además, gana poco dinero... y la vida es tan cara...; y un hombre no puede prescindir del café y el cigarro y el abono a los toros..., y,

naturalmente, con el poco dinero que queda no es posible tener un hogar agradable; ¡estos chiquillos rompen tantas botas!; y hace frío de noche, porque el carbón para una estufa es artículo mucho más de lujo, aunque no más caro que una cajetilla diaria; y como hace frío, este hombre se va, y yo me quedo sola..., y me divierto en quemarme los ojos sobre la costura, o me voy a la cama, a dormir, si el chiquillo más pequeño me deja... Mañana, al despertar, ¡un día más!, volveré a devanar este ovillo... ¡Yo sí que sé de sobra lo que es tedio!

—Yo —dice otra— tengo veintitrés años, y soy bonita, y he ido al colegio, y hasta, cuando era chica, me dió por estudiar más que otras. Así es que ahora me gano la vida, o parte de la vida, dando lecciones de francés y labores. Paso el día corriendo calles, con frío, y con calor, y con agua, y con viento, y subiendo escaleras, y tratando con chiquillas mimadas y con madres ricas e impertinentes..., y vuelvo a casa a la hora de cenar. Vivo con mi padre, y mi madre, y tres hermanos, que están estudiando cada uno su carrera, y no la acaban nunca, y le dan a mi padre muchísimos disgustos..., y no ganan un real. Pero cuando acabamos de cenar, ellos se levantan y se van... no sé dónde, con los amigos, dicen, o al café o al teatro. Muchas veces hablan, mientras cenamos, de comedias que se han estrenado, y del teatro Real, y de bailarinas y de cupletistas. Mi padre también sale algunas noches; otras hace pitillos o solitarios, y mi madre repasa la ropa...

y yo... yo bien quisiera tener la fuerza de voluntad suficiente para coger también el llavín y marcharme con unas cuantas amigas a hablar... del tiempo que hace, o a ver una comedia, o a oir un poco de música alegre; pero, ¿qué cara pondría mi madre, si me oyese indicar tal desvarío? ¡El llavín una chica soltera! ¡Salir de noche, lo mismo que un hombre! Sin duda, piensa que, como me he pasado el día trabajando, debo estar muy cansada, y mi único deseo debe ser el de acostarme cuanto antes. Otra cosa sería si, como mis hermanos, hubiese pasado la mañana en buscar pretextos para no entrar en clase, y la tarde comentando, en la mesa del café, las delicias de no haber entrado... En fin, durmamos, que mañana, si no he dormido bien, tendré un poco de dolor de cabeza, y me parecerán insoportables mis discípulas, y aborrecibles sus elegantísimas mamás. ¡Diversión! Ya saldré el domingo a dar vueltas de noria por el paseo, lleno de polvo,..; pero ¡me da tanto asco llevar todo el año el mismo sombrero! —Buenas noches, padre. Buenas noches, mamá—. ¿Es posible que esta madre, que tanto me quiere, haya visto marcharse a sus tres hijos, y no piense que yo, su hija, después de todo, tan carne y sangre suya como ellos, tengo, por lo menos, tanta necesidad como ellos de un poco de alegría para poder vivi? —Buenas noches, mamá. —Buenas noches, hija, ¿Ya te vas a la cama? Que no te estés leyendo hasta las mìl y tantas, que mañana tienes que madrugar.,. —Es verdad, tengo que madrugar... Mis

hermanos, como no pensarán entrar en clase, puede que no madruguen, y puede que mi madre, que habrá madrugado tanto como yo, aunque las mañanas están frías y ella tiene reúma, les entre el desayuno a la cama... ¡Apaguemos la luz, que cuesta cara!

—Yo —dice otra— tengo treinta y cinco años, y ni me he casado, ni ya me casaré; porque el hombre a quien quise y pensé que me quería, se casó con otra más rica, o más bonita, o con más gancho para convencerle, y yo soy tan tonta, que no sé si le sigo queriendo, o si me he quedado tan harta de querer, que no he tenido arranque para querer a otro. No soy pobre de solemnidad, no tengo que ganarme la vida; pero no soy rica, y no puedo hacer vida de sociedad; mi madre está cansada; mi padre es viejo, ya no trabaja, ya no le gusta salir de casa... Aquí vivimos como en un convento... Algunas veces pienso: ¡Qué largos son los días! A veces, mirándome al espejo y viendo algunas canas en las sienes ¡Qué corta es la vida! Me aburro mortalmente; y no es que no tenga nada que hacer: tengo que cuidar a mis pobres viejos, que ya van estando un poco achacosos, y que me quieren tanto, que nada les parece bien si no lo he hecho yo misma; tengo que llevar el manejo de casa, procurando estirar este poco dinero para que parezca un poquitillo más; tengo que coser, además de la ropa de casa, mis propios trajes, porque desde chica he tenido maña para arreglar trapos. No me sobra una hora, y, sin embargo, ¡yo sí que sé también lo que es aburrimiento!

Y así tantas: madres de familia con poco dinero, maestras, empleadas, telegrafistas, mecanógrafas, mujeres, en una palabra, de la clase media, sacrificadas eternamente, eternamente amarradas a un yunque de preocupación y ansiedad. Viviendo en casas tristes y feas, destempladas las más, con balcones a calles más tristes y más feas que la casa misma, rendidas por la escasez, entristecidas por la continuación implacable de la misma visión, de la ocupación monótona, fácil y poco interesante, en la que no es posible, por buena voluntad que se tenga, poner la menor chispa de ideal... Vidas trágicas, de cuyo heroísmo silencioso nadie se entera..., y cuyos sacrificios, por acostumbrados, nadie agradece...

Mujeres, las que así os consumís en la monotonía de una vida más indiferente que resignada, sabed que no tenéis derecho a hacerlo así, y que estáis obligadas, absoluta y estrictamente obligadas, a procurar para vuestra existencia la centella de buena ventura que ha de iluminarla. ¿Cómo?, preguntaréis. Eso iremos viendo.

¿Habéis oído hablar de una curiosa y verdaderamente trágica costumbre china? Ahora empieza para las mujeres del Celeste Imperio, con el triunfo de la recién nacida República, una esperanza de libertad y felicidad. Son —se dice— las mujeres chinas extraordinariamente inteligentes, y los hombres de ideales nuevos parecen decididos a concederles todos sus derechos, incluso el del voto, que por Euro-

pa aun discutimos tanto. Pero, hasta hace muy poco, han sido las mujeres más desdichadas de la tierra. Vendidas desde niñas a un hombre para esposas o para concubinas, entraban, antes de ser mujeres, en la casa del futuro marido..., y algunas no volvían a salir de ella mas que para el sepulcro. Deformados los pies, apenas podían andar; la falta de ejercicio ejercía funesta influencia en su salud, y para ellas, más que para ninguna otra mujer del mundo, eran terribles los sufrimientos físicos de la maternidad. Sujetas, prisioneras, sin esperanza de mejorar de suerte y con inteligencia suficiente para comprender la injusticia..., ¿qué pensáis del tormento de esas vidas? Pero existía, como he dicho ya, una costumbre curiosa: a estas mujeres así atormentadas se les permitía, cuando llegaba la angustia de vivir a punto en que ya la vida les parecía intolerable, retirarse a un lugar apartado, y allí gritar cuanto quisieran, desahogando su dolor a voces, clamando contra lo inevitable, lamentándose de la injustlcia del destino y de la iniquidad de la suerte. Generalmente, elegían para este desesperado consuelo el terrado de su casa o la orilla de un río, y —dice una mujer europea que ha sido testigo presencial del hecho más de una vez— siempre había muchos hombres parados escuchándolas, y nunca ni uno solo se burló de los desesperados clamores de aquellas infelices. Este derecho al clamor dolido, a la rebeldía siquiera verbal, a la protesta apasionada, aunque, al parecer, inútil, acaso ha conservado la razón y la vida a muchas infeli-

ces que, de otro modo, se hubieran vuelto locas o hubiesen llegado al suicidio, seguramente.

Y yo os digo a vosotras, legiones de mujeres sacrificadas a un deber austero, a un trabajo gris, a una mediocridad, acaso más abrumadora que la misma pobreza descarnada; a vosotras, mujeres de la clase media española, atormentadas con tantas inquietudes, tantas preocupaciones, tantos prejuicios y tantas injusticias: ¡Tenéis obligación de buscar modo de desahogar el corazón y libertarle de la pesadumbre de la rebeldía callada, que os está poco a poco envenenando la vida! No es preciso, porque vuestro destino no es inexorable como el suyo, que empleéis el desesperado remedio de las mujeres chinas; pero es indispensable que procuréis, a toda costa, ese mínímum de distracción necesaria, que no debéis considerar sólo como derecho, sino como deber ineludible.

¡Y cómo!, diréis. El divertirse, siquiera sea un poco, cuesta dinero... También cuesta dinero una medicina, y se compra cuando es menester, bajo pena de perder la salud. La salud del espíritu, el equilibrio de la inteligencia, la alegría del corazón son tan importantes como la salud del cuerpo, y conducen a ella por añadidura; una mujer que está siempre preocupada, o siempre triste, o siempre trabajando, no puede estar sana. El cuerpo es tan entrañable amigo del alma, que en todos sus duelos toma parte activa; primero la ayuda a soportar la pesadumbre; pero luego se rinde a la pesadumbre.

Y sin salud, el trabajo es imposible; sin salud es imposible el cumplimiento de los deberes a los cuales la hemos sacrificado. Es buena economía gastar en distracción lo que seguramente más tarde habremos de gastar en la botica o habremos de perder al disminuirse el valor de nuestro trabajo.

Muchachas mecanógrafas: sabed que si estáis escribiendo con cansancio, preocupación o rebeldía, equivocarés tantísimas letras, que acaso el que os emplea os pondrá de patitas en la calle..., o, por lo menos, os rebajará el sueldo, con lo cual mal cálculo habréis hecho en la privación resignada de aquello que os pudo conservar el equilibrio mental necesario para la perfección del trabajo. Maestras: sabed que, si no enseñáis con alegría de corazón, no aprenderán nada vuestras discípulas. Enfermeras pacientes del padre achacoso, consoladoras de la madre cansada, sabed que la alegría de la enfermera es el mejor tónico para el enfermo. Y mal podréis tenerla si no hacéis provisión de ella de cuando en cuando...

Además, hay diversiones que no cuestan gran cosa. De una primordial, esencial, mejor dicho, primera y fundamental entre las humanas, quiero hablaros hoy. Recordad las palabras del filósofo francés: «Nunca el homhre ve al hombre sin placer». Somos seres sociales, organizados para vivir en sociedad. La diversión primaria y más sencilla de todo ser humano es el trato con sus semejantes; es más: casi todas las diversiones artificiales que el hombre inventa, no son mas que pretextos para este inter-

cambio. Sólo la presencia física de un semejante, aunque sea un inferior, aunque sea un niño, consuela y alivia en el dolor, en el temor, en los momentos de esperanza angustiosa o de insondable desesperación. Buscad, pues, mujeres fatigadas, trato y comunicación con otras mujeres, y descansad en el amigable intercambio de ideas y palabras.

¿Recordáis que en la segunda de estas cartas os hablaba de clubs de mujeres? Fundad vosotras, mujeres de la clase media, clubs, o si la palabra os asusta, «reuniones», no ya de sufragio, no ya siquiera de cultura, sino sencillamente de «distracción». (Lo demás vendrá por añadidura.) Lo esencial es que tengáis un lugar «vuestro» que no sea la casa, que no sea el taller, o la oficina, o la escuela, o la tienda; un salón limpio donde podáis olvidaros una hora al día de la obligación, hablando unas con otras, leyendo periódicos o libros, según vuestra afición; haciendo algo de música seria o ligera, según vuestra cultura y vuestro estado de ánimo; bailando, si os parece (las muchachas de Norte América se hacen para estas fiestas entre amigas trajes de ultima moda con papel de seda, para darse la broma y la ilusión de una mundana reunión elegante), donde podáis, como los hombres, permitiros el lujo de una taza de café... y muchisima conversación, de un asiento cómodo, de recibir las visitas de amigas, que tal vez en casa molestan al marido un poco egoísta, a la madre cansada y ansiosa de silencio, al padre achacoso o malhumorado. Clubs de veinte, de doce asociadas; el

caso es empezar; nna cuota mensual para alquilar un piso modesto, pero nuevo, para pagar a la mujer que haga la limpieza, para tener lumbre en el invierno, para una alfombra, unas cortinas de batista blanca o de cretona alegre, unas cuantas macetas; para pagar el abono a una librería circulante, a unas cuantas revistas y periódicos, de modas, si queréis, o de feminismo, o de economía doméstica, o, sencillamente, de literatnra; para poder tomar dos palcos altos en un teatro, siquiera una o dos veces al mes, para una buena comedia, para un concierto, para organizar también, una o dos veces al mes, una excursión al campo en día de fiesta... En resumen, un rincón *vuestro, vuestro,* lo repito, donde las muy preocupadas puedan hablar en paz de los problemas comunes, donde las muy jóvenes podáis reir sin molestar a las personas demasiado cansadas de la vida para comprender la risa, ya para ellas sfn sentido, de los veinte años; un hogar del espíritu, desde donde poder salir en grupo para escuchar una conferencia o asistir a una clase nocturna, que hablen de cosas muy distintas de vuestra obligación diaria. o para pasear simplemente a la luz de la luna. Todo esto lo tienen en las Casas del Pueblo las mujeres del pueblo. ¿Por qué no habéis de tenerlo vosotras también, mujeres de la clase media, eterna y neciamente sacrificadas? A todo esto, que os daría con toda inocencia descanso y alegría, tenéis perfectísimo derecho; es más, ya os lo he dicho: tenéis obligación de procuráros lo. No ofendéis a nadie con

ello, y nadie os puede impedir que lo hagáis. Decidíos a hacerlo con firmeza. Obligad con firmeza y cariño al marido, a la madre, al padre, a reconoceros este derecho. Defendedle y logradle, porque con él defendéis vuestra salud, que debe ser, para los que os quieren, tan preciosa como para vosotras su bienestar. Una vez más, mujeres españolas, no hagáis sacrificios inútiles, que nadie os agradece y a nadie aprovechan.

XX

CARIDAD SOCIAL. LA PROTECCIÓN AL TRABAJO DE LA MUJER

Hablaba a ustedes, señoras mías, en una de mis últimas cartas, del deber en que las mujeres de posición social desahogada están de ayudar a sus hermanas, las que trabajan para ganarse la vida, no con limosnas que humillan y en cierto modo pervierten, sino con auxilio eficaz contra la rapacidad y dureza de corazón de los que, en beneficio propio, explotan ese trabajo; hablaba a ustedes de talleres, de sindicatos obreros, de despachos para la venta de objetos confeccionados..., de una tiendecita, vista al pasar en una calle pobre de Madrid, y después desaparecida. Aquella alusión me ha valido una carta de una dama ilustre, que agradezco en el alma, y copio para ustedes. Dice así:

«¿Me permite usted colaborar en su «buena obra» dándole algunos datos sobre una institución cuyas bases coinciden perfectamente con el pensamiento de usted?

»*La Protección al Trabajo de la Mujer*, que

así se llama la institución que instaló la tiendecita de la calle de Tetuán, fué fundada hace tres años por la marquesa de Unzá del Valle, como sección de la Unión de Damas Españolas, y fueron alma de ella, comprendiendo la idea de la presidenta, y poniéndola en práctica, las señoritas Concha Figueras y María Perales, y la señora doña Blanca Chao de Romea. Es precisamente el objeto primordial de esta institución evitar en lo posible la explotación de la obrera, que usted describe exactamente.

»Se tiene un número de ellas, el que permiten los fondos, y vendiendo la labor al precio de las tiendas como no se busca el lucro, puede pagárseles un jornal superior al que dan en aquéllas. La institución está en contacto con las obreras y las atiende en sus enfermedades.

»Esto en cuanto al trabajo hecho por cuenta de *La Protección al Trabajo de la Mujer*; pero hay en ella un doble aspecto no menos simpático. Existen en Madrid multitud de señoras y señoritas de la clase media pobre, la más desprovista de socorro precisamente, que necesitan vivir de su trabajo; que por pudor de clase no lo pueden solicitar de tienda en tienda, ni salir de su casa a trabajar. A éstas se les admiten en depósito las labores que quieran llevar, se exponen, y si se venden, se les descuenta del total de la venta una pequeñísima comisión para el sostenimiento de dos o tres dependientas, que también son personas necesitadas.

»La tiendecita nació, como usted recuerda muy bien, en la calle de Tetuán, y se iba sostenieudo. Después se trasladó al edificio del Príncipe Alfonso (calle de Génova). Ultimamente, por dificultades de administración, se rescindió el contrato, y la tienda se trasladará este otoño a otro local. ¿Prosperará en él? Depende del público, de las señoras de Madrid.

»Hay, desgraciadamente, mucho de lo que usted dice: se da limosna, pero no se entiende que la caridad pueda intervenir en una compra, y hasta se encuentra cursi nuestra tiendecita, porque se admite en ella toda labor que lleva una mujer necesitada, dejando a las compradoras la selección, según su gusto más o menos refinado. Muchas señoras de la buena sociedad conocen la tienda, alaban la obra..., pero prefieren comprar en tiendas que pueden costear un local mejor, en perjuicio de los jornales. Contra esta rutina hay que pelear mucho, y poco a poco. ¿Usted quiere ayudarnos, hablando del asunto en su próxima carta? El momento es oportuno, porque precisamente tenemos anunciado un concurso, cuya circular le remito.»

La circular en cuestión es un llamamiento a las señoritas que, no estando obligadas a trabajar porque su posición es desahogada, pero sabiendo hacer labores primorosas —como saben la generalidad de las españolas—, quieran contribuir con su esfuerzo al benéfico fin de esta obra femenina. Trátase de organizar una exposición de labores, con la cual se inau-

gurará la tienda nueva, para llamar al público con el señuelo de esta novedad y enseñar el camino a las futuras compradoras.

Lo que produzca la venta de estas labores constituirá un fondo que permita a *La Protección al Trabajo de la Mujer* organizar su nuevo local de modo decoroso y eficaz en lo posible.

Yà lo saben ustedes, pues, señoritas españolas, las de manos de hada primorosas y ágiles: encajes, bordados, labores de todas clases, distracción para un rato de tedio, que pueden servir para una buena obra; trabajen ustedes unos cuantos días por amor a las que ni uno solo pueden dejar de trabajar; hagan ustedes muravillas con el hilo y la seda; edifiquen, como saben hacerlo, maravillosos jardines artificiales sobre raso y batista, nubes de encaje, espumas de blanca, bordada, calada muselina; nunca pudieron ustedes soñar mejor empleo para esta labor de araña artista y sabia, que es tan característica de la mujer española. Yo he corrido un poco de mundo, he visitado las escuelas profesionales de labores de las principales capitales de Europa, y en casi todas he echado de menos el primor exquisito de la mano de obra de la mujer española: aquellas maravillas de bordado y encaje que, como cosa corriente, y sin gran pretensión de mérito, había visto desde mi infancia entre las manos de las modestas mujercitas de mi tierra. El bordado español, por lo poco que de él sabe el mundo, tiene fama en el mundo. Aprovechen ustedes este don para una buena obra; borden uste-

des y trencen los bolillos de encaje, esta vez por el amor de Dios, por el amor de sus hermanas, las que nunca descansan.

Esto, las niñas, las muchachas jóvenes, las que aun no tienen el poder de comprar; las señoras, después, las compradoras, las que llenan los almacenes caros y sostienen con su clientela las tiendas de lujo, vengan a hacer compras y encargos a la tienda humilde, donde el producto del trabajo es para la mano que trabajó. Pero no vengan a ella en busca de gangas; no hace esta institución una competencia desleal al comercio; no vende más barato, vende con mejor fin. Si encontraran ustedes en ella lo que han de comprar a mitad de precio, la ganancia sería para ustedes, no para la obrera. «Hasta ahora —dice una de las damas que forman la Junta de esta institución a la cual he pedido datos acerca de su funcionamiento—; hasta ahora el público no ha comprendido la índole de la exposición, y cree que, por tratarse de una tiemda *cuyo dueño* no hace negocio con la venta, debe encontrar en ella las cosas casi de balde, sin comprender que, en ese caso, nuestra obra sería de protección al consumidor, y no a la obrera. Percátense las señoras de que nuestra exposición no es una *tienda de gangas*, sino un centro donde se compra a los precios corrientes, pero donde *se paga a la obrera lo que su trabajo merece,* evitando que un patrono la explote, y obligándole a que pague el trabajo como es debido, pues de lo contrario las obrerus no trabajarán para él desde el momento

en que pueden acudir a un centro que les paga como debe pagarse.»

De esto se trata: de que pueda existir y prosperar ese centro; de que haya en Madrid, y luego en todas las capitales de provincia españolas, una cooperatíva de producción, un centro de trabajo, cada día más próspero, donde acudan, no sólo las mujeres desdichadas y tímidas que, obligadas a ganarse la vida, no quieren dar su nombre y ofrecen su labor con vergüenza, sino las verdaderas profesionales y especialistas del trabajo femenino, las que saben su oficio perfectamente, las que pueden responder a las más minuciosas exigencias de la clientela más delicada, y, sin embargo, no quieren dejarse explotar por el patrono.

Acudan, pues, a *La Protección al Trabajo dè la Mujer* productoras y consumidoras: las productoras hábiles, con el santo orgullo de su habilidad superior, para lograr con ella que prospere la institución que ha de ayudar a sus hermanas desvalidas; no crean que la institución pretende hacerles una limosna: les cobra del producto de las ventas un cinco por ciento, cantidad insignificante, es cierto, pero que les da la satisfacción y el orgullo legítimo de haber contribuído a sostener la obra; bien pueden ellas, voluntariamente, dejar algo más, si el corazón les inclina a ello. Las productoras modestas acudan también sin rubor, que en la vida hace falta labor de todas clases, y no hay vergüenza en trabajar, por poco que se sepa, y en vivir del producto del traba-

jo; además, la costumbre de trabajar irá perfeccionando la obra.

Acudan las consumidoras con decidido espíritu de solidaridad femenina; piensen que es un crimen contribuir con la compra inconsciente y sin discernimiento a la obra de iniquidad que se comete contra la mujer que trabaja; piensen que la solución de uno de los más tremendos problemas sociales está en su mano. Las mujeres son el *poder comprador* del mundo; casi todo el dinero que alimenta el comercio pasa por sus manos, puesto que ellas compran, no sólo cuanto necesitan personalmente, sino en general cuanto necesitan sus hijos, sus maridos, sus padres, sus hermanos, cuanto ha menester el hogar en que viven. Es preciso que se den cuenta de esto, que comprendan que los abusos del comercio, las explotaciones de la industria, las falsificaciones y adulteraciones de los géneros, toda la iniquidad del tráfico, en una palabra, es mal que subsiste porque ellas quieren. El poder de comprar lleva consigo el poder de *obligar* al que vende. Decídanse, pues, a hacer sus compras únicamente en establecimientos, en tiendas, en centros donde no estén seguras de que no favorecen con su clientela algún crimen de lesa humanidad. No se trata de arruinar a nadie; no se trata con estas instituciones de caridad social —tanto valdría decir de justicia social, porque caridad y justicia son una misma cosa con dos nombres distintos— de perjudicar a ningún interés creado: se pretende que los intereses de unos no prosperen a

costa de la vida de otros. Justo es y lícito que gane su vida el comerciante vendiendo; pero es absolutamente necesario que quien produce lo que él ha de vender no se gane la muerte a corto plazo para que él viva. Es preciso limitar las ganancias de algunos para que vivan todos; es preciso que para todos haya pan; es preciso que la mujer que se dispone a emplear su dinero en una compra sepa que su dinero va a parar a las manos a quienes pertenece de justicia, a las que se cansaron trabajando para crear lo que ella ha menester.

Piensen ustedes en todo esto; repítanse ustedes esto muy a menudo: «Nosotras somos las consumidoras; nosotras somos la fuerza que alimenta el comercio; nosotras podemos imponer la justicia.» Uno de los males que es preciso destruir a toda costa en el mundo económico es la falta de comunicación entre el productor y el consumidor... en beneficio del intermediario. ¿Querrán ustedes creer que hay mujeres que trabajan en labor de costura, por ejemplo, para las tiendas, y que, por vergüenza de ir a recoger y entregar ellas mismas la labor, pagan a una persona intermediaria el 40 por 100 de su trabajo? ¡El 40 por 100! ¡Cuarenta céntimos de la peseta que les dan por coser una camisa que ha llevado seis horas de trabajo!

Este es un ejemplo en pequeño; pero han de saber ustedes que, en grande, este problema del intermediario (vendedor, acaparador, contratista) es la causa de la mayor parte de la miseria del mundo. A toda

costa hay que acabar con él. En esta pequeña esfera de la labor femenina, señoras españolas, hagan ustedes todo lo que está en su mano; favorezcan ustedes a *La Protección al Trabajo de la Mujer* y a todas las instituciones similares; pónganse ustedes en contacto directo con el que trabaja, no compren ustedes a ciegas, no dilapiden el tesoro que está en sus manos. Mucho más quisiera decirles acerca de esta responsabilidad tremenda, pero el papel se acaba por hoy; otro día será. Sin embargo, no quiero cerrar la carta sin decir el grandísimo consuelo que me causa poder hablar de una buena obra social, femenina, española... Modestamente, en muchos rincones de España hay grupos de mujeres que trabajan por el bien social, preocupadas por estos problemas de justicia humana, alentadas por un divino espíritu de caridad. Poco a poco, si ellas siguen haciéndome la gran merced de hablarme de sus obras y de sus afanes, iremos dándolos a conocer, porque no se crea que estamos tan dejados como parece de la mano de Dios. Y acaso de tanta pequeña obra dispersa pueda formarse una gran federación nacional, activa, entusiasta, que levante en esta pobre Patria, tan comida del hambre y la miseria por el predominio de intereses feamente políticos, la bandera de la justicia.

XXI

IDEALES NUEVOS. CUATRO RETRATOS DE MUJER, POR WALT WHITMAN

Niñas bonitas, las de quince a veinte, las que acaso leéis novelas románticas y aun, de vez en cuando, libros de versos; las que soñáis con pareceros a las heroínas ideales que han ensalzado novelistas y cantado poetas, pensando que la más alta perfección de vuestra feminidad ha de encontrarse, sin duda, en el ideal que de la mujer se han formado las grandes inteligencias masculinas, ¿queréis leer dos páginas en que acaso el más fuerte y más sincero de los poetas modernos glorifica, como ideales y tocadas de poesía altísima, a cuatro mujeres de estos tiempos? Pensando en que acaso pudieran interesaros, he traducido para vosotras los cuatro retratos de Walt Whitman; acaso el ideal de este poeta os sorprenda un poco; no hay en las mujeres a quienes ensalza —mujeres de estos tiempos— fragilidad, palidez, suspiros ni desmayos; hay voluntad, fuerza, lealtad, serenidad y honradez; cualidades de lucha, virtudes para la vida plena y consciente; la mujer moderna ya no es flor de

estufa: es árbol frutal que da flor y fruto en el soleado aire libre del huerto...

Y basta de preámbulo y de interpretación: el gran poeta y gran patriota americano os dirá mncho mejor que yo lo que yo hubiera querido deciros. Escuchadle:

«He visto una mujer joven, americana, una de una numerosa familia de hermanas, que hace algunos años emigró, desde el pobre hogar campesino en que vivía, a una de nuestras ciudades del Norte para ganar el propio sustento. Pronto llegó a ser hábil costurera; pero encontrando este oficio demasiado sedentario para su salud y su bienestar, se lanzó valerosamente a trabajar para casas ajenas en labores de arreglo de casa, de cocina, de limpieza, etc. Después de probar varios empleos, encontró uno completamente de su gusto. Y me ha dicho que no halla en su posición absolutamente nada degradante: el servicio doméstico que practica no es, en modo alguno, incompatible con la dignidad personal, con el propio respeto, con el respeto de los demás. Ella hace beneficios y, en cambio los recibe. Tiene buena salud; su presencia es saludable y fortificante; tiene el caracter firme; se ha hecho comprender por los que la emplean, y conserva su independencia; ha podido ayudar a sus padres y educar y colocar a sus hermanas, y en su vida no faltan ocasiones para el adelanto espiritual, y para mucho amor y felicidad tranquila y gratuita.

»He visto a otra mujer que, por afición y por necesidad a un mismo tiempo, se ha dedicado a los ne-

gocios prácticos: dirige una gran empresa mecánica; trabaja mucho materialmente; se consagra cada día más a una vida realmente laboriosa y dura; no se siente humillada por el contacto con un ambiente rudo; sabe ser firme y silenciosa a un mismo tiempo; sostiene su derecho con invariable serenidad y decoro, y trata a diario, con absoluta competencia, con carpinteros, labradores, marineros y carreteros, maestros en su oficio. Y con todo esto no ha perdido el encanto de la naturaleza femenina, sino que le conserva y sostiene plenamente a través de tan ásperas apariencias.

»Conozco también a la mujer de un obrero mecánico, madre de dos niños, mujer de educación escasa, pero de agudo ingenio, con todas las gracias e intuiciones de su sexo, la cual presenta una personalidad femenina tan noble, que me complazco en registrarla aqní. Nunca ha sacrificado su propia independencia, pero siempre la ha conservado a fuerza de afabilidad: guisa, lava, cría a sus hijos, atiende a su casa y llena todos estos deberes de luz de sol, haciéndolos ilustres. Físicamente sana y bien constituída, amante del trabajo, práctica, sabe, sin embargo, que hay intervalos —aunque sean pocos— que es preciso consagrar al recreo, a la música, al descanso, a la hospitalidad, y busca medios para lograrlos. Haga lo que quiera, esté donde esté, va con ella y se exhala de ella ese encanto, ese indescriptible perfume de genuina feminidad que pertenece de derecho a todo el sexo, y que es, o debiera ser, la in-

variable atmósfera y aureola común de todas las mujeres, jóvenes o viejas.

»Mi madre querida me hablaba a menudo de una resplandeciente mujer, habitante en Long Island, a quien ella había conocido en otro tiempo. Llamábanla todos *la Pacificadora;* tenía cerca de ochenta años, temperamento risueño y feliz; había vivido siempre en una granja, y era muy amiga de sus vecinos, práctica y discreta, invariable y bienvenida favorita de todos, especialmente de las casadas jóvenes. Tenía numerosos hijos y nietos. No había recibido educación, pero poseía dignidad natural. Había llegado a ser tácitamente reconocida por todos como consejera doméstica, juez, componedora de dificultades, pastora y reconciliadora de todo el país comarcano. Causaba alegría sólo mirarla: alta de estatura, fuerte, con pelo abundante, más blanco que la nieve (nunca llevó sombrero o cofia de ninguna clase), con los ojos obscuros, la piel clara, el aliento sano, y peculiarísima atracción personal.

»Ya sé que los cuatro retratos que anteceden se apartan horriblemente de esos otros modelos de personalidad femenina, surtido de caracteres de mujer para los novelistas corrientes o los fabricantes de poemas cortesanos (princesas y damas de esto o de lo otro) que llenan los sueños envidiosos de tantas pobres muchachas, y que también son aceptados por muchos hombres como supremos ideales de excelencia femenina; pero ofrezco estos míos para cambiar un poco.»

Niñas bonitas: para cambiar un poco, los ofrezco yo hoy a vuestra consideración, y me permito añadir, a modo de comentario: Cambian los ideales de feminidad, porque la vida cambia rápidamente; es preciso ajustar nuestros sueños a la realidad, bajo pena de condenarnos a vivir la realidad inevitable, sin el consuelo de vivir soñando. La poesía está sencillamente donde nosotros queramos ponerla. Pongámosla en la vida cotidiana, en el deber cnmplido, en la dificultad vencida. Todas las zarzas de todos los caminos florecen cuando llega el sol de mayo, y el sol de nuestra vida está, ni más ni menos, en la voluntad firme de verle brillar. No hay trabajo abyecto, cuando se realiza con inteligencia y buena voluntad; no hay labor que no pueda dignificarse, cuando se lleva a cabo perfectamente; no hay destino triste, cuando el alma le acepta, no con pasiva resignación, sino con activa fortaleza; hay que construir; todo el que construye, crea, y todo el que crea, es feliz. Dicen que no hay gozo como el de la madre al contemplar al hijo que acaba de dar a luz; nuestras obras son nuestros hijos, y no hay gozo igual al de realizarlas con perfección. La vida cambia, el ideal es otro; y el ideal de la vida nueva, para hombres y mujeres, puede formularse en estas palabras: *¡No hay que sufrir con resignación el destino; hay que crear con energia el destino!*

XXII

GUIA PRUDENTE PARA EL CAMINO NUEVO. EL SOLITARIO DEL HOGAR Y LA MAS EXQUISITA DE LAS AMISTADES

Hoy es mi carta para vosotras, mujeres casi niñas, las de quince a veinte, las que acabáis de salir del umbrío y bien guardado jardín de la infancia, y os encontráis de pronto en el camino de la vida, cara al sol, ansiosas de esperanza, ilusionadas, un poco deslumbradas, queriendo vivir mucho y vivir bien, queriendo ir de prisa, queriendo descubrir por vosotras mismas la clave de los alucinantes y un poco temerosos misterios que guardan el secreto de la felicidad: el amor, el deber, la conciencia, la responsabilidad: el bien y el mal, la pasión gloriosa, la virtud heroica..., queriendo, sobre todo, saber a toda costa para vivir en toda plenitud.

Los muros del huerto familiar ya os parecen, y con razón, estrechos; los mandamientos maternales que protegieron vuestros primeros años se os antojan pueriles; las alas nuevas piden aire libre, y el pensamiento recién libertado de la graciosa fábula

con que intentaron explicaros la vida, clama por el pan sano de la verdad para alimento de la conciencia recién nacida.

Es esta una hora, amigas mías, maravillosa y peligrosa, como todas las horas decisivas; en ella se puede o ganarlo todo o perderlo todo; hay en esta primera salida al mundo dos peligros esenciales: mujercitas tímidas, bien puede asustaros la desnudez austera del camino que veis desde la puerta del jardín; bien puede inspiraros demasiado temor lo duro del andar largamente para llegar a un fin desconocido, la escasez de posadas, el rigor del sol, lo crudo de los vientos y lluvias invernales, la aspereza de los pocos frutos que en zarzas y manzanos silvestres se os han de ir ofreciendo por alimento, la incertidumbre, en fin, de la jornada..., y bien podéis pensar que, estando el jardín en que transcurrieron vuestros primeros años bien guardado por muros... y aun por perro, bien provisto de sombras para templar los rigores del sol, de enarenadas sendas que dan facilidad al caminar, lleno de frutos, ya maduros, que no hay sino alcanzar y comer, no merece la pena de arriesgarse en busca de aventuras... que acaso no existan. En una palabra, y hablando sin metáfora, bien podeis, al decidir la vida, asustaros de toda idea nueva, espantaros ante lo mucho que hay que estudiar para aprender a vivir, ante lo no poco que hay que padecer para cumplir los deberes nuevos, para llegar a ser mujeres útiles y libres, felices con la sana, santa y áspera felicidad del deber

cumplido, de la responsabilidad plenamente aceptada, del amor que da tanto como recibe, de la maternidad consciente y educadora..., y pensando en la cómoda rutina de la vida pasada, bien podéis decidir seguir siendo eternamente niñas, y vender vuestra libertad y aun vuestra alma por un pedazo de pan y un pedazo de ley, que os eviten el deber de encontrar el camino y el de andarle no pocos días con cansancio y desgana. Podéis renunciar a todas las coronas que la vida prepara al vencedor, a trueque de la única guirnalda de rosas de trapo que la tiranía del fuerte, disfrazándose de galantería, pondrá, con sobrada razón, sobre vuestra frente pueril, más como yugo que como gala... y sólo mientras en la frente no haya arrugas. Otro pensamiento pensará por vosotras, otros hombros llevarán la carga de vuestra responsabilidad; ciertamente pasaréis días cómodos, sin nubes de preocupación y sin sudores de cansancio; pero al renunciar a la fatiga habréis renunciado a la esperanza, y la quietud de vuestras horas sin angustia será no pocas veces monotonía y tedio...

Este, es, amigas mías, el peligro más grave en la elección: el dejarse arrastrar por la pereza y fracasar cobardemente en la vida antes de haber empezado a vivir. Pero hay otro: y es la presunción petulante de las alas nuevas, la confianza loca en la propia ilusión, el desdén al jardin que guardó y protegió vuestra infancia. Hay chiquillas valientes y ansiosas de responsabilidad, que al comenzar la vida

pudieran fracasar tan totalmente como sus hermanas las cobardes, no por exceso de osadía —que el atrevimiento en la buena senda no es peligro nunca—, sino por errores de interpretación. El camino que a la inocencia, ilusionada y ansiosa de aventuras, parece tan claro y tan seguro por su fuerte aspereza, por su clara implacable luz de sol, hasta en la escasa y hosca espesura de sus menguadas zarzas tiene emboscadas y peligros; la misma claridad meridiana es ocasionada a deslumbramientos. No existen, es cierto, en gran abundancia los despeñaderos abismáticos de la pasión, tan gratos al romanticismo de las generaciones que nos precedieron: pero es harto posible romperse la cabeza en todo prosaísmo, sobre el más vulgar de los pedruscos, que nunca falta en el más rectilíneo de los senderos. Y es preciso, para evitar en lo posible las funestas consecuencias de los inevitables tropezones, que la mujercita que empieza a vivir cuente con el socorro de una experiencia leal y desapasionada, con el amparo de alguien que, habiendo recorrido el camino, pueda ayudarla a interpretar su fin. Es preciso, para andar el camino recién abierto, un guía prudente. ¿Y dónde está?

Recibo estos días, afortunadamente, unas cuantas cartas de mujer, que son las que me inclinan a escribir, en respuesta, la mía de hoy. Ellas me han dado la visión clara de este peligro segundo. Arrogantes, decididas, bien intencionadas y generosas en su ansia de vivir «eficazmente», las chiquillas que me escriben muestran, en su ambición de hacer bien, un

desdén inevitable, pero que pudiera ser peligroso, hacia el viejo jardín familiar. Dicen unas de un modo y otras de otro: «En mi casa no me entienden». «En mi casa se reirían de mí si dijera esto o lo otro que usted dice.» »Si dijese que quiero estudiar, servir de algo, ganarme la vida como un hombre, me llamarían en mi casa pedante.» «Dicen en mi casa que soy una chiquilla *modernista,* y se burlan de mí.» «¿Qué me aconseja usted?» «¿Qué hago?» «¿A quién acudo?...»

El problema existe: la vida ha cambiado rapidísi mamente para la mujer. Es no ya posible, sino indispensable, vivir de un modo que en nada se parece al modo de vivir de la madre, de la abuela, de la mujer, en una palabra, que haya salido de la infancia hace más de veinte años. En este último cuarto de siglo, la vida, en general, ha sufrido más hondas mudanzas que en los siete siglos anteriores: nuevos problemas económicos y sociales han hecho cambiar de tal modo la interpretación y el sentido de la vida, que ya de las viejas virtudes apenas queda utilizable otra cosa que el fondo de buena voluntad. La moralidad, de pasiva que era, ha debido convertirse en esencialmente activa; ya es más laudable hacer que padecer; ya la resignación hay que sustituirla por la acción, y la paciencia por la eficiencia. Ha adquirido tremendo valor de realidad la parábola de la higuera estéril. El que no produce está fatal e irremisiblemente condenado al fuego. Y en esta obligación de «servir», de «crear», de «construir», no ad-

mite la necesidad moderna excepción de sexo: las mujeres están tan obligadas como los hombres, no por teorías filosóficas, sino por duras leyes de la realidad, a afrontar esta misma realidad serena y valerosamente. ¿Quién les dará la lección de experiencia que han menester?

No ciertamente la madre (hablo en general, porque mujeres excepcionales, capaces de comprender y de sentir fuera de la propia experiencia, siempre las ha habido). La madre vino al mundo y aprendió la vida con un sentido del deber muy distinto del que ha de regir y gobernar la vida de su hija; puede dar a ésta, y le da desde luego, el fundamento de sólida moral, que es indispensable para todas las interpretaciones, para todas las actividades: puede enseñarle lealtad, honradez, caridad, castidad, amor a Dios y al prójimo; puede infundirle la firme voluntad de vivir rectamente; pero no puede, en modo alguno, enseñarle, porque los desconoce (repito que hablo en general), los especiales senderos de la actividad responsable, de la libertad en la acción; no puede explicarle las leyes de la fraternidad trocada en solidaridad, los deberes del patriotismo, las obligaciones para con la raza: no puede hacerle comprender, porque no lo ha sentido, este espíritu de sacrificio y abnegación del individuo dentro de la colectividad, que es fundamento de la moral moderna; no puede, enamorada sierva, explicarle las cadenas de autoobligación con que debe a sí mismo sujetarse al que ha de ejercer autoridad; no puede darle el

fundamento de serena confianza en sí mismo, templada por la desconfianza del que a sí mismo se juzga con la severidad del que es verdaderamente libre. En una palabra: la madre actual, no por culpa suya ciertamente, sino por la rapidísima evolución de la vida en la tierra, no puede servir de guía absoluto a la mujer moderna. Es triste, pero es cierto: ha llegado un momento en que las madres ya no pueden comprender del todo a sus hijas, porque el mundo suyo ha desaparecido.

¿Ha de quedar la hija entonces a merced del azar, sin guía y sin amparo, obligada a aprender únicamente en la dura lección de la experiencia propia? No, por cierto, en el hogar hay alguien que ha andado el camino, alguien que ha aprendido a su costa la lección, alguien que ama a la hija tanto como la madre, y que ahora está obligado a hacer su oficio: ese alguien es el padre. Para la hija que empieza a ser mujer no hay mejor maestro, no hay guía más seguro, no hay amigo más leal que el hombre, ya maduro, que puede darle con todo su amor lecciones llenas de serenidad. El padre, el padre... Chiquillas, ansiosas de vivir plenamente, acudid al padre con vuestra ansiedad, con vuestra esperanza, con vuestra ambición; él puede comprenderlas, porque las ha vivido con vosotras, cuando tenía vuestra juventud; él puede encauzarlas porque las ha templado y contrastado en la lucha exterior. Mientras ganaba el pan para vuestra madre, para vosotras, vivió al aire libre, y todos los grandes vendavales de generosi-

dad, de altruísmo, de justicia, que han conmovido al mundo para formar el mundo de la hora presente, han pasado sobre su cabeza, le han oreado el pensamiento, le han fortalecido el corazón. Acaso la lucha le ha dejado cansancios, egoísmos, parcialidades, hojas muertas que han quedado prendidas a las ramas viejas; pero todas las sacudirá y arrojará de sí para alentar y festejar vuestro entusiasmo recién nacido. Suelen algunos árboles tener en el otoño un nuevo brote y hasta un florecimiento no inferior en frescura al de la primavera. Así florecerá de nuevo el cerebro del padre ante la sed de saber de la hija. Sonreirán sus ojos, un poco fatigados, al mirarla, amazona valiente, dispuesta a luchar por ideales que fueron suyos; se renovará el fuego de su alma ante la llamarada que arde en ella de juvenil amor a la justicia; reverdecerán sus sueños de «hacer algo muy grande» ante el ansia de «hacer algo muy bueno» de la chiquilla noble y exaltada; y en la amistad entrañable, y en la comunicación más que cordial, él se hará un poco niño para que ella le entienda y ella se hará un poco hombre para entenderle a él, y asomándose al alma de su padre, estudiará la lección más eficaz para comprender un poco más tarde el alma de sus hijos.

Casi todos los hombres que han llegado a ser algo muy noble, dicen: «Lo que soy se lo debo a mi madre»; y tienen razón: no hay como una madre para formar el corazón de un hijo. Pero también es cierto que en la vida de casi todas las mujeres que han

llegado a ser algo excepcional hay una amistad entrañable con el padre. Porque si la mujer es el mejor maestro para el corazón del hombre, el hombre es el mejor maestro para la conciencia de la mujer. La mujer puede poner en el alma de su hijo el grano de ternura y piedad que pudiera faltarle: sólo el hombre puede poner en el alma de su hija el sentimiento de responsabilidad y de justicia de que bien pudiera carecer. La madre puede y suele enseñar a su hijo a ser piadoso; el padre puede, y debiera siempre enseñar a su hija a ser justa.

El padre, el padre... Hijas, volved un poco hacia vuestro padre los ojos y el corazón, que, además de lograr seguro provecho, remediaréis con ello una gran injusticia..., de la cual tenemos la culpa los hombres. Como hasta el presente la mayoría de los libros del mundo los hemos escrito los hombres, hemos glorificado en ellos a la madre, que siempre fué parcial para nosotros, amparo, cómplice y consoladora de nuestra flaqueza masculina; ella torció para nosotros la ley paternal; ella defendió nuestros desvaríos; ella, por comprendernos menos (en cuanto mujer), nos amó apasionadamente por la porción de misterio que nuestra alma representaba para la suya femenina; ella, dominada por el hombre adulto, se amparó de nuestra debilidad, y amó, amándonos, el dominio que la Naturaleza le otorgaba sobre el hombre niño. No pocas veces nuestras hermanas han sufrido por la injustificada preferencia que nuestra madre tuvo hacia nosotros. Es natural que, agrade-

cidos, hayamos hecho de ella, en nuestros libros, «el ángel del hogar». ya que hemos sido para ella «el rey de la casa».

El amor de madre, los dolores de madre, la abnegación de madre, las lágrimas de madre... ¡Justo el elogio, bien merecida la corona! Pero, entretanto, sugestionada por la palabra escrita, la humanidad cometía una gran injusticia. ¿Y el amor de padre? ¿Y la angustia del padre por ganar el sustento para madre e hijos? ¿Y la ansiedad del padre? ¿Y el sudor del padre? ¿Y la responsabilidad del padre? ¡Ah, todo eso lo tendrán que cantar las mujeres cuando les llegue la hora de cantar lo que realmente sientan, y dejen, en el arte, de hacer imitaciones más o menos perfectas del modo de sentir masculino. Porque lo que la madre es para el hijo, es para la hija el padre. El también mira en ella el misterio, que tampoco comprende nunca del todo; él también ama en ella lo diferente, lo inesperado; él, dominador de la mujer adulta, gusta de dejarse vencer y dominar por la mujer niña. El tuerce para ella la ley de la madre, siempre un poco severa con las faltas femeninas, que juzga con más severidad de juicio que él, puesto que tiene más conocimiento de causa y comprende mucho más claramente móviles y malicias. Y las mujeres están obligadas a comprender y agradecer todo esto, y a reservar para la frente del padre parte del laurel que la tradición pone sobre la de la madre exclusivamente.

Niñas: en no pocos hogares hay un solitario: es

el hombre que ha creado el hogar, que ha dado la substancia de su vida por conservar y mantener ese hogar; que se ha esforzado por ilustrar un nombre que poner como sello de nobleza en toda vuestra vida, que ha velado muchas noches, si no junto a vuestra cuna, sobre la mesa de un despacho o sobre el banco de un taller, para que no os faltasen una gala o una comodidad o un capricho. Ese hombre, ahora que ya no es joven, pasa solo y triste muchísimas horas; los hijos han crecido y van en busca de su trabajo o de su placer; la madre está cansada, y ya no sabe pagar en risa y buen humor el trabajo y la generosidad del marido; vosotras estáis obligadas a darle la alegría que ha menester. ¿Y sabéis cuál será la mayor alegría que podéis darle? Precisamente el ir a sentaros a sus pies y escuchar de sus labios la lección que tanta falta os hace. Porque es así: hasta en la última hora, el regalo del padre es poder hacer bien a sus hijos. Y así ha dispuesto Dios que el que da reciba en el acto mismo de dar, y que no haya don de amor que no sea tesoro de amor para quien le hace. Id al maestro y alegraréis su vida, aprendiendo a vivir en su enseñanza. Quemad vuestra ilusión como incienso a los pies del hombre que ha quemado su sangre por vosotras. Al abrir la puerta del jardín de la infancia y arrostrar, como os digo al principio de la carta, el camino de la vida libre, no desdeñéis la voz que puede hablaros desde el huerto, el consejo del que, antes que vosotras, supo lo que es esfuerzo y lo que es cansancio. Para

la vida nueva, mujeres nuevas, necesitáis un elemento de fortaleza casi varonil. ¡Id a buscarle a la buena fuente! ¡Rezad con vuestra madre, soñad con vuestro padre; así sabréis, cuando os llegue la hora, enseñar a vivir a vuestros hijos!

XXIII

EL PROBLEMA DE LOS FRACASADOS. LA MADRE, DESCUBRIDORA Y CULTIVADORA DE VOCACIONES

Señoras mias: Acaso no pocas de ustedes recuerden el tiempo no lejano en que España era el país de los «cesantes». Hasta que un presidente del Consejo de ministros, de simpática memoria, declaró inamovibles a los empleados de los ministerios, casi la cuarta parte de los hombres de la clase media vivía o moría en espera del ansiado «destino» que había de llegarle cuando «subieran al poder los suyos». Claro es que, cuando el *destino* llegaba, como había que quitársele a otros, quedaban otros tantos sin comer. Y el lamentable turno iba creando una clase especial, de dolorosa vida intermitente, atenida a una esperanza necia e inactiva, voluntariamente paralizada, rémora y vergüenza de la vida nacional, sobrante por improductiva, corrompida por estancada... ¡Y siquiera los que lograban durante la mitad de la vida el ansiado maná! Comer a medias es triste, pero acaso es posible...; mas no comer nunca! Y había

muchos a quienes nunca alcanzaba el *destino*, cesantes eternos, eternos pretendientes, eternos paseantes de antesalas, eternos soñadores de acera o de café...

Ahora los *destinos* en los ministerios, con muy raras excepciones, una vez logrados, duran, de un modo o de otro, tanto como la vida del que los logró: ya no hay cesantes; pero hay, ¡triste es decirlo!, tantos inempleados como antaño: el cesante no ha hecho mas que cambiar de nombre... y perder la esperanza por añadidura. Todas ustedes lo saben: España está afligida por la plaga horrenda de el «hombre sin empleo». ¿Qué familia de la clase media no padece por lo menos uno? Precisamente esta abundancia del hombre que no puede, o no quiere, o no sabe ganarse la vida, es la que ha lanzado a las mujeres a trabajar. El feminismo español está naciendo, sencillamente, de la incapacidad y la pereza de muchos de los hombres españoles; de todos los que, sabiendo que ya no existe «el destino» flotante, tienen la pretensión de que el «destino» surja para ellos, de que alguien busque para ellos el «destino» que ellos no saben crear.

El «vago» es la peste de la familia española. Conste que no empleo la palabra «vago» en sentido ofensivo, sino en su recto e inocente sentido de hombre que ha hecho profesión de la vagancia; es decir, del «no hacer y andar errante». Y es la peste de la familia, porque además de no crear, consume..., puesto que tiene que vivir. Es precíso que alguien

mantenga al hombre que no acierta a proveer a su propia subsistencia. Además, el que ha pasado un tiempo determinado sin trabajar, se hace absolutamente incapaz para el trabajo: la energía se gasta más por la oxidación de la inactividad que por la fatiga de la actividad. El «inempleado» tarda muy poco tiempo en ser un fracasado absoluto.

¡Un vago... un hombre vago! ¿Quién tiene la culpa de que tal plaga exista? ¿Es posible que no haya en España posibilidad de emplear la energía de todos los españoles? ¿Es creíble que haya llegado nuestra vida nacional a tal grado de plenitnd perfecta, que sobre en ella la probabilidad de progreso que pudiera proporcionarle el trabajo de tantos hombres? ¿No pueden mejorar —tan perfectas son ya— nuestras ciudades, ni nuestros caminos, ni nuestras escuelas? Nuestra industria, ¿cubre todo el pedido nacional? ¿No necesitamos traer nada de fuera? ¿Nuestros son los mejores tejidos, los mejores muebles, los mejores sistemas de construcción? Los mercados, las granjas, ¿son tales que ya sea superfluo todo esfuerzo que tienda a mejorarlos? Nuestros campos, ¿están de tal manera cultivados que no sea factible aprovechar en ellos un brazo más, una inteligencia más? Nuestras minas, ¿están todas ellas debida y prudentemente explotadas por ingenieros españoles, por obreros españoles? En nuestras costas, riquísimas en pesca, ¿hay establecido un sistema de pesquerías netamente español, regido y disfrutado por españoles? ¿Ya nuestros ríos no inundan

las campiñas, hechos torrentes, en la primavera; ya no están convertidos eu secos pedregales en el verano? ¿Ya por nuestros canales va el tráfico mercante, sereno y caudaloso, repartiendo abundancia? ¿Ya, en ferias nacionales, se contratan riquezas nacionales, y nuestros ganados son envidia del mundo, y nuestros granos y nuestros aceites y nuestros vinos son caudales de prosperidad general? ¿Ya pasan las manadas trashumantes, los inmensos rebaños por las bien cuidadas calzadas, buscando alimento en fértiles vegas? ¿Ya, en los puertos, enjambres de navíos mercantes se disponen a exportar el sobrante de nuestra producción, y ya nuestros espíritus aventureros se embarcan en las naves, para llevar junto al trigo de oro y al vino de topacio, el alma de España a tierras remotas? ¿Ya hemos hecho todo esto, y nos sobran hombres? Y si aun no lo hemos hecho, y mucho máas que se pudiera hacer, ¿cómo es que están los hombres sin empleo?

A esta pregunta, que acaso os habéis hecho alguna vez, y aun habéis hecho a cuantos os rodean, os habrán respondido muchas cosas, más o menos absurdas, con aspecto de muy trascendentales; os habrán dicho que, para emprender cualquier obra de progreso, hace falta emplear capital, y que el capital es cobarde y desconfiado; os habrán hablado de acaparamiento por empresas poderosas, amparadas por manejos políticos; os habrán explicado los males y las podredumbres del caciquismo; habrán lamentado delante de vosotras la falta de esperanza nacional,

la apatía de uu pueblo que no tiene amor a sus instituciones, y ha perdido la fe en sus Gobiernos, que se sabe vendido a egoísmos muy altos y muy bajos... y todo eso es verdad...; pero todo eso, ¡estad seguras de ello!, todo eso no son causas, son resultados y son síntomas. La fiebre no es la causa de la enfermedad, el dolor de cabeza no es la causa de la enfermedad; son, sí, las consecuencias, los resultados, los síntomas de la enfermedad: la enfermedad es el microbio que daña y destruye, que quita la fuerza, que pudre la sangre. ¡No hay sangre corrompida, si no existe el germen que la corrompió!

¿Cuál es, entonces, la enfermedad de España? ¿De qué podredumbre interior es síntoma y producto la plaga de los hombres sin empleo?

La enfermedad de España es la ignorancia. Sobran hombres, y hay cosas sin hacer, sencillamente porque esos hombres no sirven para hacer las cosas que hacen falta. Todo aquel que ha intentado realizar aquí una seria labor constructiva, sabe que ha estado expuesto a fracasar por falta de auxiliares capaces. No saben. Y no saben, porque no han aprendido, y no han aprendido, porque nadie se preocupó de enseñarles. Y acaso la primera culpable de que un hombre fracase en la vida, de que un hombre no sirva para nada en la vida —aunque parezca serlo el Gobierno por su lamentabilísimo sistema de enseñanza—, es la madre de ese hombre. La madre, sí, señoras, que no ha sabido preparar el terreno para la buena semilla que el cielo había depositado

en él; porque, sabedlo y tenedlo siempre en cuenta: ¡no hay hombre absolutamente incapaz de trabajo! Todo hombre que nace sirve para algo, y en eso para lo cual sirve, es capaz de alcanzar la absoluta perfección; los ciegos, los sordomudos, los anormales casi idiotas, bien educados, bien encaminados, producen con toda perfección lo necesario para ganarse la vida; y si un idiota, si un anormal es capaz de bastarse a sí mismo, ¿cómo es posible que un ser normal, más que medianamente inteligente (casi todos los vagos son inteligentes), sano y con fuerza física bastante, no pueda encontrar la actlvidad que le corresponde?

Desde que el niño viene al mundo, muestra en señales evidentes la dirección exacta de la actividad que le conviene, lo que pudiera llamarse su vocación; facultades latentes que no esperan mas que cultivo para desarrollarse (cultivo es lo mismo que educación); pero, ¿qué hacer, si nadie se ocupa en descubrirlas, en ampararlas, en desarrollarlas? ¡Madres, es preciso que seáis jardineras del cuerpo y del alma de vuestros hijos!

¿Creéis que habéis cumplido vuestra obligación con decirle «hay que ser bueno, hijito», sín hacerle comprender siquiera en qué consiste la bondad? ¿Creéis que habéis hecho todo lo necesario para desenvolver sus «posibilidades», con enseñarle de rutina la cartilla, y de carretilla el Catecismo; con enviarle a la escuela de párvulos, y después al colegio, y hasta, ¡heroísmo insigne!, repasarle de noche

las absurdas lecciones que tiene que aprender de memoria? ¿Creéis que le habéis dado armas para la vida cuando os habéis enterrado con él en la rutina cómoda y perezosa de los cinco o seis años de bachillerato? ¡Tranquilas os quedasteis cuando ingresó en el Instituto, pensando que en todo ese tiempo, ¡seis años felices!, no teníais nada que pensar para él! ¡Allá el catedrático en su clase de cientos de alumnos le haría «preparar» el programa (fijaos bien en que digo «preparar» el programa, cosa muy distinta de aprender la ciencia); allá el «padre» del colegio de frailes, ¡el más aristocrático de España!, le sacaría el sobresaliente y la matrícula de honor a fuerza de «empollajes» y recomendaciones! Vosotras, ¿para qué habéis de molestaros en pensar? Acaso vuestro hijo sea absolutamente inútil para una educación académica; acaso su energía física, su capacidad especial, pidan para él trabajo al aire libre, actividad que nada tenga que ver con esos libros que, inconscientemente, le ponéis en las manos. Acaso la naturaleza le llama, la tierra le atrae, para darle ese ciento por uno que guarda para los que amorosamente la cultivan, ¡y vosotras le encerráis en compañía de la para él tediosa epístola de Horacio! Acaso es traficante por esencia, acaso siente la atracción invencible del comprar y vender, acaso el mar le tienta con la voz que habla de tierras nunca vistas, acaso sus ilusionados catorce años tienen ya ojos de águila para descubrir, más allá del horizonte, campos de actividad no sospechados. ¿No os dice

nada el que no pueda aprender a dividir, y, en cambio, esté llenando de incomprensibles jeroglíficos su atlas de Geografía? Pero ver todo eso, descubrir todo eso, requiere una atención constante; requiere una vigilancia inteligente, incansable... y, sobre todo, sabia. No basta el corazón, madres, para comprender a vuestros hijos; es preciso saber, para entender. A vuestro lado está el misterio de la vocación; es preciso que sepáis lo necesario para descubrirle.

Y pensad que en la «elección» acertada está el éxito de la vida. Pensad también en las condiciones actuales de la vida; pensad en lo que el país necesita verdaderamente, y acordaos de que sólo aquello que se necesita es lo que se compra y se paga; estudiad un poco la vida de España, lo que tiene, lo que le falta, lo que ha menester para parecerse a otros países, pensad que la tierra, y, sobre todo, la humanidad en la tierra, llevan una marcha necesaria y fatal (fatal no quiere decir desastrosa, quiere decir inevitable), que los países no pueden ni oponerse a ella, ni apartarse de ella. España es, hoy por hoy, un país atrasado; un país que lo tiene casi todo por hacer; un país en que los campos están yermos, las escuelas frías y los caminos intransitables; pero es un pedazo de mundo, forma parte de la vida del mundo y no puede seguir así; si los españoles no hacemos lo necesario para poner nuestra patria a nivel con el resto del mundo, el mundo no nos dirá nada; pero como el pedazo de tierra que llamamos

nuestro, no es nuestro, sino de la humanidad, otros vendrán a hacer aquí lo que no hayamos hecho nosotros; y llegará un momento en que el inempleado español desaparecerá... porque, sencillamente, se habrá muerto de hambre. Pensad en esto; pensad en que el inútil perece; en que el que no produce, no tiene derecho a vivir, y no queráis dejar a vuestro hijo la herencia de ese destino trágico.

Para vosotras, es el hijo vuestro lo más importante, lo más interesante, lo más amado del mundo; pero nadie le ama como vosotras, y a nadie le importa que viva o muera. Si no le habéis dado armas para la vida, perecerá lamentablemente; si es sencillamente inútil, pero moralmente «bueno», lo que vosotras llamáis bueno, alguien le dará una limosna hnmillante para sustentar una vida dolorosa, pero nada más; si la inutilidad le ha pervertido, como es más que probable; si además de vago es perjudicial, la sociedad le castigará cruelmente, sin tener en cuenta vuestras lágrimas ni vuestra afrenta, porque ella no es su madre, y debe defenderse contra todo elemento de corrupción.

Es, por lo tanto, vuestra obligación educar al hijo, cultivar al hijo, descubrir la vocación del hijo. Su padre no puede hacerlo porque está, mientras el hijo crece, realizando la misión, harto más azarosa, de mantenerle y manteneros a vosotras; pero vosotras, sobre todo las mujeres tradicionales, las que reclamáis el sagrado encerramiento del hogar como privilegio, refugio y baluarte de vuestra feminidad ex-

quisita; vosotras las mujeres que os preciáis orgullosamente de ser «muy mujeres y muy madres, sin modernismos ni malsanos alardes de independencia»; vosotras, precisamente vosotras, en el «sagrado del hogar», en el «refugio del hogar», en la «paz del hogar», en la «fortaleza inexpugnable del hogar», estáis obligadas a hacer esta obra de atención, de cultivo, de preparación, de egoísmo maternal, que es también patriotismo. Esto es lo único que puede justificar los derechos que vuestra feminidad y vuestra maternidad os conceden. Jardineras de vocaciones, descubridoras, fortalecedoras, educadoras de hombres. Esa es vuestra misión en la familia.

Y pensad también, al encauzar la vocación de vuestros hijos, en que todo trabajo es noble; dejad el fetichismo de las carreras literarias. ¡Por el amor de Dios!, si podéis evitarlo, si el hijo no os nace sabiendo ya el Código de memoria, no le hagáis estudiar para abogado..., aunque sea, como decís vosotras, carrera de muchas *salidas*. En la vida, para triunfar, no hay que «salir» de ninguna parte; por el contrario, hay que «entrar» honda y heroicamente en el corazón de alguna cosa, en el sagrado de algún cerrado templo, en el misterio de algún inexplorado laberinto. No os figuréis que sólo es digna carrera para un «señorito» esta de leyes, o la de medicina, o la de arquitecto, o la de ingeniero; en todos los oficios puede llegar a ser ilustre un hombre, si en él es eminente; ¡cajista de imprenta era Franklin, y ha dado al mundo leyes y doctrinas! Y si acaso no lo-

gráis descubrir en vuestro hijo vocación definida, obligadle a aprender un oficio, ¿entendéis bien?, oficio con que se gane el pan. Una vez seguro de la vida, más tarde acaso despierte en él, al contacto de algo desconocido, el desconocido llamamiento (casos han ocurrido de esto también); pero no le obliguéis a esperarle con las manos vacías, siendo una carga para la humanidad, a quien, os repito, nada le importa, y una afrenta para vosotras, a quienes, por el contrario, os importa tanto.

XXIV

LA CIENCIA DE LA VIDA Y QUIÉN DEBE ENSEÑARLA

Señoras y paisanas mías: Es preciso que, al leer esta carta, crean ustedes más que nunca en la perfecta y absoluta pureza de intención con que les hablo, porque quiero que hablemos hoy precisamente de algo que, por lo general, se evita en toda conversación con mujeres honradas; de algo triste y tremendo, que es de buen tono fingir que se ignora, y que, sin embargo, no es posible ignorar: de algo lamentable y doloroso, enfermedad mortal para el alma y el cuerpo, oprobio y gangrena de la humanidad, muerte de las razas, vergüenza de los individuos, mancha de los hogares, afrentosa lepra del mundo que se llama civilizado; ese algo formidable, y al parecer irremediable, es el Vicio, así, con mayúscula, el Vicio, ese hediondo y doloroso infierno que para los hombres se llama placer y para las mujeres deshonra.

Mujeres honradas, no apartéis los ojos, no finjáis que queréis seguir ignorando. ¡Hay que saber, por-

que hay que remediar! ¡Hay que afrontar la lepra valerosamente! ¡Hay que curar la llaga! ¡Mirad que está en la puerta de vuestro hogar! ¡Mirad que ya hace presa en la carne y el alma de vuestros hijos!

¡Madres cristianas y no cristianas! ¡Ved que no se trata únicamente de un pecado que la misericordia de Dios puede perdonar! ¡Se trata de un veneno que no tiene costumbre de perdonar! ¡Se trata de algo que destruye el cuerpo y que acaba con toda la nobleza del espíritu! Pensad que habéis dado a luz con orgullo a un hombre sano, llamado a los más nobles destinos; pensad que habéis soñado para él, legítimamente, la gloria de todas las hazañas; pensad que habéis pensado que sería chiquillo entusiasta, hombre generoso, esposo enamorado y leal, padre feliz, maestro de sus hijos, ciudadano honrado, patriota eficaz, creador, forjador, constructor, orgullo de su tierra, asombro de los tiempos presentes, modelo de los tiempos por venir; un hombre, en fin, con toda la alta dignidad de una vida pura. Y que, en vez de ese hombre, corona y recompensa de vuestra abnegación, gloria y laurel de vuestra feminidad, el Vicio os trueca en madres de un ser enfermo, escéptico, sin entusiasmo y sin alegría, destructor, corruptor, envejecido en plena juventud, padre de hijos a quienes ni siquiera reconoce, enfermos como él, corrompidos como él, débiles, con la doble flaqueza heredada de la sangre pobre y el alma desprovista de ideal... Madres piadosas, que salís de la iglesia después de hablar con Dios, y dais limosna a ese chi-

quillo pobre, que os la pide en la puerta del templo, ¡acaso ese chiquillo lleva en las venas sangre de vuestra sangre!...

El Vicio llena el mundo de hijos sin padre; el Vicio llena el mundo de mujeres sin honra. Hacen falta asilos, y hospitales, y clínicas, y manicomios, principalmente porque existe el Vicio. La caridad se esfuerza en remediar los males después de acaecidos. ¡Mal sistema, porque el mal no se cura nunca del todo! Mejor es prevenirlos. ¡Mejor que abrir Inclusas para los hijos de la infamia es impedir la infamia de que nacen los hijos! ¡Mejor que abrir Casas de Maternidad para mujeres deshonradas, es evitar la tolerancia infame que hace de la deshonra de la mujer un juego para el hombre que se llama honrado!...

Para el hombre honrado... ¿Acaso habéis creído alguna vez en serio el sofisma de que el hombre puede pasar por la podredumbre del Vicio sin mancharse con él? ¿Acaso habéis aceptado, cerrando los ojos y la inteligencia, como artículo de fe, la afirmación idiota de que un alma de hombre puede salir limpia del barrizal en que se pierde un alma de mujer? Para haber creído eso sería preciso haber renunciado, desde luego, al don de razonar. La podredumbre mancha exactamente igual al hombre que a la hembra; lo mismo se envenena la sangre de uno que de otra; lo mismo se encenaga su espíritu.

Madres que a la madrugada sentís el ruido del llavín en la cerradura y oís entrar en casa al hijo que vuelve... harto sabéis de dónde, no volváis a cerrar

los ojos con indiferencia, no digáis: «¡Es preciso que pase la juventud!»... ¡La juventud no pasa! ¡La juventud queda impresa para siempre en el carácter de todo ser humano! Acaso vuestro hijo tiene suerte —por otra parte inverosímil— y sale de sus tristes andanzas sin enfermedad física; pero el alma es de más claro y frágil cristal, y se quiebra de una vez para siempre; y ese hijo, que ha aprendido el amor en mala fuente, manchará con su Vicio el más santo de los amores cuando llegue la hora; ese hombre, que ha aprendido en la juventud la moral inmoral de la mala mujer, la llevará a toda su actividad futura, y no será leal en sus tratos, y no será honrado en sus negocios, y no será noble en su política, y no será sincero en su religión, y no creerá nada, y estará cansado antes de acometer el esfuerzo, y pensará que todo se vende, y creerá que no es gran infamia venderse a sí mismo si llega la ocasión. Porque el veneno del placer vicioso es disolvente por esencia, y ablanda y relaja, aún más que las fibras de la carne, los resortes de la voluntad.

¡Madres españolas, especialísimamente, meditad sobre esto! España es una nación en la que, como hemos dicho otras veces, está casi todo por hacer. Es un campo que está pidiendo labor y siembra, ansioso de dar ciento por uno. ¡Gloria vuestra inmortal habría sido darle hijos capaces del nobilísimo esfuerzo que reclama! Pero ved que no estáis en camino de lograrlo. Ved que hay como una maldición de apatía y pereza sobre esta pobre patria.

Ved que a todo arranque se opone una sonrisa de escepticismo; ved cómo estamos siempre dispuestos a afirmar el «no tiene remedio» antes de haberle procurado. Ved cómo los hombres se arrastran en la vida presente sin una generosa ilusión para el más allá; ved cómo nadie anhela mas que el fruto maduro, y nadie siembra el árbol que ha de dar fruta cuando él ya no exista; ved cómo se eligen los caminos fáciles, las sendas trilladas; ved cómo aterró lo inexplorado, lo desconocido, lo nuevo, lo extraño; ved cómo se desprecia lo propio, y al mismo tiempo se desconfía de lo ajeno; ved cómo el sentido del «bien común», la preocupación del «bienestar público», han desaparecido casi por completo de la vida nacional; ved cómo la política es de partido y bandería ruin, y el comercio de fraude mezquino; ved cómo la industria se considera desde luego incapaz de una vida basada en la perfección, y pide ansiosa y tercamente el amparo de ridículas protecciones arancelarias; ved cómo una compañía de ferrocarril, por ejemplo, teme como la muerte que haya una rama nueva de camino de hierro ajena a su red, por si acaso su competencia puede obligarla a un esfuerzo mayor para lograr igual ganancia; ved cómo hay un espíritu de amarga crítica que nunca está dispuesto mas que a negar; ved cómo no brota una palabra de aliento, una afirmación de esperanza, una voz que desafíe al destino con valor sereno; ved sobre todo, que casi nadie quiere mas que «ir viviendo», pasar la vida, sin vivirla apenas.

Este mal de raza tenemos que curarle; de esta red de pereza tenemos que salir; hay que romper estas ligaduras de desaliento. ¿Y quién puede romperlas? Sólo una generación de hombres y mujeres fuertes, sanos y libres. No es fuerte el que está enfermo; no es sano el que ha pasado su juventud entre la podredumbre; no es libre el que se ha atado con la negra cadena del placer vicioso. La libertad nace de la pureza; la fortaleza procede de la salud del cuerpo y de la integridad del espíritu. Comida de Vicio está la generación presente; es preciso que la que acaba de nacer esté limpia de Vicio. ¡Sólo ustedes, las madres, pueden conseguirlo! Y para ello hacen falta dos cosas: valor y sentido común.

Valor para arrostrar la verdad, para romper con el prejuicio que veda a la mujer honrada el conocimiento de las tristes realidades de la vida. Lo repito: es preciso saber para remediar. Es preciso conocer las leyes de vida, y ver cómo se cumplen y por dónde flaquean. Es preciso, luego de adquirido este conocimiento, tener la sensatez de aplicarle, convirtiéndoos en maestras de vuestros hijos; no dejéis, por un falso y necio pudor, que escuche el niño esas leyes de vida, viciosa y malamente dictadas, en la cocina, o entre compañeros de escuela, o en la calle, o en el libro sucio, leído a escondites. ¡No le dejéis que aprenda como vicio lo que ha debido aprender de rodillas como lección primordial de salud y santidad! Vosotras sois las que debéis enseñarle de qué tesoro es poseedor, cómo la continuación de la vida

es depósito que Dios le ha confiado en dignidad de colaboración, cómo debe guardarle y guardarles para el amor sano, para la paternidad fuerte, para la absoluta nobleza. Vosotras sois las que debéis hacerle comprender que su cuerpo es templo del Espíritu, sagrario de la más augusta potestad. Debéis enseñarle la castidad, no como prohibición, sino como altísimo privilegio; debéis descubrirle el misterio de la serena fortaleza, que vence al mundo, venciéndose a sí misma; debéis decirle cómo el que malgasta el tesoro en bajos placeres, pierde para siempre el sabor del supremo placer, recompensa de la vida plena. Vosotras debéis infundir en su pensamiento el respeto a su carne y el culto a su salud. Debéis hablarle clara y firmemente, con autoridad y serenidad, sin sensiblerías y sin atenuaciones; debéis poner ante sus ojos la estricta ley moral, y las penalidades y terribles sanciones en que incurre el que enturbia y encenaga la fuente de la vida. Debéis hacerle desear la paternidad futura como complemento y pago del esfuerzo total de la vida; debéis hacerle aborrecer el fraude, la impureza, el egoísmo de la mala vida.

Es preciso que vuestro hijo sepa que sabéis todo lo que él pueda aprender fuera de casa. Nada hay tan lamentable como la sonrisa de conmiseración que el chiquillo precozmente vicioso tiene para su madre, a la que piensa poder ocultar fácilmente sus tristes aventuras. Vuestro hijo debe estar seguro de que nada hay en su vida que pueda caer fuera de

vuestra comprensión y de vuestra censura; es preciso que respete en vosotras, no el pudor ignorante, sino la pureza consciente y prudente.

Y no penséis mancharos los labios por descubrir al hijo valerosamente la ciencia del vivir: tanto valdría suponer que os manchase las manos la medicina que le dais cuando está enfermo. De todo se puede hablar santamente. Precisamente el Vicio nace en gran parte del temor necio, que hace que en la familia se dejen de tratar estas cuestiones con la claridad y la santidad debidas. Desde que el niño empieza a sentir curiosidad (señal segura de que necesita conocimiento), se hacen para él de las sencillas verdades biológicas, fábulas tontas o misterios pecaminosos. ¿Por qué? ¿Por qué ha de parecer más arriesgado enseñar limpiamente a una criatura que el hombre nace del hombre, que decirle que el fruto nace de la planta? ¿Por qué ha de temblar la voz de la madre al explicar al hijo, carne de su carne, que él fué la recompensa de su amor, y que si vive noblemente y ama con lealtad, puede esperar, para más adelante, gloria y felicidad semejantes a la suya?

¿Por qué ha de parecer más temeroso el mandamiento: guardarás tu honor y respetarás el honor ajeno, que este otro: ganarás el pan con el sudor de tu rostro y respetarás la propiedad del prójimo? Fantasmas suscitados por el diablo, que tiene interés en la perdición de la humanidad, son, sin duda, estos necios escrúpulos de purezas nominales e ino-

cencias absurdas. En primer lugar, inocencia no quiere decir *no saber*, sino *no pecar*. En segundo lugar, gran parte de la corrupción de los hombres jóvenes viene de la absurda idea, que nadie se ha cuidado de combatir en ellos, de que las «tonterías de la juventud» no tienen importancia. Nadie les ha hablado de deshonra; nadie les ha explicado los peligros, los daños, la infamia de la temprana corrupción; una vez caídos en ella, hartas veces por ignorancia y falta de consejo, siguen arrastrándose en ella con tedio y disgusto por el necio prurito de no ser *menos hombres* que los desdichados que les empujaron. Y es porque no hubo quien les dijera que la virilidad más alta está en la continencia y en el absoluto dominio del hombre sobre sus sentidos. Las madres que son rigurosísimas con sus hijas en estas cuestionees son de uua indulgencia criminal con sus hijos, y no piensan, sln duda, en que sus hijas serán probablemente víctimas del vicio del hijo de otra madre tan descuidada como ellas. Enfermedad y desdicha prepara la indiferencia maternal para nuevos hogares: con el hijo acostumbrado al Vicio y manchado por él, da la madre a la nuera dote de llanto y de dolor para una larga vida. Ella ha de llorar cruelmente su error sobre la carne enferma de sus nietos...

Pensad en todo esto. Aprended y enseñad. Y no queráis tampoco guardar en ignorancia a vuestras hijas. Que sepan las mujeres de mañana lo que tienen derecho a exigir de la vida y del amor; que no

ignoren tampoco lo que pueden temer; que aprendan limpiamente a exigir limpieza física y moral del hombre que ha de ser padre de sus hijos.

Niñas: sabedlo también vosotras: gran parte de la culpa del Vicio de los hombres, vosotras la tenéis; vosotras, que consideráis no pocas veces como gracia la desvergüenza, como perfección el cinismo, como plenitud de virilidad la impureza pública del hombre, que os ofende con sólo suponer que podéis corresponder a un amor que se ha arrastrado ya por tantos lodazales; vosotras, que fomentáis su osadía con curiosidades malsanas, que os reís de cosas que a poco sentido común que quisierais tener, debieran haceros llorar. Si exigierais limpieza a los hombres, más limpios serían. Si no esperasen de vosotras ignorancia indulgente, algo más cuidarían de conservar para vosotras el tesoro, sin el cual supieran que no habíais de aceptarlos. Preocupaos en vuestro amor de la salud de los que de él han de nacer. Lícito os parece informaros de la posición social del hombre con quien pensáis llevar la vida a medias; tan lícito como eso, y harto más importante, es informaros de su salud y de su moralidad. Sanead el aire, aventad el misterio, disipad las nieblas malsanas que la humanidad tontamente se ha complacido en amontonar sobre el origen de la vida. ¡Sobre la cuna, esperanza del mundo, debe haber mucha luz y mucho sol!

XXV

PARA LA NUEVA NAVIDAD, YA QUE HA PASADO ESTE AÑO LA EPIFANÍA

Señoras mías: Han pasado los días, las semanas, mejor dicho, que el mundo cristiano consagra a conmemorar el nacimiento de Cristo. Se han apagado los últimos ecos de panderetas, tambores, rabeles y demás instrumentos pastoriles; se ha arrumbado el Belén de corcho y musgo; se han roto los últimos juguetes, debidos a la tradicional munificencia de los Magos; la gente menuda ha vuelto a tomar, a regañadientes, el camino de la escuela... ¡La gente menuda! En ella precisamente he pensado durante todas estas fiestas de Navidad y Epifanía, al pensar en ustedes. Es curiosa la actitud de los niños ante las manifestaciones exteriores con que las «personas mayores» tienen la pretensión de hacerles comprender y reverenciar el Gran Misterio. Es curiosa, y da a los que imparcialmente quieren observarla profundas lecciones de vida. ¿No les parece a ustedes que es ocasión de meditar sobre ellas, ahora que falta casi un año para la llegada de una nueva Navidad?

Así podremos prepararnos para dar a los niños, con ocasión de la festividad venidera, una impresión y una emoción verdaderamente eficaces.

En primer lugar piensen ustedes, madres: ¿Qué intentamos conmemorar con la celebración de la Nochebuena? El nacimiento del Hijo de Dios, la venida de Cristo al mundo. Desde luego; pero en el nacimiento del Hijo de Dios hay algo más que el hecho de haber venido al mundo Dios hecho hombre. Con El vino a la tierra el sentimiento de hermandad entre todos los hombres; la noción de justicia: una para todos; la afirmación de igualdad ante el derecho y ante la ley sobre que están fundadas, teóricamente al menos, las sociedades modernas. ¡Todos los hombres somos hermanos, todos somos hijos de Dios y todos estamos amparados por su caridad y su justicia! Para afirmar esto vino Cristo al mundo; pera establecer esta ley —Nueva Ley, buena nueva— nació en pobreza y murió en infamia, no tanto por enseñar resignación a los pobres y a los deshonrado, cuanto por afirmar a los ricos y cargados de honras la poca estimación con que han de ser mirados riquezas y honores en la apreciación de justicia final.

Y esta es la gran meditación de Navidad; la que ustedes, madres, deben llevar en la conciencia todo el año, para afirmarla e imprimirla en el alma de sus hijos cuando en el venidero diciembre les hablen del portal de Belén. ¡Cristo vino al mundo para traer al mundo la justicia! (Ya he dicho a ustedes en otra

carta cómo justicia absoluta es sinónimo de absoluta misericordia.)

He leído en periódicos y revistas mucho de lo que se ha escrito con motivo de la pasada Navidad: cuentos, poesías, artículos más o menos de ocasión, algunos tocados de alto sentido poético, muchísimos pueriles y meramente de «circunstancias», algunos verdaderamente profundos y bien intencionados. Más que otros años, los espíritus verdaderamente inquietos por el bien de la humanidad han sentido, al acercarse la fiesta de paz, la emoción del negro contraste entre la creencia oficial de las naciones que se llaman cristianas —es decir, piadosas— y la despiadada crueldad de la guerra. Y no pocos han preguntado con angustia: Si esta carnicería es posible a los veinte siglos de haberse proclamado el «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», ¿no es que ha fracasado por completo la doctrina de amor proclamada pcr Cristo? ¿Es que todo el cristianismo no ha sido mas que un cuento de niños, una hermosa fábula, buena únicamente para exaltar almas soñadoras de poetas y de mujeres?

Y confieso que a mí también un momento me ha turbado la duda de si efectivamente, como dice el sencillo romance de Nochebuena, « ... en esta tierra ya no hay caridad»; es decir, ya no hay espíritu cristiano.

Pero a esto me ha dado respuesta un artículo, cuyo autor siento no poder citar, por tratarse sencillamente de un *editorial*; es decir, un artículo de

fondo, en una revista americana, que va impreso sin firma. Dice aproximadamente: «*No ha frcasaado la civilización cristiana en el mundo: es que Cristo aun no ha acabado de nacer.*»

Y es verdad. Cristo nació como hombre en el portal de Belén, y dejó la semilla de su espíritu en el Evangelio; pero la semilla es de lento crecimiento, y aun no ha acabado de germinar. Sin embargo, da cada día nuevos frutos y ramas nuevas. Lentamente, la justicia va bajando del cielo a la tierra; lentamente, los hombres van comprendiendo más y más la ley de la «hermandad». Cristo habrá acabado de nacer en la tierra cuando la absoluta justicia social reine en la tierra. No podemos decir que se ha perdido el espíritu de Cristo a través de estos dos mil años, cuando apenas hace medio siglo que ha proclamado el mundo una de las leyes esenciales de la fraternidad humana con la abolición de la esclavitud. No podemos decir que ha desaparecido del mundo la noción cristiana de la igualdad de todos los seres humanos, cuando precisamente ahora se preocupa el mundo de dar a las mujeres, en la ley y en el derecho, la igualdad absoluta con los hombres que la doctrina de Cristo les asegura; cuando, por vez primera, los Gobiernos bien orientados, van haciendo comprender a la fuerza a los ricos que los pobres son acreedores a una parte considerable de su riqueza, no como limosna, sino como derecho indiscutible. El siglo de las cajas de retiro, de las pensiones para ancianos, de la regulación de salarios mínimos, del impuesto sobre la

renta, de la enseñanza obligatoria, no es siglo en que se haya perdido el espíritu de verdadera caridad.

Acaso todos estos bienes no se realizan en todas partes en nombre de Cristo; acaso los implantan precisamente los que se llaman enemigos de su Iglesia. Esas son palabras, cuestiones de fórmula entre instituciones exteriores, que no tienen importancia ninguna esencial, porque son meramente luchas de intereses materiales, ambiciones de poder exterior de los que se llaman creyentes y de los que se llaman descreídos, unos y otros hombres al fin. Pero sobre todas las ridículas diferencias de los hombres está la soberana unidad del Espíritu, la semilla sembrada y regada con sangre, que, como dice el proverbio árabe, no puede perecer.

Cristo está eternamente naciendo en el mundo... Esta espantable guerra parece ser la muerte de toda piedad. ¡No lo creáis! Es, por el contrario, la muerte de muchas horrendas mentiras que aun subsistían vivas de los tiempos en que la fraternidad humana no había sido proclamada; el espanto de esta carnicería nunca vista ha acabado, por ejemplo, con la idea anticristiana de la gloria guerrera; ya véis cómo ninguna de las naciones que está en lucha se atreve a afirmar abiertamente que ella es la responsable de la guerra; todas se disculpan de lo que aun no hace un siglo todas se hubiesen vanagloriado. No se cortan laureles en esta lucha, porque no hay manos que se crean con derecho a cortarlos a costa de la vida de otros hombres. Esta es una idea cristiana que ha

tardado veinte siglos en nacer. Nadie reconoce el derecho a la conquista de un país pequeño por otro más grande y poderoso; esta es otra idea cristiana que ha nacido de la sangre vertida por la defensa de las patrias pequeñas. De este que, al parecer, es naufragio de la fraternidad cristiana, saldrá, fuerte como nunca, la afirmación de la humana fraternidad. ¡Cristo sigue naciendo a diario en la tierra!

Esta es la verdad, y otra verdad es ésta: nosotros tenemos obligación de ayudar a su nacimiento, haciendo nacer en nosotros y en cuantos de nosotros dependen el apasionado amor a la Justicia.

Pero —preguntaréis— ¿qué tiene que ver todo esto con la actitud de los niños frente a las manifestaciones exteriores de la celebración de la Nochebuena? Mucho tiene que ver. ¿No habéis observado que los chiquillos de ahora, hasta los muy pequeños, se aburren ante el «nacimiento» que su madre les ha preparado con la ilusión de entusiasmarlos y dìvertirlos? ¿No estáis convencidos de que no creen en los Reyes Magos, y únicamente fingen creer por no quedarse sin los juguetes y por no quitar la ilusión de su creencia a las personas mayores? ¿No habéis lamentado el al parecer precoz escepticismo que les impide sentir emoción ninguna ante el misterio del Niño que nace para traer al mundo la bienaventuranza?

Pues bien: este descreimiento es, sencillamente, ansia de verdad; ese escepticismo, hambre de realidad; ese aburrimiento, demanda imperiosa de algo

capaz de apagar el ansia del corazón nuevo, que pide emociones sanas y reales. La humanidad progresa —Cristo sigue naciendo lentamente—, los niños ya no creen en cuentos y no se satisfacen con leyendas; es preciso, frenteal pesebre de Belén, no contarles doradas mentiras, sino hacerles comprender verdades. No les habléis de Magos que vienen en camellos a traer juguetes porque ha nacido el Hijo de Dios; esa es una consecuencia absurda que empequeñece la soberana grandeza del acontecimiento, y el niño que comprende el absurdo se ríe de ella y la desdeña; y no es eso lo malo: mezclando así mentiras con verdades, corréis el peligro de que el cerebro terriblemente generalizador de vuestro hijo confunda unas con otras y decida negarlas todas en redondo. Poned seriedad y verdad siempre, en toda ocasión, en la interpretación que para él hagáis de la vida. Decidle: esta es la verdad y éstas son sus consecuencias; por ellas estás obligado a ajustar tu vida a tales y tales normas de lealtad y de justicia. Enseñadle el credo de vuestra religión; pero enseñádsele sin mezcla de ficciones tontas: el niño es tan capaz como vosotras de comprender que el Hijo de Dios vino al mundo para proclamar la doctrina de la justicia y la ley del amor. No le envilezcáis la visión luminosa del portal de Belén con ramplonas y vulgares ficciones. Habladle, sí, del ángel que anunció a los pastores la buena nueva; habladle en buen hora de la estrella que guió a los Magos; pero habladle, sobre todo, de la verdad esencial que los Magos venían buscando, y

que encontraron en la sonrisa divina del Niño y en el maravilloso silencio de la Madre. Decid a vuestros hijos cómo, al advenimiento del Mesías, el mundo estaba sumido en injusticia y sediento de amor, y cómo el Recién Nacido vino a decir por vez primera, con sentido universal: «¡Amaos los unos a los otros!» Despertad el eco dormido que hay en todo corazón de hombre que viene al mundo, dispuesto a repetir, comprendiéndole, el divino mandato.

Es costumbre de las buenas madres hacer que sus pequeños practiquen en estos días la caridad regalando ropas y juguetes a los niños pobres. ¡Enhorabuena! Pero haced comprender a vuestros hijos, madres ricas, que esa limosna que les obligáis a hacer es sólo remedio transitorio y urgente para un mal que no tiene espera, y que dejáis hacerle a sus manos pequeñas porque aun no tienen fuerza para realizar un bien mayor; pero que, cuando lleguen a hombres, no es con limosna, sino con justicia, con lo que han de hacer bajar a la tierra el reino de Dios. Habladles de los altos deberes que les impone, en recuerdo de la pobreza del portal de Belén, su condición de bautizados en la fe de Cristo. Hacedles comprender que la suerte del mundo está en sus manos, y que, si no contribuyen a encaminar la vida de la humanidad por sendas de justicia, de poco les servirá ante Dios ni ante su conciencia la limosna que hayan hecho a los pobres, creyendo hacerles un gran favor.

De este modo, uniendo la idea religiosa con la vida, volverá a tener sentido para vuestros hijos el

«nacimiento» que ahora les aburre, volverán a comprender el camino de los Magos y el misterioso mensaje de la estrella que viene de Oriente. Es preciso que la voz de hace veinte siglos resuene en las conciencias nuevas, respondiendo a las nuevas demandas de justicia. ¡Por el amor de Dios, no vayáis a dejar que en el alma de vuestros hijos tome la idea religiosa el aspecto de cosa lejana y marchita, de algo muy viejo que hay que guardar entre cristales para que el aire libre no lo destruya! ¡No hagáis a los ojos de vuestros hijos un fósil de vuestra religión, un absurdo, cuando más, poético, que al crecer desechen como letra muerta, indigna de su razón varonil, cosa de «mujeres», sentimentalismo huero y un poco enfermizo! No, no; si así lo hacéis, dejaréis sus almas desamparadas y seréis responsables de su escepticismo. ¡Que Cristo nazca y viva en conciencias nuevas, varoniles, osadas, generosas, sin prejuicio y sin miedo, negadoras de toda pueril ficción, afirmadoras de toda fuerte verdad, capaces de mirar la vida cara a cara y de afrontar las consecuencias de todo acto que lleve rectitud de intención! Al juntar las manos chiquitas para decir el Padrenuestro, que empiecen a comprender a qué tremendo esfuerzo personal obliga la osadía con que le pedimos a Dios «el pan nuestro» como un derecho universal que nos ha otorgado por ser sus hijos; que adivinen la profunda ansiedad de bien común que afirma el ser inteligente cuando dice: «¡Así en la tierra como en el cielo!»

Madres: mientras estáis recogiendo y guardando

las figuritas del «nacimiento», pensad en todas estas cosas; meditad en la obligación ineludible de preparar el alma de vuestros hijos para que, a su vez, ellos sean preparadores y creadores de un mundo mejor, y decíos con arrepentida tristeza que si vuestros pequeños se han aburrido tanto ante el Belén de corcho y musgo que habéis preparado para ellos, es porque no habéis sabido encender en el portal la antorcha de la verdad que están pidiendo a voces sus inteligencias recién nacidas, que tienen hambre y sed de saber y entender.

FIN

ÍNDICE



